JUAN GÓMEZ-JURADO BÁRBARA MONTES

MISTERIO S.A.

LOS FANTASMAS NO EXISTEN



Con ilustraciones de
DAVID G. FORÉS

B DE BLOK

JUAN GÓMEZ-JURADO BÁRBARA MONTES

MISTERIO S.A.

LOS FANTASMAS NO EXISTEN

Con ilustraciones de
DAVID G. FORÉS

B DE BLOK

A Manuela

Personajes



CLAUDIA

Claudia tiene trece años y es extremadamente analítica y escéptica. Hace poco, tras la muerte de su madre, se mudó a la isla de Santa Muerta con su padre, que trabaja como jardinero en la mansión de los Van der Haas. Junto con su hurón, Julius, se dedica a resolver misterios en Santa Muerta, desmontando fraudes paranormales.



CLEO

Cleo es un fantasma adolescente que murió en Santa Muerta en los años noventa… en misteriosas circunstancias que no recuerda. Es muy extrovertido, bromista y carismático. Es el único fantasma real en un pueblo lleno de falsos médiums y charlatanes.



JULIUS

Julius es más que una mascota: es el compañero fiel e inseparable de Claudia. Es muy curioso, travieso e inteligente. Aunque a veces se distrae un poco, hará todo lo posible por protegerla y ayudarla a resolver los misterios que se encuentran por el camino.



ROBERT

El padre de Claudia es un catedrático de Literatura convertido en jardinero tras la trágica muerte de su esposa. Introvertido y bondadoso, lucha silenciosamente con su dolor mientras intenta criar a su hija. Encontró en la jardinería una forma de terapia y una manera de reconstruir su vida. Trabaja para la familia Van der Haas cuidando de los jardines de su mansión en Santa Muerta.



EMILIO BLACKWOOD

Emilio Blackwood es el propietario, camarero y pastelero del café Tazas y Misterios. Es muy tranquilo e inteligente. Le encantan los libros de misterio y la repostería. Sólo Claudia sabe que antes era un detective de fama mundial hasta que un día, sin explicación alguna, renunció a su profesión.

Siente una afinidad hacia Claudia e intenta ayudarla y aconsejarla mientras resuelve misterios en la isla.



CAPÍTULO 1

La primera vez que vi al fantasma —en singular— fue también la primera vez que me di un golpe en la cabeza. Podría parecer que vi al fantasma —de nuevo, en singular— porque me había dado un golpe en la cabeza, pero no. No sucedió en ese orden. Primero vi al fantasma —sí, lo has adivinado, en singular— y, a continuación, me di el golpe en la cabeza.

Pero eso fue después.

Aquel día, mi investigación me había llevado hasta una casa abandonada y alejada de todo, sin caminos que llegasen a ella. No tenía ninguna lógica, pero allí estaba, como una seta que surge tras la lluvia.

No me gustan las casas abandonadas.

Nunca me han gustado. No porque den miedo, no, sino porque casi siempre decepcionan. Una espera misterio, oscuridad, el eco de una historia antigua… y se encuentra con una estructura vieja, sucia y triste. Una casa vacía donde alguna vez alguien cocinó, barrió o esperó a un amigo, pero que ahora sólo alberga moho, insectos y silencio.

La humedad borra cualquier huella interesante, la pintura de las paredes se desprende dejando parches de deterioro y los techos gotean como si llorasen por los secretos que ya no pueden contar.

Pero esta casa era distinta.

Me encontraba frente a la escalinata de entrada. Una mansión vieja, aislada de la civilización por los árboles del bosque. Parecía que el resto de la isla hubiese crecido a su alrededor y luego hubiera decidido ignorarla.

Tenía al menos tres plantas. Desde mi posición, era difícil decir si había también sótano. La fachada, que en el pasado había sido de un color claro —blanco o crema o cualquier otro que ya daba igual—, estaba desconchada y cubierta de manchas oscuras. Ríos de hiedra trepaban por las esquinas hasta el tejado. Las ventanas habían sido cegadas con tablones cruzados, aunque algunos parecían haber sido arrancados a la fuerza. Al otro lado no había más que sombras, pero no de la clase que se limitan a estar ahí, sino de las que parecen esperar a ver si entras.

Por supuesto, cogí mi cámara e hice una fotografía.

—Vamos, Julius.

Julius era mi hurón, un borrón blanco y delgado, como si una nube de azúcar hubiese decidido tener patas. Yo le adoraba, aunque rara vez se dignaba a hacerme caso.

Me agaché, le tendí la mano y él trepó por el brazo hasta el hombro. Su lugar favorito del mundo.

La escalera se extendía a mis pies. Había llegado la hora de adentrarme en aquella ruina. Los escalones de madera, vencidos por la humedad, crujían como si fuesen a desplomarse con sólo rozarlos. Puse el pie con cuidado en el primero y comprobé si aguantaba. Me incliné hacia delante, calculé el centro de gravedad y subí intentando distribuir el peso. A cada paso sentía que me estaba jugando la vida… O al menos me estaba jugando acabar con una pierna rota. Había musgo entre las grietas y algo que parecía un nido viejo bajo el tercer peldaño.

Julius se habría divertido olisqueando por ahí. Yo, algo menos.

Al llegar al porche, aparté una tela de araña de mi camino. Nada me apetecía menos que terminar con uno de esos seres de ocho patas en el pelo.

Sobre la entrada, tallado en la piedra, vi un símbolo: un triángulo con un ojo en el interior tachado con una X. Casi por costumbre, hice otra fotografía.



Creo que cualquier cosa rara merece ser fotografiada y aquel símbolo era MUY raro.

Me aproximé a la puerta principal y la empujé. Se abrió con un chirrido agudo y prolongado, como si se quejase por haberla molestado. Por un instante, me imaginé que alguien, en algún lugar de la casa, lo había escuchado. La luz diurna se coló por la abertura e iluminó el recibidor. Las motas de polvo bailotearon felices en el haz.

Dentro hacía frío. No un frío físico, sino más bien el tipo de frío que hace que quieras hablar en susurros, aunque sepas que estás sola. Saqué la linterna de la bandolera y la encendí. La luz temblaba, aunque no por nerviosismo o miedo; aquel trasto necesitaba pilas nuevas desde hacía un par de días.

Me adentré en la casona. A mi izquierda, un espejo enorme reflejaba la negrura. No me miré. Nunca me miro en los espejos cuando estoy a oscuras. Por si acaso.

La casa había pertenecido a una mujer que, según decía todo el pueblo, hablaba con los muertos. Una médium. Las pistas que había reunido hasta el momento confirmaban que la casa había sido suya. También se decía que la mujer poseía una colección muy valiosa de objetos esotéricos, colección que nunca había sido encontrada. La médium había desaparecido sin dejar rastro y yo pensaba que tenía que haber algo allí. Alguna pista. Algo que desvelase qué le había sucedido.

La entrada se abría a un vestíbulo amplio, con algo que tenía pinta de ser un piano cubierto por una manta y una alfombra apolillada y descolorida. Había otros muebles cubiertos con sábanas que, en un primer momento, me parecieron fantasmas.



Y eso que yo no creo en los fantasmas.

El aire olía a polvo, a madera húmeda y a podredumbre. A la derecha, más allá de la escalera principal, había un pasillo. Apunté la linterna en aquella dirección.

Las paredes del pasillo estaban cubiertas con papel pintado de un tono verde oscuro estampado con hojas y ramas enredadas. En varias zonas se había despegado y colgaba en tiras.

Avancé despacio, tanteando el suelo con la punta de las zapatillas. Al fondo vi la puerta de la cocina entreabierta. El pomo, redondo, estaba oxidado pero limpio, como si alguien lo hubiera tocado recientemente.

Empujé la madera con la punta de los dedos.

La cocina estaba casi intacta, lo cual era extraño. Parecía que la habían limpiado hacía no mucho. En el centro de la estancia había una mesa de madera oscura, igual que las encimeras y los armarios. Todo era antiguo, pero casi relucía. Pasé un dedo por una de las superficies y lo miré a la luz de la linterna. Nada. Limpio. Impoluto.

A la derecha, vi una alacena repleta de botellas vacías y, sobre los fogones, una estructura de hierro con ganchos de los que colgaban ollas y cazos de cobre. En una de las paredes vi dos cuadros; uno representaba varios ramos de rosas y otro, ramos de lavanda.

Por el rabillo del ojo vi algo moverse entre las sombras.

Y escuché un zumbido.

Al principio creí que era la linterna. Pero subió de tono y empezó a vibrarme en los oídos. Me giré justo cuando un enjambre de abejas emergía de un hueco entre los azulejos rotos. Julius saltó al suelo y salió corriendo.

El mundo se volvió ruido y alas transparentes. Corrí. Tropecé con una silla. El zumbido me llenaba el cráneo. Noté los primeros pinchazos en el brazo, en el cuello, en la cara.

—Nononononono —susurré a la vez que abría la bandolera y rebuscaba en su interior.

Allí estaba. El estuche rojo del EpiPen. Lo abrí. Me temblaban las manos. Saqué el autoinyector. Tenía que clavármelo en el muslo. Ya. Ahora.

Empezaba a costarme respirar y noté cómo se me hinchaban los ojos. Me ardían. Se me cayó la linterna, pero, por suerte, no se apagó. Vi mi sombra oscilar en la pared todavía con el EpiPen en la mano.

Intenté quitar el tapón de seguridad. No pude. Los dedos no me respondían. Apoyé la espalda en la pared. No me iba a dar tiempo.

Iba a morir de la manera más absurda.

Una cuestión de mala suerte.

Como mamá.

Había leído bastante sobre eso. Anafilaxia. Hipoxia. Muerte por picadura. En términos estadísticos, poco probable pero no imposible. Entre doscientas veinte y cuatrocientas personas morían cada año por picaduras de abejas, avispas y otros himenópteros.

Y yo estaba a punto de convertirme en una de ellas.

Genial.

Nada me apetecía más.

Logré sacar el móvil del bolsillo e intenté marcar el número de emergencias, pero tampoco fui capaz. Tenía las manos muy hinchadas.

Estaba demasiado nerviosa. Necesitaba tranquilizarme.

Vi algo moverse junto a la linterna.

Un rostro apareció en mi campo de visión.

Un chico. Más o menos de mi edad. Rubio, camiseta de algún grupo que no pude ver bien por aquello de estar asfixiándome, ojos muy abiertos y muy azules. Sí me di cuenta de que su figura, iluminada por la linterna, no proyectaba sombra alguna. Me miraba con gesto preocupado.

—Hola —dijo—. Eh…, tranquila. Lo tengo todo controladísimo.

Sentí que flotaba. O quizá el que flotaba era él. No tenía ni idea. Tampoco es que me importase mucho, tenía cosas más importantes en las que pensar, como, por ejemplo, en morirme rapidito, sin sufrir demasiado.

Yo continuaba agarrando el EpiPen en el puño. Le vi hacerse con él, aunque con cierta dificultad. Y, a continuación, me vi a mí misma desde fuera. Su voz llegaba apagada.

—Esto va a doler un poco. Pero sólo un poco, en serio.

Clac.



El pinchazo me sacudió la pierna. El mundo se estiró como una goma y luego se contrajo. Volví a respirar. Poco. Mal. Pero suficiente. A cambio, comencé a temblar y se me aceleró el corazón muchísimo.

Nada que no entrase dentro de lo esperado tras la inyección de adrenalina.

—No te mueras —susurró el muchacho, la voz empapada por la preocupación.

Justo cuando creía que, tal y como él había dicho, todo estaba «controladísimo», me deslicé hacia un lado. Intenté sujetarme a la encimera, pero al hacerlo puse la mano sobre una libreta de espiral que había en ella y resbaló. Caí al suelo y me di un golpe tremendo en la cabeza contra un mueble. No supe cuál.

El zumbido se alejó. El mundo se fue con él.

Y todo se volvió negro.



CAPÍTULO 2

Desperté con la boca seca y la lengua pegada al paladar. No sabía dónde estaba.

El aire olía a desinfectante, tal vez lejía, y a algo metálico que se me metió por la nariz y se me quedó pegado en la garganta. Carraspeé a la vez que intentaba ubicarme.

Me encontraba tumbada en una cama. Eso era obvio.

Y estaba en una habitación, aunque no la mía. También obvio.

La estancia era pequeña, blanca y anodina como un yogur natural.

La única decoración de las paredes era una plataforma cuadrada sobre la que descansaba un televisor del tamaño aproximado de un sello. Una cortina verde separaba mi cama de otra que, por suerte, estaba vacía. También vi una puerta que supuse que daría al cuarto de baño y una ventana pequeña con una persiana de listones del mismo color blanco.

Tenía toda la pinta de que estaba en un hospital.

A mi izquierda, una mesilla con ruedas y, sobre ella, un vaso de plástico, mi móvil y una libreta pequeña que no reconocí.

—Claudia —susurró una voz a mi derecha. Papá—. No te mueras, por favor.

Últimamente todos me decían que no me muriese, un consejo muy útil.

Giré la cabeza con esfuerzo —y algo de dolor—. Mi padre estaba sentado en una butaca gris que había pegado muchísimo a la cama y tenía un aspecto derrotado y triste, con los codos sobre las rodillas, la espalda encorvada y los ojos enrojecidos. Llevaba puesta la chaqueta de siempre, la de lana marrón con coderas verdes. Y eso que era verano. La barba sin afeitar, más canosa que la última vez que me había fijado en ella, le daba un aire de náufrago despistado.

Papá. Pobre papá. No podía ni imaginar lo asustado que tenía que estar.

—Papá —dije con voz ronca.

Él se incorporó de golpe, como si lo hubieran desenchufado de una pesadilla. Me cogió la mano con las suyas, grandes y frías.

—¿Cómo te encuentras? —Se sentó en el borde de la cama y me abrazó.

—Como si me hubiese atropellado una furgoneta llena de abejas.

—Bueno…, claro, es más o menos lo que te ha sucedido. —Sonrió, aunque se le quebró un poco la voz—. Me has dado un susto de muerte, Clau.



—Lo siento. ¿Dónde está Julius? —quise saber.

—No te preocupes por él, está en casa.

Me acarició la frente con torpeza. Olía a café frío y a cansancio. En ese momento, algo al otro lado de la habitación se movió. Miré y vi a un chico de mi edad junto a la ventana. Llevaba una camiseta con un dibujo que no alcancé a ver bien y el pelo rubio despeinado, como si acabara de levantarse. Parecía relajado. Demasiado relajado para estar en una habitación de hospital.

—¿Quién es ese? —pregunté señalando en su dirección.

—¿Quién? —dijo mi padre sin mirarlo.

—El chico. En la ventana.

Papá se giró.

—Claudia, no hay ningún chico.

Volví a mirar. Él seguía allí. Me devolvió la mirada, alzó una ceja y se encogió de hombros. Como si la cosa no fuera con él.

—Ah. Vale. Es verdad…, perdona. Ha debido ser una sombra —disimulé para que papá no se preocupase más todavía.

Él suspiró.

—Puede que estés confundida. Te pusieron adrenalina y oxígeno. Y sedación ligera. El médico dice que te vas a recuperar. Mañana te darán el alta, pero tendrás que guardar reposo unos días… Por cierto, ha venido a visitarte Emilio Blackwood, el dueño del café. No sé cómo ese hombre se entera de todo.

Emilio Blackwood, antiguo detective de fama mundial —él no sabía que yo lo sabía—, reconvertido en propietario, camarero y pastelero del café Tazas y Misterios, un café-librería con mucho encanto en el que se servía, sin exagerar, el mejor batido de vainilla del mundo. Puede incluso que de todo el universo conocido. Por supuesto, yo era clienta habitual; bueno, más que habitual, casi era parte del mobiliario.

El señor Blackwood tenía contactos en la policía de Santa Muerta. Esa

era la manera que tenía de enterarse de todo lo que sucedía en la isla. Aunque todo esto lo había averiguado utilizando mis propias dotes de detective y no porque me lo hubiese contado él, claro.

—¿Y dónde está? —pregunté.

—Estabas durmiendo, así que se marchó, pero me ha pedido que te diga que al próximo batido invita él. Y que no le des estos sustos… —Papá sonrió y aquella sonrisa decía que él pensaba exactamente lo mismo.

Asentí.

—¿Qué ha pasado? —pregunté tras un breve silencio—. Me refiero a… ¿Cómo he llegado al hospital? Quiero decir… Sé que me picaron las abejas, conseguí ponerme el EpiPen… —mentí. Recordaba que tampoco había podido inyectármelo yo—, pero luego ya no recuerdo mucho más.

—Llamaste a emergencias y localizaron la llamada. Te encontraron en una casa en el bosque, desmayada… No puedes hacer esas cosas, cariño, podrías haber muerto. Y no puedo perderte también a ti.

A su espalda, el chico rubio se señalaba con ambos índices. En el rostro lucía una sonrisa orgullosa.

Vale, había llamado él, pero por algún curioso motivo que no llegaba a comprender, mi padre no era capaz de verlo.

No podía descartar que estuviese perdiendo la cabeza. Que yo estuviese perdiendo la cabeza, me refiero, no mi padre.

Asentí. O lo intenté. La cabeza me pesaba y me dolía como si me la hubieran rellenado con piedras.

—Ya, lo siento mucho, en serio, no volverá a suceder —me disculpé de nuevo. Entendía a la perfección el miedo de mi padre, era exactamente el mismo que tenía yo de perderlo a él—. Sólo estaba dando un paseo.

Papá se levantó cuando una enfermera apareció por la puerta y salió con ella para hablar en el pasillo. El chico aprovechó y se acercó.

—Hola —dijo bajando la voz—. Me alegro de que estés viva. Has estado regu.

Lo miré.

—¿Eres real?

—Eso depende de lo que entiendas por «real».

—¿Eres un sueño?

—No que yo sepa.

Parpadeaba, se rascaba la cabeza, respiraba… No obstante, tal como ya había observado en la casa abandonada, no proyectaba sombra. Ninguna.

Por fin pude ver bien la camiseta que llevaba, era de Nirvana, una banda que había triunfado hacía mil años. Más o menos en la década de los noventa del siglo anterior. Yo los conocía porque mamá los adoraba.

—¿Cómo te llamas?

—Cleo. ¿Y tú?

—Claudia.

—Encantado.

—¿Cómo entraste?

—Ya estaba aquí. Quiero decir cuando despertaste. Te salvé, ¿sabes?

—¿Tú me pusiste el EpiPen? —Sabía la respuesta a esa pregunta, pero necesitaba confirmarlo.

—Sí. Aunque fue raro. No sé cómo lo hice. También llamé a emergencias, aunque tú ya habías marcado el número; si no…, no sé si habría podido hacerlo.

—¿Por qué fue raro? ¿Quién eres?

Cleo apretó los labios.

—Raro porque hace mucho que nadie me ve… —Algo pareció oscurecerse en él, como si su silueta se volviese más negra—. Y ya te he dicho quién soy. Soy Cleo.

—Ya. Eres… —dejé el final de la frase en el aire.

—¿Un fantasma? —preguntó él. Asentí y se volvió a rascar la cabeza. Me di cuenta de que era un gesto que hacía muy a menudo, tal vez porque necesitaba tiempo para pensar o porque estaba nervioso. O ambas—. Bueno,

no lo sé, supongo que sí, no creo que haya otra manera de describirme. —Lo miré con los ojos muy abiertos—. No me mires así —protestó—. No voy a echarte una maldición ni nada de eso, ¿vale? No soy ese tipo de fantasma.

—No hay tipos de fantasmas. De hecho, técnicamente, no hay fantasmas.

—Claro que los hay. Y claro que hay tipos. Están los de las sábanas, los de las cadenas, los teatrales, los *poltergeist*… A esos les gusta el caos. Yo soy de los funcionales. Yo hago cosas. Por ejemplo, guie a tu hurón hasta tu casa.

—Vaya, gracias por cuidar de Julius. —Lo miré con los ojos entrecerrados—. ¿Y cómo sabes dónde vivo?

—No tengo ni idea. —Se encogió de hombros—. Sé cosas. Eso, y que Julius fue por delante todo el camino.

—O sea, que fue él quien te guio a ti —repliqué con un resoplido.

—Yo no lo diría así…

—¿Y por qué puedo verte? —le interrumpí.

—No lo sé. Pero ya que estamos…, gracias por no gritar. Habría sido incómodo.

—No te preocupes —resoplé—. No pareces muy peligroso. Cuando vuelva a casa buscaré una solución. Seguro que hay algo en Google.

—¿Qué es Google?

—¿No sabes lo que es Google? Es un buscador de internet.

—¿Tienes internet en casa? ¡Qué pasada!

—Casi todo el mundo tiene internet en casa… Lo tenemos hasta en el móvil.

Cogí el teléfono de la mesilla para enfatizar mis palabras y vi que tenía varios mensajes de WhatsApp. Los leí en diagonal. Glenda y Laura, las únicas amigas que había hecho desde que había llegado a Santa Muerta me habían escrito para saber cómo estaba. Imaginé que el padre de Glenda, que era el jefe de policía de la isla, se lo habría dicho a su hija y ella, a Laura. Al fin y al cabo, estaban juntas en el campamento. Tendría que contestarles más

tarde, porque Cleo seguía hablando sin parar.

—¿Los móviles ahora tienen internet? —se sorprendió el fantasma—. ¡Esto es un locurote! Mi padre tenía móvil, pero, desde luego, no tenía internet… ¿Y qué es lo que quieres buscar?

—Cómo deshacerme de ti.

—¡Auch! Eso ha dolido —se quejó a la vez que se llevaba la mano al pecho con teatralidad—. Pero vale. Me lo merezco.

Sonó un timbre fuera, seguido de pasos y voces. Cleo retrocedió.

—Creo que vuelve tu padre, así que me marcho. Intenta no morirte otra vez, ¿vale? He pasado demasiado tiempo solo… Ah, y guarda esa libreta —finalizó señalando la mesilla.

Sin hacer ruido, sin abrir la puerta, desapareció por la pared del fondo.

Me hundí en la almohada.

Definitivamente, estaba delirando.

O tenía un problema mayor.

Uno de los que no se arreglaban con antihistamínicos.



CAPÍTULO 3

Papá no dejó de mirarme en todo el trayecto hasta casa. Tenía un gesto cauto en el rostro, como si temiera que fuera a darme otra vez la alergia sólo por ir sentada en el asiento del copiloto. Fingí no darme cuenta, pero lo sentía observándome en cada semáforo. También vi el inhalador que asomaba por el bolsillo de la camisa. Allí estaba, preparado para dármelo al menor signo de malestar.

El sol caía a plomo sobre el parabrisas, tan brillante que el mar parecía una sábana de seda azul extendida hasta el horizonte. Papá bajó un poco la ventanilla y entró el olor a sal, crema solar y pescado frito.

El camino a casa cruzaba el centro de Santa Muerta. Y aquel pueblo todavía tenía la capacidad de sorprenderme, al fin y al cabo, llevábamos apenas tres meses viviendo en él. Era una mezcla imposible entre un pueblo costero y una película de fantasmas con buen presupuesto. En la misma calle podías ver a un grupo de turistas cargados con colchonetas y sombrillas y, justo detrás, un establecimiento que ofrecía «contactos garantizados con el Más Allá», así, en mayúscula.

Las casas viejas, de piedra y tejas oscuras, se mezclaban con otras más nuevas de veraneo, pintadas en colores alegres que el sol ya empezaba a

desteñir. Algunas tenían balcones llenos de flores; otras, amuletos, atrapasueños, campanas o incluso calaveras de plástico colgando de las ventanas. En una fachada, un cartel prometía «EXCURSIONES NOCTURNAS CON APARICIONES REALES»; un poco más adelante, un niño se comía un helado de tres bolas bajo una sombrilla con forma de murciélago.

Atravesamos el paseo marítimo: chiringuitos, tiendas de antigüedades y recuerdos y, entre ellos, escaparates con carteles de «VELAS PARA AHUYENTAR PESADILLAS», «SOUVENIRS DEL MÁS ALLÁ», «FOTOGRAFÍA TU AURA» y «LECTURA DE MANO». Una pareja en bañador posaba junto a la estatua de un fantasma con un helado en la mano.

—¿Siempre ha sido así? —pregunté.

—¿Así de raro? —preguntó papá—. Supongo que aquí lo normal es lo raro. Ya sabes, es la isla más encantada del mundo. —Pude percibir las comillas en su tono.

El pueblo era un desfile de contradicciones: biquinis y capas, gafas de sol y bolas de cristal, olor a mar y a incienso. Y, por raro que sonara, funcionaba. Santa Muerta vivía del misterio… y del turismo que lo compraba encantado.

Cuando la carretera empezó a subir hacia las afueras, las casas se fueron espaciando y el ruido del paseo se apagó poco a poco. Me giré hacia atrás y vi el cartel al borde del camino, grande y con letras oscuras:

BIENVENIDOS A SANTA MUERTA,
EL LUGAR MÁS ENCANTADO DEL MUNDO.

La carretera que subía hasta la mansión de los Van der Haas se enroscaba entre árboles retorcidos y señales de tráfico corroídas por la sal del mar. Al fin y al cabo, estábamos en una isla.

La casa, enorme y de tejados afilados, se alzaba en lo alto de una colina, a un par de kilómetros del centro de Santa Muerta. Un muro alto construido con bloques rectangulares y anchos de granito gris separaba la

carretera de los jardines y terrenos de la finca. La verdad era que tenía un aspecto muy elegante, aunque a mí me recordaba bastante a la valla de un cementerio. En mitad del muro, una verja de hierro forjado negro coronado por puntas de lanza daba paso a los dominios de la familia. En su centro, una H entrelazada con una D y una V.

Aunque nosotros no utilizábamos esa entrada, no.

Nosotros usábamos un portón de madera que había algo más abajo y que no tenía mando a distancia o telefonillo para que se abriese, para eso ya estábamos nosotros y la capacidad del *Homo sapiens* para caminar erguidos. Se trataba de un camino lateral de tierra apisonada y gravilla que bajaba entre las zarzas hasta el lugar en el que vivíamos.

Nuestra casa era pequeña, si bien en su favor se podía decir que era encantadora. Parecía sacada de otro siglo o de un cuento.

O de un cuento de otro siglo.

La fachada de piedra ocre terminaba en un tejado inclinado de tejas oscuras presidido por una chimenea que vigilaba el jardín. Desde el camino de piedras hasta la puerta de cristal y madera pintada de azul claro, todo parecía haber sido dispuesto con cariño y paciencia. La ventana de la buhardilla asomaba en mitad del tejado, mientras que dos bancos de madera envejecida flanqueaban la entrada, medio escondidos por arbustos bajos. La vivienda estaba situada al fondo de un jardín que no era tanto un jardín, sino una selva domesticada, y prueba de ello era la hiedra que trepaba por los muros hasta el tejado y abrazaba las ventanas con las ramas.

No era grande. No era moderna. Pero sí era acogedora.

Y en aquellos momentos, era justo lo que necesitábamos.

Frente a la fachada, el césped crecía salpicado de macizos con flores amarillas, rosas, malvas, naranjas y azules, como planetas de colores sobre un cielo verde.

Detrás de la casita había otro pequeño jardín y una valla de piedra y, a continuación, se extendía el bosque. A un lado y rodeado de árboles, había

un claro no muy grande en cuyo centro alguien había colocado un bebedero de mármol blanco en el que los pájaros solían reunirse para refrescarse, y, junto a él, un banco a juego.



Me encantaba nuestra casa. Era la clase de lugar en el que uno podría encontrar secretos hasta entre las raíces. Lo único malo era que pertenecía a los Van der Haas, la familia más rica de la isla. No soportaba a esa familia, sobre todo al nieto, Alexander, con quien había tenido el «placer» de coincidir en las clases del instituto, ya que teníamos la misma edad.

La casita en la que vivíamos era la del jardinero de los Van der Haas. Y, tras la jubilación del anterior, el jardinero era mi padre. No porque supiera de plantas —que sabía y mucho—, sino porque desde que mamá murió y lo echaron de la universidad —papá había sido catedrático de Literatura en una de las universidades más prestigiosas del país—, era el único trabajo que le había motivado lo suficiente como para aceptarlo.

Adoraba la jardinería. Pero —y era un gran pero— papá pasaba las mañanas hablando con los rosales… y las tardes bebiendo con ellos.

Sí, mi padre tenía un problema con el alcohol.

Y eso me preocupaba muchísimo.

Por las noches yo me dedicaba a buscar las botellas por todas partes. Cuando las encontraba, vaciaba más de la mitad del contenido en el fregadero y luego las rellenaba con agua. De momento, no había mucho más que pudiese hacer. Papá no estaba para nada.

Ni para nadie, ya que nos poníamos.

La pérdida de mamá lo había enterrado en dolor y tristeza y yo no sabía muy bien cómo desenterrarlo, así que le cuidaba como podía. Intentaba que comiese cuando tocaba, le recordaba las tareas que tenía que hacer y le arropaba cuando se quedaba dormido en el sofá.

Lo dicho, no había mucho más que pudiese hacer.

Llevábamos tres meses viviendo allí, los mismos tres meses que hacía que habíamos llegado a la isla de Santa Muerta. Tras perder mi padre su empleo, habíamos cargado todas nuestras cosas en el coche, habíamos vendido el piso en el que vivíamos en la ciudad y habíamos recorrido medio país para coger el ferry que nos había dejado aquí.

Llegué con el curso empezado. Aun así, acababa de terminar mi primer año en el instituto con unas notas muy altas y me disponía a resolver mi primer caso importante; aunque, por otro lado, había inaugurado las vacaciones de verano con una visita al hospital.

Y con un fantasma.

No todo iba a ser bueno.

Además, Glenda y Laura estaban de campamento juntas y papá, por aquello de estar triste —y, aunque me duela decirlo, probablemente borracho —, se había olvidado de apuntarme con ellas, a pesar de que se lo pedí. Pero tampoco me iba a enfadar. Lo cierto era que no me venía mal el tiempo libre ahora que estaba con este caso entre manos.

El recibidor nos acogió con olor a flores, a leña y a libros. Las paredes lucían algunas grietas antiguas en las esquinas. Cosas que pasan cuando los edificios tienen un par de siglos de historia. Desde la puerta de entrada, si alzabas la vista, podías ver a lo lejos la mansión principal, medio oculta entre los árboles del parque privado.

Avanzamos por el pasillo, estrecho y no muy alto, decorado con un papel de florecitas blancas sobre un fondo azul celeste. A ambos lados se situaban las puertas que daban a las distintas estancias: la habitación de mi padre, el cuarto de baño, la sala de estar y, al fondo, la cocina, donde papá puso la tetera al fuego. En el recibidor había también una escalera que llevaba hasta el ático, bastante grande y que yo utilizaba como dormitorio y guarida. O, mejor dicho, oficina, tenía una pequeña agencia de detectives con unas vistas geniales al jardín, separado del bosque por una valla baja de piedras con una portezuela de madera.

No hablo de los terrenos que cuidaba papá; esos eran perfectos, medidos al milímetro, con setos podados formando un laberinto y rosales de concurso. No, me refiero al que había en la parte trasera de nuestra casita. Salvaje, con un pozo medio en ruinas, un columpio que colgaba de la rama de un árbol y un montón de buganvillas que trepaban por las paredes como

si quisieran tragárselo todo.

Ese jardín era mi rincón favorito de la casa.

—¿Seguro que no te importa quedarte sola? —preguntó papá mientras recogía las llaves del cobertizo y caminaba hacia la puerta trasera.

—Estoy bien, no te preocupes. Si noto algo raro, te llamo. Lo prometo —respondí con el EpiPen nuevo ya metido en el bolsillo del pantalón.

Tan pronto como se marchase, podría ver qué ponía en el cuaderno que había cogido de la mesilla del hospital.

Él dudó un segundo, me dio un beso en la frente y salió. Lo vi desaparecer entre los arbustos con las tijeras de podar colgando del cinturón y un sombrero de paja para protegerse del sol. Cerró la puerta y yo me quedé apoyada en ella. En casa todo estaba en silencio, tranquilo. Me gustaban esos momentos de paz.

Tenía toda la casa para mí.

O eso creía yo.



CAPÍTULO 4

Fui hasta el recibidor y subí las viejas escaleras de madera. Crujían a cada paso, pero era un sonido al que ya me había acostumbrado. Incluso me gustaba.

Empujé la puerta de mi habitación. No había terminado de abrirla cuando Julius ya estaba saltando a mis brazos. Lo adoraba. Obedecía más o menos cuando le daba la gana, pero era muy cariñoso.

Y muy listo.

Saqué el móvil de la bandolera y busqué los mensajes de mis amigas. Ambas me habían escrito en el grupo que compartíamos preguntándome cómo estaba. Y también me habían enviado un vídeo. Lo abrí. La pantalla se llenó con el rostro pálido y delgado de Laura y los mofletes sonrosados de Glenda.

—Papá dice que estás en el hospital —dijo la segunda—. También dice que no te vas a morir, así que esperamos que te pongas bien pronto.

—Sí. Ponte bien y no hagas tonterías —asintió Laura con voz dulce—. Te echamos de menos. En quince días volvemos y lo primero que haremos será ir a verte.

—¡No te mueras! —exclamó Glenda y lanzó un beso a la cámara.

—Eso, no te mueras. —Laura agitó la mano.

El vídeo acabó y yo me quedé sonriendo a la pantalla del móvil como una idiota.

A pesar de conocerlas desde hacía muy poco, las quería muchísimo.

Tecleé un mensaje a toda velocidad dándoles las gracias, y luego guardé el móvil con un suspiro y miré a mi alrededor.

Mi dormitorio ocupaba todo el ático, justo debajo del tejado inclinado. Era un espacio amplio, con suelo de madera hundido en algunos puntos por los años. El techo, alto en el centro de la habitación, iba menguando según te acercabas a las paredes. Un zócalo de madera blanca recorría toda la estancia y, sobre él, un papel pintado con un fondo en crema y flores azules y malvas, muy parecido al del pasillo, pero también más bonito. Algunos bordes se despegaban un poco, y eso le daba cierto encanto marchito que no me parecía mal.

Mi habitación era mi castillo.

Yo había dividido el ático en dos espacios que compartían todo menos el nombre; es decir, a un lado tenía la zona de dormitorio y al otro, la de trabajo. En la de dormitorio estaba la cama, con un cabecero de madera clara y la mesilla; junto a la ventana abuhardillada que daba a la fachada de la casa, un armario alto, también de madera, y una estantería cuyas baldas se veían combadas debido al peso de los libros que sostenían.

Sobre la mesilla había una lamparita que lanzaba sombras suaves cuando leía por las noches a juego con las cortinas y el edredón, en azul claro, con constelaciones que había bordado mi madre en tonos morados y violetas cuando yo era pequeña. Las esquinas estaban un poco deshilachadas, pero me negaba a cambiarlo. Cada vez que me arropaba con él, sentía a mamá más cerca de mí. Al fin y al cabo, lo había hecho ella, y ya no me quedaban muchas cosas suyas.

La otra mitad del espacio la había convertido en mi zona de trabajo. Pegado a la pared, bajo la ventana que daba al jardín trasero, había colocado

mi escritorio, enorme, de la misma madera que el resto de los muebles y con cajones a ambos lados. Su superficie sufría superpoblación de libretas, lápices, una lupa rota —tenía otra en un cajón— y mil cosas más. En el hueco, una silla con ruedas —no muy cómoda, eso sí—. A la izquierda y formando una L con el escritorio, había puesto otra mesa que utilizaba para analizar las pruebas.

Junto a la puerta colgaba mi panel de investigación, que, de momento, no era más que un tablero de corcho con algunas fotocopias de recortes antiguos de noticias y los planos de la casa del bosque, pero confiaba en que pronto estaría lleno con los avances del caso.

En la pared más estrecha, había una chimenea en cuya repisa yo había colocado mi colección de figuras de detectives famosos; a su derecha, otra puerta daba al cuarto de baño. Una estantería de suelo a techo ocupaba la pared a la izquierda de la chimenea. En ella convivían libros de misterio, manuales de botánica, cuadernos de espiral, cajas de cartón etiquetadas con cinta adhesiva y, por supuesto, mi colección de casos sin resolver.

El cuarto de baño era antiguo, pero amplio y funcional. Tenía el suelo de baldosas hexagonales en blanco y negro, algo desgastadas ya. Las paredes estaban alicatadas hasta la mitad con azulejos blancos y cuadrados rematados con una cenefa negra desvaída que recorría todo el perímetro. Sobre ellos, la otra mitad estaba pintada de un color crema muy pálido, salpicada por algunos cuadros antiguos que no combinaban del todo, pero que parecían felices en su desorden.

La bañera —en la pared del fondo, bajo una ventana redonda— era de esas con patas de garra, alta, pesada, blanca por dentro y gris por fuera, con un grifo de cobre que goteaba con puntualidad inglesa. El lavabo estaba al lado, con pedestal, un espejo ovalado encima y una repisa de mármol.

En una esquina, había colocado una mesa plegable. Era mi zona de revelado: tres cubetas alineadas, una lámpara con una bombilla roja y unas cuerdas cruzadas de pared a pared con pinzas metálicas que colgaban

desnudas mientras esperaban las siguientes fotos que revelase. Olía a una mezcla de lavanda, humedad antigua y químicos fotográficos, pero me bastaba con cerrar la puerta para que el cuarto se convirtiera en otra cosa: mi laboratorio. Más íntimo, más mío, más yo.

Me dejé caer sobre la cama, para, acto seguido, ponerme de nuevo en pie e ir a buscar mi bolsa. Me la había dejado en el piso de abajo. Cuando regresé, la abrí y metí la mano en el bolsillo del interior. Tras rebuscar unos instantes, cerré los dedos alrededor de la libreta.

En el hospital me había dado cuenta de que estaba abierta por una de las páginas centrales, pero no había podido revisarla. Más que nada, porque no me había quedado sola en la habitación casi desde que había despertado, y prefería leer lo que estuviese escrito en ella —si es que había algo, claro— sin nadie alrededor.

Podía ser una pista.

Era vieja, las hojas estaban amarillentas por el paso del tiempo y en la página por la que estaba abierta había una mancha circular en una esquina, como si alguien hubiera apoyado encima una taza de té o de café. Y, lo más importante: no era mía.

¿Cómo había acabado entre mis cosas?

En serio, no tenía ni idea. Pero una parte de mí —esa que no se rinde hasta que encuentra la causa exacta de un fenómeno extraño— empezaba a emocionarse. Tal vez mi accidente con las abejas me había proporcionado una pista.

Miré el papel con atención.

No era más que una página de un cuaderno. Las líneas azules casi se habían borrado, pero al trasluz vi un mensaje marcado, como si alguien hubiese escrito en la página anterior y la hubiese arrancado.

No pude distinguir las palabras.

Chasqueé la lengua, me senté en el escritorio con un resoplido y encendí la lampara de estudio.

—¿Y si lo frotas con un lápiz? A veces funciona —dijo una voz justo detrás de mí.

Me di la vuelta de golpe, asustada.

Ahí estaba.

Cleo.

Apoyado en la mesa de trabajo e inclinado sobre mí para ver la dichosa hoja. El traidor de Julius estaba tan tranquilo y feliz sobre su hombro y jugueteaba con el flequillo rubio.

—¿Puedes no hacer eso? —le espeté—. Te apareces como si fueras una notificación de WhatsApp.

—Ojalá supiese qué es eso… Lo siento. No estoy acostumbrado a que me vean.

—Lo siento. No estoy acostumbrado a que me vean. —Se encogió de hombros y se enderezó—. Sólo he pasado para ver si seguías viva. Otra vez.

—Sigo viva. Gracias, supongo.

—De nada, supongo —me imitó.

Nos miramos un rato. Aún me costaba aceptar que podía verlo. Y que se rascara la cabeza. Y que hablara. Y que llevara una camiseta de Nirvana. Y todo como si tal cosa. Como si fuese lo más normal del mundo ser un fantasma. Si es que de verdad era un fantasma y no una prueba de que había algo mal en mi cerebro.

—Y, entonces…, ¿qué es? ¿Hay algo interesante escrito ahí? —preguntó señalando la libreta.

—No lo sé. Estaba en la mesilla de la habitación cuando desperté. No es mía, aunque creo que eso ya lo sabías, porque me dijiste que me la llevase. —Sonrió orgulloso—. Alguien pensó que lo era y la metió entre mis cosas cuando me llevaron al hospital.

Se inclinó una vez más por encima de mi hombro para verla.

Y volví a fijarme en que no proyectaba sombra. Eso era algo que me ponía muy nerviosa. Todos los cuerpos opacos proyectan sombra. TODOS.

Es una regla básica de la óptica. Una de esas que no admiten excepciones.

—¿Puedo tocarla? —quiso saber.

—No lo sé. ¿Puedes?

Cleo estiró la mano. Sus dedos atravesaron la libreta como si fueran de vapor. Se miró la mano con los ojos azules muy abiertos.

—Bueno, pues va a ser que no —concluyó. Había decepción en su voz, pero sonrió al pronunciar la última palabra.

Me hice con uno de los lápices que había en el cubilete, deslicé la mina despacio sobre el papel y el gris comenzó a extenderse sobre él como una niebla seca. Al principio no se veía nada, sólo el sombreado suave de la fricción. Pero, con cada pasada, las hendiduras empezaron a tomar forma.

Letras.

Habían quedado marcadas, grabadas por presión desde la hoja anterior. Un eco físico de lo que alguien había escrito sin pensar que quedaría registrado para que yo lo encontrase de la manera más tonta. Las huellas fantasmales de unas palabras escritas en otro momento, en otro papel.

Fueron apareciendo letra a letra, frágiles, como si quisieran emerger desde el fondo de la página.

Estaban organizadas en líneas, unas debajo de otras.

Nueve en total.

Parecía un poema.

Lo leí.

No entendí nada.

Ojeé el resto de la libreta, no parecía tener nada más escrito. Cogí un folio y apunté el «mensaje»; no quería estropearla, tal vez escondiese más secretos.

—¿Y? ¿Qué es? —preguntó Cleo, apoyado ahora en el reposabrazos de mi silla—. ¿Un mensaje oculto? ¿Un mapa del tesoro? ¿Una receta de cocina? ¿Qué?

—Calla —gruñí sin levantar la vista.

Lo leí una segunda vez. Luego una tercera. No podía ser tan difícil, siempre había disfrutado con ese tipo de desafíos.

Estaba claro, no entendía nada de nada.

Vale, aquello tenía pinta de estar escrito en clave. ¿Quién lo había escrito? Ni idea, pero pensaba descifrarlo. Y sabía por dónde empezar a hacerlo.

Si no me equivocaba unas letras sustituían a otras. Un cifrado César de toda la vida. Tal vez la A fuese una B o una E o algo así. O puede que fuese cualquier otro tipo de cifrado. Observé el folio buscando grupos de dos y de tres letras y encontré varios: «pe» se repetía varias veces a lo largo del texto, «ip» también. Exactamente, siete veces cada uno. «Ir» se repetía hasta en nueve ocasiones y «sw», en seis.

Ya tenía la primera parte de la solución.

—¿Qué haces? —preguntó Cleo.

—Intento averiguar qué pone aquí —repliqué dando golpecitos con un bolígrafo sobre el mensaje en clave.

Julius saltó desde el hombro de Cleo a la mesa e intentó morder el boli.

—No, Julius, quieto —ordené.

Por supuesto, mi hurón me ignoró.

—Ya. Ya me he dado cuenta de eso, pero que qué haces. En concreto.

—En concreto, voy a sustituir las combinaciones de dos y tres letras que más se repiten en este texto por palabras como «la», «el», «de», «del», «las» y «los», que son las más comunes en nuestro idioma.

—Vale, lo que pensaba. Crees que es un código César, ¿no? Tiene toda la pinta.

Levanté los ojos del papel y los clavé en él.

—Técnicamente, se llama cifrado César; es una transformación de texto —corregí—. Un código es un sistema que asigna símbolos a significados, como el Morse, por ejemplo, pero… ¿tú cómo sabes lo que es un cifrado César?

—Bueno, no es por presumir, pero sí lo es: recuerdo que era detective. Cuando estaba vivo, me refiero.

Hice una nota mental para preguntarle sobre eso más adelante, pero ahora tenía que averiguar qué decía el mensaje.

—Ya, genial, ya me lo contarás. Y, no, no sé si es un César u otro cifrado. Ahora…, ¿podemos centrarnos en esto, por favor?

—Uy, pues perdón —dijo con tono de burla—, adelante, adelante, céntrate en tus cosas.

Comencé sustituyendo el bigrama «ir» por «la». Me llevó un buen rato y muchísimo esfuerzo. Las letras comenzaban a bailar frente a mí cuando acabé.

Lo que obtuve no tenía ningún sentido.

No lo estaba haciendo bien.

—No tiene buena pinta —comentó Cleo con una mueca.

—No me digas, Sherlock.

—¿Quieres que te ayude?

—No lo sé —respondí despectiva—. ¿Puedes coger un boli? —Él llevó la mano hacia mi cubilete y lo intentó. No tuvo ningún éxito—. ¿Cómo pudiste inyectarme el EpiPen?

—Ni idea… Te estabas muriendo y no había nadie más allí que te ayudase. ¡Tenía que hacer algo!

Iba a darle una respuesta cortante, pero en el último momento sentí lástima, parecía muy muy vulnerable. La mirada sorprendida y el pelo desordenado no ayudaban tampoco.

—Vale, esto me indica que sí puedes coger cosas —dije en cambio—, aunque hace falta algo más para que lo hagas… También volveremos sobre ello en otro momento, ¿vale? Ahora vamos a resolver esto. —Él asintió con una sonrisa.

Volvimos a prestar atención al papel.

—Mira aquí —dijo tras unos instantes. Señaló la séptima línea—. ¿Ves

ese grupo de tres letras?

—¿Hip? —Asintió con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados.

—Ahora mira encima: «ip». Te doy una pista: es un Cifrado César, pero no se ha utilizado la letra «Ñ» en él.

Entonces me di cuenta.

—Podrían ser… «del» —comencé.

—Y «el» —concluyó.

Una sonrisa enorme y satisfecha se extendió por su rostro. Era muy contagiosa, así que no pude evitar devolvérsela.

Fens pe ppyzme geppefer psw qyusw.
Pe rsgli iwgsrhme wiguixsw swgyusw.
Rehmi pe zms guydeu ip yqfuep.
rm scs ip guynhhs uyi hins ep fewer.
Ir pe iwgepive hsuqme ip tspzs.
C ir ip ibxiumsu ip zmirxs wmpfefe wsuhs.
Pe tiryqfue wyukme hip wmpirmgs hirws.
Ip irxsurs xiqfpefe, jums c xirws.
Izsgerhs vigyiuhsw hi yr wsxers mrqirws.

~~IR=LA~~
HIP=DEL

—También podrían ser «os» y «los»… —repuse.

—Y probaremos esa opción si nos equivocamos, pero mi sentido espectral me dice que no lo hacemos.

Nos pusimos a la tarea. Después no nos costó nada deducir que «pe» era «la» y que «psw» era «los».

Volvimos a mirarnos y a sonreír.

—Lo tenemos —afirmé.
—Lo tenemos.



CAPÍTULO 5

Nos llevó casi una hora descifrar el mensaje, pero, con paciencia, un boli y otro papel al lado para ir apuntando las letras que íbamos descubriendo, conseguimos hacerlo.

—Ya está —resoplé—. Ya está.

Me incliné sobre la hoja para leerla. Sentí una brisa fría sobre el hombro derecho. Al girarme, vi a Cleo pegado a mí.

Tenía el ceño fruncido y los ojos entrecerrados de nuevo. El flequillo le caía sobre ellos y se lo retiró con un gesto distraído de la mano.

Algo me decía que aquella era su cara de concentración.

Yo también leí aquellas palabras en silencio.



Bajo la lluvia callaban los muros.
La noche escondía secretos osucros.
Nadie la vio cruzar el umbral

ni oyó el crujido que dejó al pasar.
En la escalera dormía el polvo.
Y en el exterior el viento silbaba sordo.
La penumbra surgía del silencio denso.
El entorno temblaba, frío y tenso.
Evocando recuerdos de un sótano inmenso.

Vale, era un poema. La cosa rimaba. No tenía pinta de haber sido escrito por Lorca, Dickinson o Whitman, pero, bueno, había leído cosas peores. Aunque tampoco mucho peores.

Tenía ritmo y atmósfera. Lo que no tenía eran respuestas al enigma que nos traíamos entre manos.

—Vale, ¿entiendes algo? —preguntó Cleo.

—Cero.

—Patatero —añadió y se cruzó de brazos.

Lo miré con una ceja alzada. A continuación, encendí el portátil y tecleé el poema en el buscador. Me devolvió un montón de resultados que no estaban relacionados con él.

Aquello tenía que ser otra clave de algún tipo y, tal vez, sólo tal vez, si la resolvíamos, obtuviésemos otra pista.

O nada, que también era probable.

Existía la posibilidad de que tanto la libreta como el mensaje no tuviesen ningún significado y que aquello no fuese más que un juego que alguien había anotado y después había olvidado.

Aunque prefería no pensar eso. No todavía. Yo tenía un misterio delante de mis narices y, hasta que la realidad no me pusiera en mi sitio y lo desmintiera, iba a seguir pensando que era eso, un misterio.

Probé lo básico y comencé a anotar la primera letra de cada verso.

—Blnneylee —repitió Cleo—. Parece el nombre de un demonio.

—Sí. O de un mueble escandinavo —repliqué distraída, toda mi atención se la estaba llevando aquel poema.

Probé con la primera palabra de cada verso: «Bajo la nadie ni en y la el evocando». Un galimatías.

Papelito 1 - Claudia 0.

—¿Y ahora? —preguntó Cleo.

—Sigo sin tener ni idea —murmuré.

Dejé el bolígrafo sobre la mesa y me crucé de brazos con un resoplido de fastidio. Miré fijamente aquel papel. No lo iba a decir en voz alta, pero estaba bastante molesta con la situación. No me parecía justo que, después de resolver el mensaje cifrado, me encontrase con algo tan inútil como ponerle calcetines a un pulpo.

Necesitaba pensar.

¿Qué tenía delante?

Nueve versos.

Fruncí el ceño.

Si fuera un poema normal, tendría ocho. O diez. O doce, como los sonetos. Incluso tres como los haikus japoneses. Pero nueve… no. Nueve no era habitual. Lo mismo no era por estética. Nadie escribe un poema con nueve versos porque sí. Lo mismo tenía un significado que, de momento, no era capaz de encontrar. DE MOMENTO. Pero iba a hacerlo.

Apunté el número en la esquina del papel. Nueve.

Impar.

Dejé de mirar las rimas y comencé a fijarme en la forma. Puede que la respuesta estuviese en la estructura. En el número de líneas. En la colocación de las palabras. Tenía claro que aquello no era poesía; si lo era, al autor o la autora más le valía dedicarse a otra cosa.

Tenía que ser un código. Otro, me refiero.

Taché los versos pares. Me quedé con los impares:

Bajo la lluvia callaban los muros.
~~La noche escondía secretos oscuros.~~
Nadie la vio cruzar el umbral
~~ni oyó el crujido que dejó al pasar.~~
En la escalera dormía el polvo.
~~Y en el exterior el viento silbaba sordo.~~
La penumbra surgía del silencio denso.
~~El entorno temblaba, frío y tenso.~~
Evocando recuerdos de un sótano inmenso.

Nada. El poema no tenía ningún sentido, las primeras palabras no decían nada y las letras tampoco. Lo intenté con las segundas palabras, con las terceras… Y lo mismo: nada.

Entonces recordé algo y me di una palmada en la frente.

¡CLARO!

¿Cómo no se me había ocurrido antes?

De pequeña escondía mensajes para mis padres por toda la casa. A veces, bastante complicados. Escogía las palabras de un texto siguiendo un código numérico o utilizaba una página de un libro como clave y cosas así. Lo importante eran las palabras y el orden. Fue mamá la que me enseñó ese juego; a veces era ella la que escondía mensajes para mí.

Volví a leer los versos impares y rodeé la palabra «Bajo» con un círculo. Ahora sólo tenía que hacer lo mismo con la segunda palabra del siguiente verso, después la tercera del de abajo y así sucesivamente.

(Ver *Soluciones*)

Esta vez, el resultado sí tenía sentido.

Miré a Cleo con una sonrisa radiante. Una pista escondida entre los versos… Ya podía imaginar cuál era mi siguiente paso.

—¿La casa tiene sótano? —preguntó Cleo.

—No sé. —Me encogí de hombros—. No había estado allí hasta ayer. Pero espero que lo tenga, porque si esta frase se refiere a otra casa…

Volví a leer el papel, como si fuese a encontrar en él la respuesta.

«Bajo la escalera del sótano».

—Tendremos que ir a comprobarlo —comentó.

—¿Tendremos? —repetí arqueando las cejas.

Me giré en la silla para mirarlo de frente. En ese momento, Julius, que había vuelto a subirse al hombro de Cleo, saltó a mi regazo. Lo acaricié distraída. El plural que había utilizado mi nuevo «amigo» no me había gustado nada. Ahora que había resuelto el misterio del papel, quedaba otra cosa por resolver: la presencia de Cleo. ¿Por qué continuaba allí, conmigo?

—Sí, tendremos —replicó él—. No esperarás que me quede sin saber cómo acaba esto, ¿no? Me lo estoy pasando genial, es guay.

—¿«Guay»? ¿Qué tienes, cuarenta años?

—No, tengo trece. Mi cumple es el 23 de mayo.

—Entonces, soy mayor que tú. El mío es el 17.

Hice una pausa. Había una pregunta que quería hacerle, no obstante, no me parecía apropiada. Aun así, reuní todo el valor que pude y, por fin, la solté.

—Estooo… ¿Me puedes contar cómo…? Bueno, ya sabes…

—¿Cómo morí?

Asentí.

Se rascó la cabeza, como hacía cuando quería ganar tiempo. Ya me estaba acostumbrando a ese gesto.

—Cómo morí… —murmuró y volvió a pasarse la mano por el cabello —. No lo sé —admitió al cabo de unos segundos. Su rostro se ensombreció —. Sé que estaba en el bosque. Después recuerdo que me puse en pie y me sacudí la ropa, pero había algo que no cuadraba. —Mientras hablaba, su silueta se fue oscureciendo—. Al mirar hacia abajo me vi ahí tirado. Había

un charco de sangre que teñía las hojas y la tierra a mi alrededor. Intenté despertarme a mí mismo…, a mi yo del suelo… No sé cómo decirlo. No pude. No había nada que hacer. Estaba muerto.

—¿No recuerdas nada más? —Negó y al hacerlo chasqueó la lengua—. ¿Nada de nada?

—No —dijo con voz débil—. Sólo sé que me morí.

Su contorno era ya negro por completo y esa sombra empezaba a treparle por los brazos, el cuello, el rostro… hasta envolverlo entero. También comenzaba a perder densidad, como si se estuviera desvaneciendo en el aire.

—¿No sabes por qué estabas en el bosque?

Volvió a negar.

Suspiré.

Iba a dejarlo ahí, pero recordé algo más. Algo que, a pesar de haberme planteado antes, todavía no me había atrevido a decir en voz alta.

—Oye, ¿cómo puedo estar segura de que eres un fantasma? ¿Y si eres una alucinación?

Igual era cosa de la medicación del hospital, aunque lo había buscado y ninguno de los efectos secundarios incluía ver chicos muertos con camiseta de Nirvana.

—Flipa —dijo incrédulo, aunque percibí leves notas de enfado en su tono. Su perfil dejó de temblar, se hizo de nuevo nítido y firme—. ¿Puedes decirme quién te ayudó con el EpiPen?

—Bien visto —acepté—. Aun así…, ¿no puedes…, no sé…, hacer algo que lo demuestre?

Fue su turno de suspirar. O, más bien, de resoplar.

Se aproximó a la chimenea, el aura oscura se tornó de un carmesí muy muy parecido al de la sangre. Quizá tenía que empezar a apuntar esos cambios; parecían indicar su estado de ánimo y, o mucho me equivocaba, o el rojo significaba enfado.

Cuando estuvo delante, se dio media vuelta para mirarme, alzó un brazo y, sin apartar los ojos de los míos, barrió con la mano mi colección de figuras de detectives famosos.

Cayeron al suelo y rebotaron por todas partes.

—¿Algo como esto? —preguntó. Las leves notas de enfado eran ya una auténtica sinfonía.

—¿Qué…? —empecé. No obstante, no terminé la frase. Algo acababa de hacer clic en mi cabeza. Me puse en pie y me acerqué a él—. ¿No te das cuenta? —dije casi sin aliento—. Antes te pedí que cogieses un boli y no pudiste, pero ahora has tirado todo esto —señalé el desastre del suelo—. ¡Claro que puedes mover cosas! ¡O cogerlas! ¡Creo que sólo tienes que saber cómo! ¡Y Julius no sólo puede verte! ¡Para él, eres sólido! El pequeño traidor ha estado todo el rato en tu hombro.

Me miró confundido y su halo volvió a la normalidad.

Cuando le vi por primera vez, no percibí nada extraño en él, pero, ahora que estábamos frente a frente, distinguí también un leve resplandor azulado que lo envolvía. Era casi imperceptible. Había que estar muy muy cerca para apreciarlo.

Me agaché y comencé a recoger las figuras. Eran de plástico y ninguna había sufrido daños, excepto la última, la de Sherlock Holmes, cuya pipa estaba un poco doblada. Intenté enderezarla sin mucho éxito y volví a ponerla sobre la repisa.

Cuando estuve satisfecha con el resultado, me volví hacia él.

—Mira, hagamos un trato —propuse—. Me acompañas a la casa abandonada, vemos qué hay bajo esa escalera y después me dejas en paz, ¿vale?

—¿Y si no me gusta tu trato?

—Entonces iré a ver a alguna médium que me ayude a deshacerme de ti. Al fin y al cabo, esta isla está llena de médiums, videntes, espiritistas y demás fauna sobrenatural. Seguro que alguno puede ayudarme contigo —

zanjé.

Al día siguiente iríamos a la casa.

Bajo la escalera nos esperaba algo.

Algo que llevaba demasiado tiempo esperando.

Ya era hora de que alguien lo encontrara.



CAPÍTULO 6

A la mañana siguiente me despertó el silencio. Era de esos densos que parecen ocuparlo todo. Julius dormía enroscado sobre mis piernas. Cuando lo obligué a moverse, me lanzó una mirada de indignación.

Me levanté y revisé las fotografías de la casa abandonada que había revelado la noche anterior.

No me desvelaron nada nuevo. Sólo aquel símbolo encima de la puerta. Lo había buscado en internet, pero no había encontrado nada sobre él.

Al bajar la escalera, me envolvió ese olor ya familiar a sofá: una mezcla de lana gastada, café derramado hace muchísimo tiempo y algo más, algo a lo que empezaba a acostumbrarme: tristeza.

Encontré a papá en la salita. Dormía encogido bajo la manta, el cabello gris revuelto. Junto al brazo del tresillo, una botella casi vacía que había pasado la noche entera vigilándolo. O acompañándolo. Más bien lo segundo.

Se me escapó un suspiro y con él el nudo que se me había formado en la garganta se aflojó.

Sólo un poco.

No podía arreglar aquello, no podía devolverle lo que había perdido,

pero al menos podía sentarme con él, compartir un café y fingir que el día podía mejorar.

Me quedé un momento en silencio observando cómo su pecho subía y bajaba despacio. Me resistía a despertarlo, pero tampoco podía dejar que siguiera durmiendo. En breve empezaba su turno y no quería que llegase tarde.

Me agaché y le aparté con cuidado un mechón de la frente.

—Papá… —susurré.

Abrió los ojos despacio y pestañeó. Me regaló una sonrisa cansada que no le llegó a los ojos.

—Venga, dúchate. Te preparo el desayuno.

—No tengo hambre.

—Por eso mismo —repliqué con tono ligero—. Te espero en la mesa.

Se incorporó a regañadientes tras una pelea a muerte con la manta, que intentaba retenerlo. Cuando consiguió ponerse en pie, se arrastró hasta el baño. Yo recogí la botella sin hacer ruido, eché los restos en el fregadero de la cocina y la tiré en el cubo de reciclado, fuera de su vista. Con el sonido del agua corriendo por las cañerías, puse la tetera, abrí el pan, saqué la sartén y batí dos huevos. Añadí un tercero para Julius. Aquel día le tocaba huevo. Se lo daba un par de veces por semana junto con su ración de comida seca. Pesé el pienso en la báscula y se lo puse todo en su cuenco. Se arrojó sobre él como si llevase meses sin comer. Le cambié el agua y seguí con el desayuno.

Mientras preparaba la comida, repasé mentalmente la lista de cosas que necesitaría para mi visita a la casa del bosque: cámara de fotos, libreta, boli, móvil cargado, EpiPen, navajita multiusos y algo de comida. Añadí también unas bolsitas para pruebas.

Papá se reunió conmigo en la cocina poco después con el pelo húmedo y la camisa abotonada de cualquier manera. Me acerqué a él y se la abroché bien. Después le serví el desayuno. Intenté sonreírle, pero en el fondo sabía que aquel era uno de esos días grises para él. Lo único que podía hacer era

esperar a que al día siguiente se levantase con mejor ánimo.

«Bajo la escalera del sótano».

La frase se paseaba por mi cabeza con las zapatillas de andar por casa puestas y con intención de quedarse a vivir allí.

O mucho me equivocaba, o teníamos que buscar algo debajo de una escalera de un sótano.

La pregunta era si aquella casa tenía sótano.

Ojalá lo tuviese; si no, todo nuestro plan se iría a la porra antes siquiera de ponerlo en marcha.

Nuestro plan.

Había pensado en plural.

¿Dónde estaba cleo?

—Muchas gracias por hacer el desayuno, cariño —dijo papá sacándome de mis pensamientos. Miraba el plato con cara de culpa—. Tendría que estar cuidándote yo a ti y no al revés.

—Bueno, estás teniendo una mala mañana —repliqué—. Seguro que esta tarde te encontrarás mejor.

Lo dije en modo automático. Ni siquiera sabía a quién quería animar, si a él o a mí misma.

Se sentó y cogió la taza. La sostuvo con ambas manos, como si aquella taza fuese lo único que lo anclase a la realidad. Tras unos segundos, probó un sorbo y volvió a posarla sobre la mesa.

—¿Qué plan tienes hoy? —preguntó. Noté el esfuerzo que hizo por sonar animado—. Sabes que tienes que descansar.

Me encogí de hombros, pero no pude evitar sonreír un poco. Tenía un plan. Tenía un caso. Tenía algo que hacer.

—Revisaré unas notas —mentí, aunque en mi favor diré que me sentí muy muy culpable; no obstante, lo hice porque no quería preocuparlo más —. Y después quiero salir un rato con la cámara. —Eso era verdad, por lo menos en parte. Pensaba hacer fotografías de todo lo que encontrásemos.

Él asintió, despacio. Su mirada se perdió en el mantel. Seguía allí, conmigo, pero en cierto modo ya no estaba. Estiré el pie por debajo para tocarle el tobillo, un gesto mínimo.

—Eh —dije bajito—. ¿Te acuerdas del bebedero de pájaros del claro? Ayer había un petirrojo bañándose como si aquello fuera un spa de cinco estrellas. Seguro que hoy va con toda la familia. Coge ese café y ve a que te dé un rato el sol. Nos haces un favor a todos. A mí, a ti… y a los petirrojos.

Asintió.

—Esta tarde arreglaré los macizos del jardín delantero, se están descontrolando un poco —prometió—. Y… gracias de nuevo por el desayuno.

Cogió la taza y se dirigió a la puerta trasera.

—Creo que volveré para comer —dije antes de que saliese.

No sabía cuánto me entretendría el sótano, pero tampoco podía llevarme tanto; eran apenas las siete de la mañana.

—Claro, cielo. —Ya casi había atravesado el umbral cuando se dio media vuelta—. Y, por favor, ten cuidado.

—Siempre tengo cuidado —respondí.

No era del todo cierto, pero sonaba como algo que diría una hija responsable.



Cuando salí al jardín trasero, vi que Cleo ya me esperaba fuera, junto a la puerta de madera que daba al bosque. No tenía ni idea de cuánto llevaba allí, tal vez toda la noche. Eso me recordó que tampoco sabía si necesitaba dormir. Había muchas cosas sobre él que desconocía.

Estaba apoyado en la valla de piedra con postura desenfadada, las manos en los bolsillos y el flequillo en guerra con la gravedad. Llevaba los mismos

vaqueros, la misma camisa de cuadros desabrochada y, bajo ella, la misma camiseta de Nirvana del día anterior.

—¿Siempre vas vestido igual? —pregunté.

—Sí, siempre. No es que tenga un armario fantasma donde elegir qué me pongo cada día. Por lo menos la palmé con mi camiseta favorita —replicó con una sonrisa—. ¿Estás lista?

—Listísima —dije, y eché a andar.

Julius se detuvo frente a Cleo y se negó a dar ni un solo paso hasta que este no le hizo unas caricias. Daba saltitos frente al fantasma y alzaba las patitas como si quisiera abrazarlo.

Lo dicho: un maldito traidor con patas.

Seguimos un sendero estrecho y sinuoso que se abría entre los árboles. Sabía que se acababa un poco más adelante, pero de momento nos servía. El olor del bosque me envolvió con su mezcla de aromas: madera envejecida por el sol, resina, tierra húmeda y vida salvaje. También olía a verano.

El sol se colaba entre las copas de los árboles y formaba charcos dorados en el camino. Temblaban frente a nuestros pies cada vez que la brisa agitaba las ramas.

Lo peor eran los insectos que zumbaban a nuestro alrededor. Apreté el EpiPen a través de la tela del pantalón. Esperaba no tener que utilizarlo de nuevo.

—He pensado en lo de ayer —dijo Cleo caminando a mi lado sin hacer ruido—. Si lo de la escalera no es una metáfora, tiene que ser literal. Y, si es literal, lo que sea que buscamos, estará en el sótano.



—Me maravilla tu poder de deducción, Watson —repuse.

Esperaba que Cleo hubiese notado la ironía.

—Por cierto —añadió mirando sus zapatillas que no dejaban huellas—. Esta casa siempre ha tenido fama de…, ya sabes.

—¿Encantada?

—Yo iba a decir rara. Pero sí. Dicen que está encantada. Se oyen voces y a veces hay luces en las ventanas y cosas de esas. También se dice que la médium que vivía en ella desapareció de la noche a la mañana. Nadie supo jamás qué fue de ella. Y nadie más ha vivido allí desde entonces.

—Lo de la médium es verdad. Se llamaba Amelia Thorne. El resto son tonterías…

—¿Por qué?

Me detuve y me giré hacia él con los brazos en jarras.

—Veamos, ¿quién dice que está encantada?

—Se lo he oído comentar a los chicos y chicas del instituto…

—Ya… —lo interrumpí—. ¿Y cómo lo han sabido ellos?

—Hace unos meses escuché una conversación. Un grupo de tercero vino por la noche. Salieron corriendo porque había luz en las ventanas del piso de arriba y escucharon voces y golpes.

—¡Exacto! —exclamé—. Puede que otras personas tuvieran la misma idea y que eso fuera lo que vieron los chicos a los que escuchaste.

—Podría ser… Me gusta cuando te pones lógica —bromeó.

—Avísame cuando no sea lógica. O mejor, llévame directamente al hospital, porque me estaré muriendo o algo. Además, si estuviese encantada, alguien estaría ya haciendo negocio con ella… Al fin y al cabo, de eso viven en esta isla. Si una tostadora hace un ruido raro, ya tienes a medio pueblo vendiendo entradas para ver al fantasma del pan.

La casa apareció entre los árboles como el día anterior: aislada, ruinosa y olvidada.

—Dan ganas de vivir aquí —intenté bromear, pero no pude evitar un

escalofrío.

Subimos los escalones y empujé la puerta. Se abrió con un chirrido que me recorrió todo el cuerpo. Dentro, todo estaba como la primera vez: el polvo flotando en la luz de la linterna, los muebles cubiertos con sábanas raídas, el piano tapado y las alfombras deshilachadas y con manchas oscuras.

—Recuerda, Claudia —dije más para mí que para él—: no existen los fantasmas.

—Claro que no —respondió Cleo muy serio.

—Eres idiota —dije con una risita.

—Eso también.

Su broma había conseguido que me relajase. No había nada misterioso en aquel lugar, sólo era una casa vieja.

Atravesamos el vestíbulo hacia la cocina. El pomo redondo seguía limpio, impoluto. Caminé unos pasos hacia atrás y comprobé el tirador de otra estancia. Estaba lleno de polvo. Lo abrí y comprobé el interior: una salita. Regresé a la puerta de la cocina. Empujé con cuidado y miré a mi alrededor, atenta a cualquier atisbo de zumbido. Prefería no acabar de nuevo en el hospital. La cocina se veía igual, antigua, pero casi brillante. Las mismas ollas de cobre en la estructura de hierro, la mesa central, los armarios cepillados, los cuadros de flores y hojas en los muros. Pasé un dedo por la encimera y sentí ese tacto que dejan los productos de limpieza. Ni una mota de polvo. El aire, sin embargo, olía a humedad y a algo rancio, tal vez el paso del tiempo.

—Esto no lo ha limpiado un fantasma ni ningún ente sobrenatural —aseguré—. Esto lo ha limpiado alguien con manos, plumero y tiempo. Alguien ha estado viniendo a esta casa y ha utilizado la cocina como base.

Mi compañero asintió, pero no dijo nada.

La puerta del sótano estaba al fondo, junto a una alacena. Un rectángulo de madera pintada de un verde pasado que, a la luz de la linterna, parecía casi negro. El pomo era de porcelana resquebrajada y estaba frío al tacto.

Bajo él, una pequeña cerradura con la llave puesta. Tiré. La puerta se abrió sin hacer ruido. Sentí un golpe de aire más frío en el rostro. Julius se removió en la bandolera, pero lo obligué a meterse de nuevo.

Era hora de descender hacia la oscuridad.

No se percibía nada allí abajo, salvo la sensación de que algo esperaba.



CAPÍTULO 7

Los primeros peldaños de la escalera —los únicos que veía— eran de madera tosca y tenían pinta de crujir con el peso de una pluma. A la izquierda había un pasamanos del mismo material, áspero y con astillas, por lo que evité apoyarme en él. Descendimos. El haz de la linterna cortaba el polvo en tiras. Una telaraña se me pegó a la frente; noté los hilos fríos y pegajosos y la aparté con un manotazo torpe y cargado de asco. Cleo iba detrás. No hacía ruido, pero su presencia, saber que no estaba sola en aquella oscuridad, me tranquilizaba bastante.

—Dicen que en esta casa se oyen cosas —insistió—. Que las cosas se mueven solas…

—Es normal. El suelo se asienta y los sonidos de tuberías y vigas viajan adonde les da la gana y como les da la gana —expliqué—. Eso, y que eres un fantasma. No creo que haya nada aquí que pueda hacerte daño. Más daño, me refiero.

Escuché una risita suave y avergonzada a mi espalda.

—Tienes razón, pero me preocupo por ti —se excusó.

—Ya, ya… No insinuaba lo contrario.

Llegamos al final de la escalera y el sótano se abrió en una estancia

rectangular con el techo bajo. Las paredes de piedra húmeda rezumaban un líquido oscuro y espeso que descendía lento hacia el suelo. No intenté averiguar qué era. En el aire había un olor intenso a tierra y metal. Pegadas a los muros vimos estanterías de madera con frascos vacíos y una mesa con marcas circulares; también un fregadero de piedra bajo una pequeña ventana casi cegada por las enredaderas del exterior. Una bombilla sin pantalla colgaba del cable. Cuando pulsé el interruptor, la bombilla explotó.

Vale, había que seguir con la linterna.

—Este sótano tiene todos los ingredientes para creer en lo sobrenatural. Veamos, bombillas que explotan, oscuridad, ratas… —enumeré.

—¿Ratas? —Cleo miró a su alrededor algo alarmado.

—Ratas —confirmé, y señalé hacia un rincón, donde unos ojitos rojos brillaron antes de desaparecer por un agujero en el zócalo—. ¡Julius, no! —El hurón se tensó e intentó perseguir al roedor, pero, cuando saltó desde la bandolera, conseguí atraparlo al vuelo.

—Ni se te ocurra, pequeño idiota —mascullé mientras lo metía de nuevo en la bolsa.

Me acerqué a la escalera por el lateral. Los peldaños descansaban sobre una estructura tosca de hierro que dejaba debajo un espacio triangular en el que vivía la negrura. Me agaché y me metí en él. Pasé la linterna por todas partes. Sólo sombras y polvo.



—«Bajo la escalera» —murmuré—. Vale. «Bajo» no tiene por qué ser literalmente debajo. Puede ser la parte de atrás de los peldaños; puede ser abajo, en el primer peldaño; puede ser en el muro, puede ser una trampilla…

—¿Puedo…? —Cleo alargó la mano y la retiró, como si acabase de recordar que sus dedos eran de humo—. Espera, voy a intentarlo —dijo, y cerró los ojos.

Una corriente de aire helado me rozó. Un tornillo viejo de la barandilla vibró apenas un segundo. Después, nada más.

—Está bien —intenté consolarlo—. Al fin y al cabo, el otro día conseguiste salvarme la vida. Ya lo lograrás.

Sonrió, pero sus bordes se oscurecieron un poco.

Fui palpando y golpeando los cantos de los escalones, uno a uno, buscaba holguras, dibujos, marcas. Algo.

En el cuarto peldaño noté un cambio sutil de sonido. Al golpear con los nudillos la madera me devolvió un retumbar breve, como un eco, que no había escuchado en los demás. Golpeé otra vez, más fuerte. Hueco. Definitivamente hueco.

—Ajá. Aquí está.

Apoyé la linterna entre el hombro y el cuello, saqué la navaja suiza y metí la punta plana en una junta muy fina para hacer palanca. La pieza no se movió. Lo volví a intentar.

Nada.

Probé un ángulo distinto.

Una astillita de madera saltó y me dio en el labio. Genial. Cambié de estrategia: pasé la palma muy despacio por los bordes del escalón. Mis dedos toparon con una irregularidad mínima, apenas del tamaño de una lenteja, un círculo más liso. Lo presioné con el pulgar. Un chasquido suave me respondió desde dentro.

—¿Lo has oído? —pregunté a mi compañero.

Cleo asintió.

Tiré de la junta de nuevo. Esta vez cedió un milímetro. Luego dos. El frontal del peldaño giró sobre un eje oculto, como si aquello fuese una trampilla en un truco de magia. Detrás, una cavidad aparentemente vacía del tamaño de una caja de zapatos del que sólo emanaba oscuridad. Acerqué la luz. En el interior, envuelto en un paño rojo, había algo rectangular.

Mi corazón se aceleró.

—Vale, vale, vale —dije más por tranquilizarme que por otra cosa.

Saqué las pinzas de la bolsa de pruebas. Introduje la mano con las pinzas por delante y sujeté el paño por una esquina. A continuación, lo fui deslizando con cuidado.

En ese instante, nos llegaron ruidos desde el piso de arriba.

Primero, un crujido leve, como un peso que cambia de posición. Después, el sonido clarísimo de una silla arrastrándose.

Me congelé con el paño todavía atrapado por la pinza. Cleo me miró y, a la luz de la linterna, vi los ojos azules abiertos en gesto de terror y cómo su borde se teñía de nuevo, en esta ocasión me pareció que de un color amarillento, casi marrón. Otra emoción que apuntar.

—¿Una rata grande? —pregunté sin terminar de creérmelo.

—Ya, claro. Tiene que ser una rata enorme si puede mover sillas —replicó Cleo en un susurro que sonó a grito.

Escuchamos un golpe seco justo encima de nuestras cabezas. Muy cerca de la puerta del sótano.

Tragué saliva.

Aquello confirmaba que esa cocina estaba siendo utilizada —y limpiada — por alguien. Alguien que la había convertido en su base de operaciones. Tal vez alguien que, después de tantos años, todavía creía que había algo que encontrar en aquella casa.

Me olvidé de las pinzas. Metí la mano en el hueco y me hice con el paquete. Al tacto sentí que, bajo la tela, había una caja metálica. La metí a toda prisa en mi bandolera y cerré de nuevo el frontal del peldaño. Miré la

escalera. La luz de la linterna tembló un poco, esta vez no por las pilas.

—No subas —pidió Cleo. Me pareció escuchar algo muy parecido a la súplica en su voz.

—No pensaba —susurré de vuelta.

Y era casi verdad. No podía negar que la idea de ir a investigar los sonidos había cruzado por mi cabeza.

Más ruidos: pasos. Dos. Tres. Pausados y sin prisa. El pomo de porcelana vibró. El polvo cayó sobre nosotros desde el viejo marco de la escalera, despacio, como nieve antigua. Se me metió en la nariz y tuve que reprimir un estornudo.

La puerta del sótano comenzó a abrirse. Primero un centímetro, luego otro.

Se detuvo.

Mi boca estaba seca, pero no me pareció el mejor momento para sacar la cantimplora de la bolsa. Me obligué a respirar por la nariz, hondo, una, dos veces. Necesitaba pensar con frialdad.

Hice un repaso mental de la situación.

Salidas: una, la escalera; dos, la ventana sobre el fregadero —probable, no segura—. Objetos: linterna, navaja multiusos, cuerda, algo de comida, Cleo. Física: el sonido se refleja, la madera se dilata, las cosas tienen explicación. Nervios: mal. Miedo: fatal.

—Claudia —susurró Cleo, y el susurro me hizo cosquillas en la oreja—, no estamos solos. Ahí arriba hay alguien… O algo.

—¿Y en qué lo has notado? —resoplé y puse los ojos en blanco.

No respondió.

Continuábamos escuchando pasos y golpes en la cocina. También cajones que se abrían y se cerraban. Quien fuese que estuviese allí arriba parecía no tener ni idea de que estábamos en el sótano. Al contrario, parecía estar buscando algo… Tal vez la libreta que me había llevado.

Entonces, al fin, la puerta se cerró del todo.

Un golpe corto, casi educado.
Y después… la llave girando en la cerradura.
Nos acababan de encerrar en el sótano.



CAPÍTULO 8

El clic de la cerradura sonó a punto y final. No tenía pinta de que fuésemos a poder salir por allí… O fuese, porque Cleo no tendría problema en salir por donde él quisiera.

El sótano se me hizo más pequeño, claustrofóbico. Apagué la linterna un segundo para escuchar mejor. Había leído en algún sitio que, sin el sentido de la vista, el cerebro dedicaba más recursos al resto y, en aquel momento, yo necesitaba el oído al ciento diez por cien.

El silencio fue tan intenso que temí que, quien fuera que estuviese en la cocina, lo escuchase. Luego, de nuevo: pasos sobre mi cabeza, un arrastre, un grifo que se abría. Me pareció oír una voz. Sonaba lejana y apagada. Nada raro si considerábamos la situación.

Julius se revolvió dentro de la bolsa y emitió un bufido mínimo, indignado; para él, todo lo que no fuese comer, dormir o recibir mimos era un abuso. Introduje la mano bajo la solapa y se la pasé por el lomo. Una caricia de emergencia.

Volví a encender la linterna.

—Hay dos por lo menos —dije en el oído de Cleo—. O uno y está hablando por teléfono, claro.

—Todo esto es nivel jefe final… ¿Cuál es el plan? —replicó él en apenas un murmullo. Su contorno estaba turbio y le corrían sombras por el borde. Seguía preguntándome de qué tenía miedo. A él ya no podía pasarle nada, pero me pareció un poco insensible decírselo.

No respondí; en cambio, señalé la ventana sobre el fregadero de piedra.

Cruzamos la estancia de puntillas, palpando la pared para no tropezar con nada. Estaba fría y procuré no tocar el líquido oscuro y espeso que rezumaba de ella. Llegamos a la ventana: pequeña pero adecuada a mi tamaño. Si conseguía abrirla, podría salir.

Si conseguía abrirla. Esa era la clave.

Tenía en la parte de abajo dos cerrojos de hierro oxidado que la bloqueaban. Además, fuera, las enredaderas le habían declarado la guerra al marco hacía años.

Me encaramé al fregadero y acerqué la linterna: cada uno de los cerrojos tenía una combinación.

Pasé la mano por el marco. Estaba húmedo y tenía un tacto suave y esponjoso, como mohoso. La pintura se veía levantada en muchos puntos. Me dio un poco de asco tocarlo, pero era lo que había y tendría que trabajar con ello.

Saqué la navaja multiusos y la apoyé contra el primer cerrojo. Intenté forzarlo. Al hacerlo, me di cuenta de que había algo grabado. Acerqué la linterna y aparté con la uña una costra de óxido. Debajo, el metal reveló un grabado: se trataba de una hoja. Alumbré el otro cerrojo: una flor. Tal vez una margarita.

—¿Qué es eso? —preguntó Cleo a mi lado.

—Ni idea, pero no podemos pararnos a averiguarlo.

—Espera, mira. —Saltó al suelo y señaló dos cuadros que había en la pared, entre el fregadero y la ventana—: puede que sea la clave para dar con las combinaciones.

Le imité y acerqué la luz a los cuadros.

—Tienes razón, puede que la médium tuviese muy mala memoria…

—¿Y cómo sabes que fue la médium la que puso los candados?

—Bueno, tú mismo has dicho que después de que desapareciese, nadie más ha vivido aquí, así que imagino que los puso ella. Además, he visto más cuadros de este estilo en la cocina.

Observamos ambas imágenes unos instantes.

—Vale, son hojas y flores, está claro que el cuadro de las hojas tiene la clave para el candado de la hoja y el de los ramos de flores para el otro. ¿Cómo lo solucionamos? —pregunté.

—No lo sé, pero lo tenemos delante. Piensa, Claudia.

—Piensa tú, yo no tengo tiempo. Por si lo de las combinaciones no funciona… —repliqué.



De nuevo me encaramé al fregadero de piedra y continué intentando forzar el primero de los cerrojos.

Abajo, Cleo seguía dándole vueltas al acertijo.

—Tres hojas… Puede que la solución al primer cerrojo sea tres, tres, tres… —murmuró.

Por si acaso, lo intenté. Puse la combinación e intenté abrirlo.

—No.

—Espera, se me ha ocurrido algo. —Por supuesto, no esperé. Proseguí con mi tarea. Me moría por salir de allí—. ¿Y si son los nervios de las hojas…? Prueba con cinco, seis, cuatro.

(Ver *Soluciones*)

Obedecí con fastidio, no creía que eso fuese a funcionar tampoco.

Un chasquido me puso en mi sitio.

El primer cerrojo estaba abierto.

—¡Ha funcionado! —dije sorprendida—. Cleo, eres un auténtico genio. Vale, ahora el otro… —Salté al suelo y enfoqué el haz de la linterna en dirección al segundo cuadro. No me llevó mucho tiempo dar con la clave—. Creo que es cuatro, siete y cinco. ¿Ves? Cada ramo tiene un número distinto de margaritas.

Trepé al fregadero e introduje la combinación.

Nunca pensé que un sonido tan breve y tan seco como el de un cierre al abrirse pudiese ser, a la vez, tan melodioso.

Miré a través del cristal polvoriento y lleno de suciedad. En el exterior, un rectángulo de nudos verdes y marrones que apenas filtraba la luz del sol se había convertido en el tercer cerrojo. Olía a tierra viva y a hojas.

—Yo me encargo, ¿qué puede salir mal…? No respondas, por favor —dijo Cleo.

Se inclinó, concentrado. Noté otra vez ese soplo frío que le rodeaba cuando lo intentaba. El entramado de hojas y raíces tembló y se agitó un poco, después… nada.

Cleo hizo una mueca de frustración.

—Está bien, no te preocupes —le dije bajito—. Lo hago yo.

Dejé la bandolera en el fregadero con cuidado de que Julius no se escapase. Lo último que necesitaba era un hurón loco correteando y chillando por el sótano. Con la linterna entre los dientes, empujé. Los dedos resbalaron un poco en el marco húmedo. Volví a intentarlo, esta vez con los puños apretados, y la ventana se movió apenas un par de centímetros. Las enredaderas chirriaron y se hicieron fuertes. Aquel era su reino y ninguna niñata con complejo de detective iba a arrebatárselo.

Arriba volvieron los ruidos: una silla arrastrándose, un golpe apagado y pasos. Se alejaban, paraban, regresaban. Me estaba empezando a poner muy nerviosa.

Giré el cuerpo y conseguí sacar el brazo por el ventanuco, agarré los tallos y di un tirón seco. Varios cedieron y otros se partieron dejando un olor a césped recién cortado y a madera.

—¿Cabe Julius? —preguntó Cleo.

—Julius cabe hasta en tu bolsillo —murmuré—. El problema es que quepa yo.

Empujé más, esta vez con el antebrazo, y la ventana, por fin, se rindió con un quejido. Fue tan estridente que pensé que arriba lo habrían escuchado. Me encogí en el sitio unos segundos, pero enseguida pasé a la acción.

—Tú primero —dijo Cleo.

—JA.

—Técnicamente, estoy muerto, así que no tengo nada que perder…

—Por eso. Necesito que seas mis ojos ahí fuera. Si salen mientras estoy en la ventana…

—Si entran mientras estás en la ventana…

En otro momento habríamos seguido con eso, pero los pasos sobre nuestras cabezas se acercaron a la puerta del sótano. El pomo de porcelana

tintineó contra el metal y escuchamos el clic de la cerradura de nuevo.

Tenía que escapar a toda prisa.

Tragué saliva.

—Vale, ya voy yo —gruñí—. Si pillan a alguien aquí abajo, que sea a ti, que no pueden verte.

Recogí la bolsa con Julius en su interior y metí en ella la linterna. A continuación, la arrojé al exterior —sin ningún tipo de cuidado, a juzgar por el bufido que soltó mi hurón— y me escurrí por el hueco de la ventana. Sentí en la cintura el borde áspero de la piedra. Pateé el aire para impulsarme sin mucho resultado. Busqué con la mano un punto firme. Raíces. Me agarré y tiré.

Por fin estaba libre. Cierto era que mi huida había sido de todo menos elegante, pero no se podía tener todo.

Cleo salió sin dificultad. Para ser exactos, atravesó la ventana como si no existiera.

Julius volvió a protestar. Cuando llegase a casa iba a tener que tratar con un hurón muy muy enfadado.

El exterior nos recibió con olor a vegetación y un murmullo de hojas. Era genial volver a respirar aire fresco. Me puse en pie, me colgué bien la bandolera y señalé con la barbilla el lateral de la casa.

—La rodeamos con cuidado de que no nos vean y nos metemos en el bosque, ¿vale? —dije.

—Guay —asintió Cleo.

Nos deslizamos por el muro casi a gatas hasta que llegamos al frontal de la casa.

—¿Por qué te agachas tú? —quise saber mientras aguantaba la risa—. ¡Es imposible que nadie te vea!

—¡Yo qué sé! —se defendió él—. Estoy muy nervioso.

Tras un vistazo rápido para asegurarnos de que no había nadie, echamos a correr al cobijo de los árboles. El aire denso y dulce del mediodía me

golpeaba el rostro y me daba una sensación de libertad que hacía mucho que no sentía. Cleo iba a mi lado, sin rozar apenas el suelo, con ese borde ahora azulado que indicaba que estaba tranquilo. La bandolera me golpeaba la pierna con cada zancada.

No olvidaba que, en su interior, la caja y el paño que había sacado del escondite bajo la escalera aguardaban a que descubriese sus secretos.



CAPÍTULO 9

A la hora de comer, la casa olía a tomate frito. Papá estaba haciendo pasta y la salsa burbujeaba en el fuego, en una olla pequeña. Tarareaba una canción que sonaba en su móvil a un volumen no muy alto. Me sorprendió verlo así, más contento que por la mañana. Mucho más. Por el pelo húmedo, supe que se había vuelto a duchar al llegar a casa después de estar toda la mañana trabajando en los jardines de la mansión. Esta vez se había abrochado mejor la camisa limpia y se había peinado. También se había afeitado. Hasta mí flotó el aroma del *after shave* mezclado con el de la comida. Cuando me vio asomar por la puerta de la cocina, levantó la cuchara de madera como si fuera una batuta.

—Justo a tiempo —anunció solemne—. Da comienzo la degustación oficial de mi famosísima salsa de tomate.

Me tendió la cuchara y, por una vez, obedecí sin protestar. La salsa sabía a casa: un punto de acidez, dulce al final. Asentí. Papá sonrió de medio lado, satisfecho, y apagó el fuego.

—A poner la mesa, jovencita —dijo—. Ah, y tienes una carta en el recibidor. Te ha llegado esta mañana.

Dejé salir a Julius de la bandolera y fui a coger la carta. No la leí, tenía

que poner la mesa, pero me la guardé en el bolsillo. Desde luego, el humor de papá había mejorado mucho desde aquella misma mañana y no pensaba permitir que eso cambiase. Tras poner la mesa, corrí a mi dormitorio a esconder la caja que habíamos encontrado.

Comimos en el jardín trasero, el día estaba claro y la sombra de las buganvillas era un techo mejor que cualquier otro.

—¿Qué tal la mañana? —preguntó papá sirviéndose pasta.

Tenía mejor color que cuando se había levantado, incluso bromeó con la ración, como si fuera demasiado, aunque luego se la quedó igual. Buen síntoma.

—Productiva —respondí, y masticar me ayudó a no decir nada más.

Tenía una caja envuelta en un paño rojo escondida debajo de mi cama y un fantasma plantado en mi habitación. Eso se habría considerado productivo en cualquier lista, pero tal vez no fuese el tipo de información que se compartía con un padre en fase «parece que está mejor», por lo que me tragué la verdad junto con la salsa.

Papá dejó la servilleta a un lado.

—Esta tarde arreglaré este jardín y el de delante, están casi salvajes.

—A mí este me gusta así —aseguré—, pero en el de delante puedes hacer lo que quieras.

—Entonces prometo no estropeártelo mucho —mi padre rio—, pero algo hay que podar o estas plantas se van a adueñar de la casa.

Cuando terminamos, papá me ayudó a recoger y a fregar los platos —otro indicio de mejora— y se preparó para salir. Me puso una mano en el hombro.

—Si necesitas cualquier cosa… —dejó la frase en el aire.

—Estoy bien —le aseguré—. No sé si saldré esta tarde… —Después lo pensé mejor. Nunca se sabía cuando estabas investigando un misterio—. Lo mismo voy a dar un paseo.

—Todo el día de paseo —bromeó él. Me dio un beso rápido en la frente

—. Ten cuidado.

Subí las escaleras de dos en dos. En el rellano, el aire estaba un poco más fresco; el ático guardaba sombras incluso cuando el resto de la casa se calentaba por el sol del verano.

Por un instante, me hice la ilusión de que Cleo se habría esfumado.

Abrí la puerta y…

No.

Por no variar, allí estaba. Como si la idea de desaparecer fuese una auténtica locura y no entrara en sus planes. La decepción me pinchó primero, aunque detrás vino un alivio que no pensaba confesar ni bajo tortura.

Supongo que hasta a un fantasma se le puede coger cariño.

—¿Todo bien? —preguntó como saludo.

—Bueno, por lo menos ha comido —respondí—. Le está costando… Ya sabes…, desde lo de mi madre.

—¿A qué te refieres?

Me di cuenta de que él no sabía nada de mi vida.

—Cierto. No te lo he contado —dije lacónica.

Él negó con la cabeza en silencio y dio un par de pasos en mi dirección.

—¿Quieres…? —preguntó bajito—. Bueno, ya sabes… Si necesitas hablar o desahogarte… Pues eso, que estoy aquí.

—No… Sí… No sé —dudé unos instantes—. Sí. Quiero contártelo —decidí.

Señalé el suelo y me senté con las piernas cruzadas. Julius se acomodó en mi regazo. Cleo se dejó caer a mi lado sin ningún tipo de sonido; no sabía cómo lo hacía. Bueno, sí, el truco consistía en estar muerto y ser un ente sobrenatural, pero, aun así, me maravillaba.

—Mi madre murió hace un año. Un accidente… Prefiero no hablar de esa parte. —Asintió y en su rostro vi una invitación a continuar—. Después de eso, papá se puso muy triste. Una depresión. Y comenzó a beber. Poco al

principio, luego más y más. Era profesor en una universidad, pero lo despidieron debido a su problema con la bebida. Pasado un tiempo, encontró trabajo aquí, en Santa Muerta, como jardinero y guardés… Es lo que hace en la mansión de los Van der Haas. Se encarga de que sus jardines y terrenos estén perfectos. Tan perfectos como ellos —añadí con sarcasmo —. Y yo me encargo de que mi padre coma, duerma y no beba demasiado.

—Siento lo de tu madre —dijo con los ojos fijos en el suelo—. ¿Cómo estás tú?

Esa pregunta me apretó un nudo en la garganta que hacía tiempo que no sentía. Nadie me la había hecho en mucho tiempo. En concreto, desde hacía un año.

Durante el funeral, todos los asistentes me mostraron sus condolencias y su apoyo, pero después… Después, el dolor de papá fue tan evidente y tan autodestructivo que mi tristeza pasó a un segundo plano. Yo seguía adelante, sacaba buenas notas y no era lo que se conoce como una «adolescente problemática», al contrario. Todo el mundo decía que era muy responsable, muy tranquila y muy inteligente.

Y yo… Yo, a veces, echaba de menos ser irresponsable, inquieta y tonta. O al menos parecerlo.

Sentía que había crecido demasiado rápido.

Me había obligado a crecer demasiado rápido.

No protesté cuando nos vinimos a Santa Muerta y tuve que dejar a todos mis amigos atrás. No me quejé cuando me sentía sola porque papá, a pesar de intentarlo, no podía hablar conmigo de su pena. Ni de la mía. No dije nada cuando, a mitad de curso, tuve que empezar en un nuevo instituto en el que no conocía a nadie.

No.

Llevaba tiempo callándome todo. Por el contrario, para distraerme y que la amargura no me ganase la partida, me había dedicado a resolver misterios a mi alrededor. La mayoría, tonterías: la desaparición de un libro de la

biblioteca, una bolsa repleta de gominolas perdida…, cosas así. Hasta ahora, claro, que me enfrentaba a un misterio real.

A mamá le encantaban los misterios y yo había heredado su gusto por ellos. Además, me ayudaban a mantener la mente ocupada y no pensar demasiado en las cosas en las que no quería pensar, como, por ejemplo, la pérdida de mi madre o la soledad que sentía desde que ella ya no estaba. También era mi manera de tenerla más cerca de mí. De… No sabría cómo llamarlo… Sentía que haciendo eso que a ella le gustaba tanto honraba su memoria.

Hacía un año que había metido todas mis emociones y mi malestar en una cajita y había cerrado la tapa.

Y había llegado el momento de abrirla.

Con un fantasma.

Por lo menos, a Cleo no le quedaría más remedio que llevarse a la tumba las cosas que yo nunca decía.

Al fin y al cabo, era la única que podía verle. Sin contar a Julius, pero él no hablaba.

Se me empezaron a llenar los ojos de lágrimas.

Y le conté todo a aquel chico muerto.

Cuando acabé, él intentó abrazarme, pero sus brazos me atravesaron dejándome con una sensación fría y una cálida, la segunda muy agradable, como un cacao calentito después de un día de lluvia. No sabía explicarlo muy bien. Creo que el calorcito que me atravesó fueron sus ganas de ofrecerme consuelo. De algún modo, había conseguido transmitírmelo.

—Gracias —dije, y le sonreí—. Creo que me hacía falta esto.

—Tranquila, controladísimo, estoy aquí para lo que necesites… Además, me has hecho pensar.

—¿En qué?

—En mí… Bueno, en mi muerte y lo que quedó atrás. No sé qué me sucedió. No tengo apenas recuerdos de quién fui, qué hacía cuando estaba

vivo o qué me gustaba… Me viene a la memoria que iba a clase y que era también detective, como tú, pero no sé si habrá alguien que me eche de menos… así, como tú a tu madre.

Bajé la mirada y observé con atención mis zapatillas. No sabía qué decirle. Yo había perdido a mi madre, pero él había perdido todo. Hasta la memoria. A mí por lo menos me quedaban recuerdos, pero a él casi ni eso.

Suspiré e intenté cambiar de tema.

—¿Nos ponemos con la caja?

—¿Vuelan los pájaros? —replicó él.

—Bueno…, eso no es del todo exacto, puesto que no todos vuelan… —Le miré y vi que ponía los ojos en blanco—. Vale, vale, ya entiendo que sí.

Saqué la caja de su escondite debajo de la cama. El paño rojo tenía ese tacto basto y algo áspero de las telas guardadas durante años, pero el color continuaba siendo vivo, si bien lucía algunas manchas más oscuras. Lo extendí y la caja quedó en el centro; era metálica y sólida. Demasiado. El cierre estaba compuesto por cuatro diales giratorios con números del cero al nueve.

Intenté forzar la cerradura, pero era más resistente de lo que parecía.

Estábamos a un paso de descubrir el contenido, sólo una combinación de cuatro dígitos nos separaba de nuestro objetivo.

—¿Lista? —Cleo ladeó la cabeza expectante—. Tenemos nueve mil novecientas noventa y nueve posibles combinaciones; ya podemos ir empezando.

—En realidad, son diez mil —corregí—. Cero cero cero cero también cuenta. Nos llevaría un montón de tiempo ponerlas todas, imagina que la correcta es la última que probamos…

—Ya, tienes razón… Entonces ¿qué hacemos?

—Si esta caja perteneció a la médium, tuvo que dejar alguna pista. Acuérdate de los cuadros del sótano, tenían la clave para los candados. Estoy segura de que tenía muy mala memoria. Y la única cosa que había en ese

hueco, además de la caja…

—Era el paño —acabó Cleo por mí.

—¡Correcto!

Cogí el paño con cuidado de no rasgarlo y lo examiné. No vi nada. Pasé los dedos por encima y en una esquina noté algo. Lo alcé y lo puse al trasluz. Había un bordado. Era muy delicado y estaba hecho en un hilo del mismo tono que el resto de la tela, por lo que me había pasado desapercibido. Eran ocho letras: «REVELARE».

—*Revelare* significa «quitar el velo» en latín. Podríamos traducirlo también como descubrir lo que está oculto —dijo Cleo.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Ya sabes, cosas de muertos. —Se encogió de hombros—. Mira, aquí hay algo más.

Señaló bajo el bordado. Toqué la zona y sentí el relieve de los hilos bajo las yemas. Sí, debajo había algo, pero no conseguía verlo de lo pequeño que era. Me puse en pie y me dirigí a mi escritorio. Encendí la lámpara y puse la tela debajo. Con la mano izquierda, abrí el primer cajón y rebusqué en su interior sin separar la vista del paño. Por fin, mis dedos se cerraron en torno al objeto que buscaba: mi lupa. Miré la costura con ella y entonces lo vi. Otra palabra bordada, casi escondida entre los remates: «DIVIDERE».



—¿Que dividamos qué? —preguntó Cleo, que me había seguido por toda la habitación—. Por si no lo sabías, *dividere* significa «dividir» en latín.

En esta ocasión fui yo la que se encogió de hombros, antes de responder:

—No sé. Tal vez se refiere a que dividamos la palabra *revelare* en sus letras. Son ocho.

—O en sílabas… —intervino pensativo.

—Vale, ¿y después? Porque lo que estamos buscando es una clave numérica…

—¿Y si sustituimos cada letra por su posición en el alfabeto? —Cleo acercó la cara, el halo azul apenas perceptible—. Tal vez estemos ante un código A1Z26, bueno, si tenemos en cuenta la «ñ», A1Z27. Ya sabes, era detective…

—Sí, podría ser. Un sistema lo suficientemente sencillo para que Amelia recordase la clave y la tuviese siempre a mano. Tampoco necesitaba algo muy complicado, puesto que la caja estaba escondida en el peldaño, un lugar

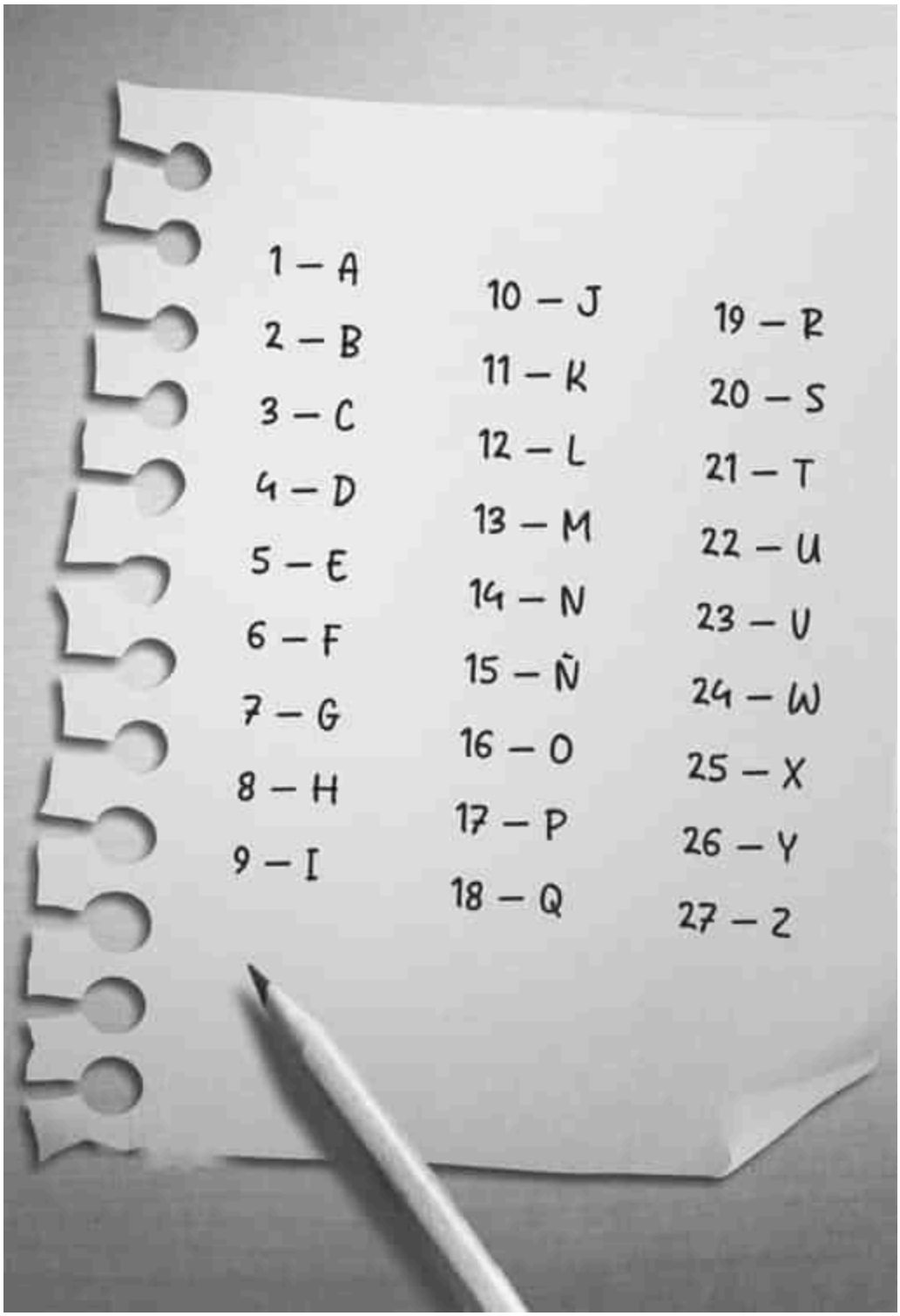
accesible para ella pero lo suficientemente seguro frente a los intrusos.

Nos pusimos a la tarea.

Arranqué una hoja de papel del primer cuaderno que había encontrado y copié el abecedario con el número de posición de cada letra a su lado.

¿Íbamos por buen camino?

Ninguno de los dos estábamos muy convencidos de ello.


1 – A
2 – B
3 – C
4 – D
5 – E
6 – F
7 – G
8 – H
9 – I
10 – J
11 – K
12 – L
13 – M
14 – N
15 – Ñ
16 – O
17 – P
18 – Q
19 – R
20 – S
21 – T
22 – U
23 – V
24 – W
25 – X
26 – Y
27 – Z

Obtuvimos un resultado que nos dejó todavía más confusos:

19–5–23–5–12–1–19–5

—Nos sobran números —dijo Cleo.

—No me digas, capitán Obvio —reí.

—Prueba a introducir los cuatro primeros en el cierre —sugirió.

Lo hice y nada sucedió. A continuación, hice lo mismo con los cuatro últimos.

De nuevo, cero unidades de éxito.

—Vale, mi sentido espectral me dice que algo estamos haciendo mal…

Cleo comenzó a caminar en círculos por mi dormitorio. Se rascaba la cabeza mientras pensaba y, en un momento dado, acabó bocabajo, andando por el techo de la habitación sin darse ni cuenta.

—¡Lo tengo! —exclamó y se detuvo. Descendió flotando hasta el suelo y se acercó a mí—. Claro que lo estábamos haciendo mal… Son cuatro números los que necesitamos y *revelare* tiene cuatro sílabas. ¿Lo pillas?

Lo miré confundida, no entendía muy bien lo que quería decir. Me llevó aún unos instantes darme cuenta.

—¡Claro! Ya sé por dónde vas… Es lo que dijiste, tenemos que dividir la palabra en sílabas. Cada letra vale su lugar en el abecedario…, y después sólo tenemos que sumar sílaba a sílaba las veces que sea necesario hasta obtener un único número por cada una… A ver…

—19+5; 23+5; 12+1 y 19+5… —me interrumpió—. O lo que es lo mismo 24, 28, 13 y 24, con lo que la clave será… ¡6-1-4-6!

—¿Cómo lo has calculado tan rápido? —pregunté sorprendida.

—A ver, llevo un buen rato dándole vueltas a esto… No te habría dicho nada si no hubiese encontrado ya una posible solución —confesó—. Aunque lo mismo me he equivocado.

—Comprobémoslo.

Giré los diales empezando por el de la izquierda. El último se negó a

encajar, como si quisiera insinuar que, tal vez, aquella tampoco era la combinación correcta. Hice fuerza con el pulgar para asentarlo. Entonces, el pestillo se soltó en el cierre y la tapa quedó liberada de su prisión.

La alcé.

El olor me golpeó primero: papel viejo, un toque de polvo y tinta que, pese a los años, seguía teniendo carácter. Dentro había dos cosas. Una, en la parte superior: un rollo de papeles atado con un cordel. La otra, bajo el rollo, un cuaderno pequeño de tapas negras con las esquinas desgastadas y curvadas y el lomo cosido a mano.

De nuevo, apenas habíamos acabado de desvelar un misterio cuando ya nos estábamos sumergiendo en el siguiente.

Saqué el rollo y lo coloqué a un lado. Cogí el cuaderno con cuidado, como si fuera a deshacerse con sólo rozarlo. En la primera página, con letra inclinada y elegante, alguien había escrito su nombre: «Amelia Thorne». Nada más. Pasé la página y me di cuenta de que era su diario.

—Es el diario de la médium —dije en un susurro.

—Ahora eres tú la capitana Obvia. —Cleo soltó una risita.

—Ya, bueno, no sabía si lo habías visto —refunfuñé.

—Estoy a tu lado, Claudia, era difícil no verlo.

—¿Crees que debemos leerlo?

Las dudas me mordían. Hacerlo sería invadir la privacidad de Amelia, desvelar unos pensamientos que no estaban destinados a mí.

—No lo sé, depende. —Se encogió de hombros.

—¿De qué?

—Todavía no sé por qué estabas en la casa de la médium cuando te picaron las abejas. No sé qué estás buscando o qué quieres descubrir con todo esto.

Por lo visto, aquel era el día de las confesiones.

Me pareció justo decirle qué era lo que me había llevado allí, pero, para ello, necesitaba retroceder unos días en el tiempo. Justo antes de las

vacaciones de verano.



CAPÍTULO 10

Una días antes del comienzo de las vacaciones

Apenas una semana antes de que acabara el curso, Glenda, Laura y yo estábamos sentadas en las escaleras del patio del instituto. Nos gustaba ese sitio porque nadie solía molestarnos allí. Estaba demasiado lejos y demasiado a la sombra para que el resto de estudiantes se fijasen siquiera en nuestra presencia. No es que ninguna de las tres fuésemos muy populares. Para ser exactos, no éramos nada populares. Éramos empollonas, nos llamaban «las nerds».

Tal vez eso fue lo que hizo que, tres meses antes, me invitasen a unirme a ellas durante la hora del almuerzo. Era la nueva y llevaba unos días comiendo sola sentada en una esquina, intentando hacerme pequeña para no llamar la atención de nadie. Glenda —alta, rubia, con el pelo rizado y grande para su edad— se me acercó y me preguntó muy decidida si me apetecía sentarme con ellas. Alcé la vista y seguí la dirección hacia la que señalaba. Mis ojos chocaron con los de Laura, que se sonrojó. Laura era todo lo contrario que Glenda, bajita para sus trece años, con el cabello largo, oscuro y brillante y delgada como un alfiler. Eran dos y llevaban siendo amigas desde que tenían seis años.

Desde aquel día fuimos tres.

Glenda bajó la voz, y cuando Glenda bajaba la voz, era porque tenía algo jugoso en el arsenal.

—¿Sabéis qué encontré el otro día en el despacho de mi padre? —Su padre es el jefe de policía de Santa Muerta. Laura y yo negamos con la cabeza; sabíamos que cuando Glenda empezaba a contar algo, era mejor no interrumpirla o su cabeza se iba a otra cosa totalmente distinta—. ¿No lo sabéis? ¡Una carpeta sobre un antiguo caso! Estaba sobre la mesa, abierta… Papá había salido, pero yo no lo sabía. Fui a preguntarle una cosa porque mamá me había dicho que…

Ahí estaba, ya había cambiado de tema y no había hecho falta interrumpirla ni nada.

—Glenda… —dijo Laura—, ¿qué encontraste?

—Ah, sí, claro, perdón. Una carpeta sobre un antiguo caso…

—Sí, eso ya lo has dicho —intervine—. Pero ¿por qué es importante?

—¡Era el archivo del caso de Amelia Thorne!

El nombre me sonaba, pero no sabía de qué. Laura asintió rápido, como si llevara toda la vida esperando ese momento.

—La médium —susurró con aquella voz dulce y fina que la caracterizaba—. La mujer que desapareció sin dejar rastro. Nunca se supo nada más de ella.

—Exacto. —Glenda parecía satisfecha de tener toda nuestra atención —. Mi padre aún lo tiene atravesado. Hace años escuché una conversación entre él y mamá en la que le decía que nunca consiguieron averiguar qué pasó con ella y que en su casa pasaban… cosas raras. Así lo dijo. Cosas raras.

—Y parece que sigue revisando los archivos de vez en cuando, ¿no? —añadí—. Tal vez espera descubrir algo que se le pasó en su momento.

—¿Por qué dices eso? —preguntó ella extrañada.

—Glenda, que lo tenía abierto sobre la mesa. Eso quiere decir que lo estaba leyendo… —Mi amiga asintió y se rio de ella misma—. Y ¿qué

significa «cosas raras»? ¿Raras cómo? ¿Mal o interesantes?

Yo ya había escuchado alguna vez los rumores que corrían en la isla sobre la médium, pero nunca les había prestado mucha atención. Al fin y al cabo, todo en Santa Muerta era misterioso o estaba encantado.

—No lo sé, raras… raras. Dice que es el único caso de su carrera que nunca cerró —continuó Glenda, y arrancó un hilo del bajo de sus vaqueros —, que aún se despierta a veces pensando qué le pudo suceder a la médium.

—En el pueblo se dice que la policía entró en la casa y que buscaron en todas y cada una de las habitaciones —añadió Laura—. Y nada. Como si se la hubiese tragado la tierra.

—Eso es verdad —afirmó Glenda—. En la carpeta estaba el archivo del registro junto con otros papeles. Los leí todos. Nunca encontraron nada. Es como si se hubiese desvanecido en el aire.

Cerré los ojos un segundo y me imaginé la escena: linternas recorriendo las paredes, pasos resonando en la madera, agentes moviendo cortinas y sábanas. Y todo terminando en un «nada».

—¿Nada de nada? —pregunté incrédula.

—Bueno, algo sí… —intervino Glenda, e hizo una pausa teatral—. La mesa estaba puesta. Como si Amelia se hubiese levantado en mitad de la cena y no hubiera regresado jamás. Había platos, cubiertos y una copa a medio llenar. Creo que había hasta un candelabro encendido.

Laura puso los ojos en blanco.

—Estoy segura de que eso se lo inventaron después —dijo—. Ya sabéis, para darle dramatismo. Mi madre siempre dice que en este pueblo se inventan media historia en cuanto no entienden la otra mitad.

—No, no, lo ponía en el informe. Eso pasó. Mi padre lo vio… Y yo también… ¡Había fotografías en la carpeta!

—Oh, vaya… —musitó Laura con los ojos redondos de asombro.

Nos quedamos las tres calladas durante unos instantes, pero aquella imagen se me quedó grabada. Una mesa servida esperando a alguien que no

iba a volver nunca.

—¿Y el diario? —preguntó Laura de pronto.

Glenda negó con la cabeza.

—Nunca apareció. Pero, por lo que sé, en comisaría hablaban mucho de eso. Todo el mundo conocía su existencia. Decían que Amelia apuntaba todo en él: las sesiones con las fechas, visiones… Todo. En otro informe, mi padre escribió que creía que en el diario podría estar la clave de todo, pero como nunca lo encontraron… —Bajó la voz aún más—. Se dice que la casa de la médium estaba llena de habitaciones secretas y escondrijos.

Un cosquilleo me recorrió los dedos.

Escondites ocultos, diario perdido, mesa servida, mujer evaporada. Me estaban regalando un rompecabezas a medida.

—Y la colección —añadió Laura. Aquello se ponía cada vez más interesante—. ¿No lo sabéis? A mí me lo contó mi abuela. Amelia tenía una colección inmensa de objetos raros: amuletos, cajas, espejos, piedras, reliquias… Cosas que los ricos compran aunque no sepan para qué sirven. Nunca apareció nada.

Glenda se inclinó hacia nosotras con ojos brillantes.

—Quizá alguien se llevó todo… y mató a la mujer.

—O tal vez todo siga allí, en una de las habitaciones secretas —añadió Laura.

—O quizá nunca existió la colección. —Resoplé, aunque la idea de que una sala entera llena de objetos mágicos hubiera desaparecido sin dejar rastro me retorció la curiosidad como un sacacorchos—. ¿Y cuándo dices que sucedió todo eso? —quise saber.

—No sé, el siglo pasado, hace un montón de años. Creo que fue antes del año 2000. Papá todavía no era jefe de policía, entró en el cuerpo en 1995, no se cansa de repetirlo… Y eso pasó un par de años después más o menos. Creo…

—¿No lo ponía en la carpeta? —pregunté.

—No me fijé —confesó avergonzada.

Bueno, tendría que conformarme con empezar a buscar desde 1995.

Aquella tarde, según salí del instituto, me fui de cabeza a la biblioteca. El archivo y la biblioteca compartían edificio y yo necesitaba encontrar información sobre el caso.

Adoro el olor de las bibliotecas a papel, madera encerada y desinfectante, es una mezcla que me hace sentir como si viajara en el tiempo.

Había buscado en el móvil la web del periódico de la isla, *Crónica de Santa Muerta*, y enseguida me había dado cuenta de que por ahí no iba a sacar nada en claro. La web del periódico no tenía una sección de hemeroteca.

En el archivo, pedí a la bibliotecaria que me proporcionase los microfilms de la *Crónica* desde el año 1995 al 2000. Tuvo que hacerme la ficha y el carnet de usuaria, ya que anotaban los datos de todo aquel que consultase el archivo —y mal no me vendría, así podría sacar libros prestados—. Una vez hechos los trámites, me acompañó al sótano, hasta uno de los cubículos en los que había un lector de microfilms, y me pidió que esperase allí. El aparato era una caja gris con una pantalla inclinada y gruesa y dos carretes enormes a los lados, uno vacío, esperando su turno, y otro en el que se pondría la película en la que se conservaban los periódicos. Poco después, la mujer regresó con un carro en el que había varias cajas con bastante polvo en la superficie.

Colocó la primera bobina con movimientos precisos, como si lo hubiese hecho ya mil veces, la enhebró entre rodillos y espejitos y me señaló la rueda lateral.

—Avanza despacio, si no se desenfoca.

Asentí con cara de entendida, aunque por dentro estaba temblando de miedo ante la idea de cargarme aquel cacharro pleistocénico.

Me dejó sola. Giré la rueda y el rollo de película cobró vida con un

zumbido. Las páginas de periódico pasaban a toda velocidad por la pantalla, desenfocadas y amarillentas. Fui ajustando la lente hasta que, al fin, una noticia quedó clara: letras negras proyectadas en la pantalla verdosa, como si vinieran de otra época. Bueno, en realidad, venían de otra época, concretamente de una en la que yo todavía no había nacido.

El sonido me hipnotizaba: clic, zumbido, clic. Cada parada era un salto en el tiempo. 1997. Junio. Julio. Agosto. Me mordí el labio para contener la impaciencia. Era como buscar una aguja en un pajar, sólo que el pajar eran kilómetros de carrete enrollado.

Giré otra vez la rueda. Clic, zumbido, letras borrosas. Más anuncios de rebajas, un concurso de pesca, algún incendio sin importancia.

Pasé varias páginas de golpe y el rollo chirrió, como si protestase.

Respiré hondo. Vale, calma. No iba a encontrar nada si me lanzaba como una loca.

Volví a girar despacio. Una noticia de deportes. Un obituario. Una boda. Los meses pasaban ante mis ojos a toda velocidad; los paraba el tiempo justo para que me diese tiempo a leer el titular para poder descartarlo.

Y, de repente, ahí estaba. El apellido me saltó a la cara en letras mayúsculas: THORNE.

El corazón se me puso a mil por hora. Sentía el latido en las sienes. Acerqué la cara a la pantalla, aunque no hacía falta.

«MISTERIOSA DESAPARICIÓN DE LA MÉDIUM LOCAL AMELIA THORNE».

El titular era enorme, casi sensacionalista, acompañado de una foto en blanco y negro. No se veía muy bien, pero distinguí a una mujer de gesto serio y ojos claros e inteligentes que parecían brillar a pesar de la mala calidad de la imagen.

Leí la noticia en profundidad varias veces. «Vecinos de Santa Muerta y clientes aseguran que la mujer llevaba semanas temiendo por su seguridad…», «… su vivienda fue registrada sin éxito por la policía…», «…

sin ninguna pista sobre su paradero…».


CRÓNICA DE SANTA MUERTE
MISTERIOSA DESAPARICIÓN DE

Noté un cosquilleo en los dedos. Si hubiese sido un pirata, aquel misterio habría sido mi tesoro enterrado en la arena. Me aparté un poco de la pantalla y sonreí.

No había duda: Glenda no exageraba cuando nos contó toda aquella historia.

Seguí avanzando el carrete. Encontré más menciones a la médium, pero en todas se repetía la misma canción: «No hay novedades», «ninguna pista que seguir»… Y unos meses más adelante: «La policía no tiene esperanzas de encontrarla con vida». Cambié de película, pasé de mes, de año, hasta que di con otra noticia:

«RUMORES Y LEYENDAS RODEAN LA CASA THORNE».

El artículo hablaba de luces en las ventanas, de voces, de objetos que cambiaban de lugar. Incluía entrevistas a un par de médiums locales cuyas teorías eran de todo menos científicas. Una hablaba de una posible puerta a otra dimensión en casa de la señora Thorne y el otro afirmaba que contaba con pruebas que demostraban que un demonio se la había llevado al inframundo.

Tonterías y supersticiones. Aunque una parte de mí no pudo evitar sentir un escalofrío. Recorrí la oscuridad del sótano con ojos nerviosos, como si de verdad esperara que algo se moviese allí abajo. Tal vez uno de los fantasmas de la mansión, uno de esos en los que yo decía no creer…

Después, nada más. El tiempo fue pasando y la gente olvidó a la médium. Los detectives responsables de la investigación, sin más pistas, dejaron el caso para atender otros más urgentes. Y así, la desaparición de la mujer pasó a ser, como dice la policía, un «caso frío» o, lo que es lo mismo, sin resolver.

Apoyé la barbilla en la mano y miré la pantalla sin verla. Mi cabeza estaba en otro sitio, en concreto, en Amelia Thorne y en las circunstancias de su desaparición. Aquella mujer se había esfumado como si la isla misma se la

hubiera tragado. Allí había algo.

Entonces tuve una idea.

Me levanté de golpe. La silla chirrió en protesta ante la brusquedad del movimiento, pero no le hice ni caso. Avancé por el sótano oscuro hasta las escaleras. Cada paso levantaba un sonido sordo y hueco en el suelo de madera antigua y, aunque sabía que estaba sola, tenía esa sensación absurda e incómoda de que alguien me observaba desde los pasillos de las estanterías. El aire olía a cerrado y las sombras caminaban a mi lado como si fuesen parte de mí.

Tragué saliva y subí los peldaños de dos en dos hasta asomar al vestíbulo iluminado. Me sentí un poco ridícula por acelerar el paso, pero ¿quién no lo haría?

Me acerqué al mostrador de la bibliotecaria.

—Disculpe…, ¿por casualidad tienen planos de edificios antiguos de la isla? —pregunté intentando que no sonase sospechoso.

La mujer levantó la vista de su ordenador, se recolocó las gafas en la punta de la nariz y me observó con la paciencia de quien ha escuchado ya cien peticiones raras esa semana.

—Depende de la casa. Si es lo bastante antigua, sí. En el archivo histórico de la ciudad guardamos numerosos documentos, entre ellos, muchos planos.

Sentí que el corazón se me aceleraba.

—Entonces… ¿podría mirar si tienen los de la casa abandonada del bosque? —dije bajando un poco la voz, como si sólo pronunciar esas palabras fuera a despertar a algo dormido—. Ya sabe, la de la médium desaparecida.

Por supuesto que los tenían.

La mujer me hizo una copia y me dijo que los herederos nunca quisieron venderla. No hasta que no supieran qué le había sucedido a Amelia. Una pena, comentó. Año tras año pagaban los impuestos, pero

nunca habían ido a la casa.

—Si me preguntan a mí, esa médium está muerta y enterrada y nunca la van a encontrar.

Nadie le había preguntado a ella.

Ni a mí, ya que nos poníamos, pero yo prefería averiguar la verdad en lugar de alimentar los cotilleos.

Ya tenía todo lo que necesitaba.

Cuando salí del edificio, estaba decidida: ese caso era mío. No porque creyera en fantasmas ni en visiones, sino porque todo misterio tiene un truco escondido y alguien tenía que desvelarlo.



CAPÍTULO 11

Presente

—Vaya… —Cleo se rascó la cabeza como siempre que necesitaba pensar.

—Ahora ya sabes qué hacía en aquella casa. Quiero averiguar qué pasó con Amelia Thorne. Nadie desaparece así como así. Y no es que tuviese mucho más que hacer… Mis amigas están de vacaciones.

—Vale, entonces sí, veamos qué encontramos en ese diario.

Pasé a las primeras entradas: recetas de infusiones, citas con clientes y algunas notas sobre señales del más allá y rituales. El tono era casi práctico, una especie de contabilidad de la superstición.

Leí en voz baja saltando fragmentos, buscando algo que me diese alguna pista.

«10 de marzo. Hace frío en la casa, el viento del norte se cuela por todas partes. El gato negro de la señora Taylor se sentó en mi escalón un buen rato. Cada vez que lo hace, me siento protegida, como si velase por mí».

Empezábamos bien, un gato guardián… ¿Qué sería lo siguiente? ¿Un pato astrofísico?

«22 de abril. Una clienta se puso a llorar durante la sesión. Decía escuchar voces en la pared de su dormitorio. Supongo que se trata de un

problema con las cañerías o el viento. Aun así, mañana le haré una visita para comprobar que no haya ningún ente maligno».

«3 de mayo. Un vecino me pidió que pasara por su casa. No conseguía dormir bien desde que se mudó a ella. Fui y realicé un ritual de limpieza en todas las habitaciones a pesar de que no noté nada extraño. Después charlamos un rato en la cocina y él se quedó más tranquilo. A veces, conversar hace más que cualquier ritual».

Me salté páginas. Cuanto más avanzaba, más estrecha se hacía la letra, como si las palabras intentaran no derramarse por los bordes de la página.

«18 de junio. Otra desaparición en el pueblo; después de la de los dos muchachos, ahora ha sido una mujer. Una profesora del colegio. En la panadería todos bajaban la voz, como si sólo con mencionarlo fueran a invocar la desgracia. Empieza a resultarme sospechoso».

Anoté mentalmente aquella entrada del diario para investigarla. Por lo visto, en aquella época hubo más desapariciones, además de la de Amelia Thorne. Tal vez si daba con el culpable de una, diese con el de todas. Según aquel apunte, con la médium, eran cuatro las personas que se habían evaporado de la faz de la tierra.

«22 de junio. Severin Loïs ha vuelto a visitarme. Quiere que le venda mi colección de objetos esotéricos y mi biblioteca. Está muy interesado en el volumen que perteneció a Sarah Osborne, una de las mujeres acusadas de brujería en Salem. Asegura que su estantería está incompleta sin él. No pienso venderle nada. Por suerte, siempre he mantenido mi colección fuera del alcance de manos como las suyas».

Vaya, ahora entendía todas aquellas claves y secretos. Amelia era un poquito paranoica en lo que concernía a su colección, pero también parecía tener motivos para serlo.

«30 de junio. En la tienda me advirtieron que Severin ha pedido a otras personas que intenten comprar diferentes piezas de mi colección. Sigue interesado en el libro de Sarah. No entiende que no son baratijas con las que

comerciar y enriquecerse, que algunos de los artefactos son muy peligrosos. Cada vez es más insistente y amenazador. Empiezo a estar asustada. Creo que es capaz de cualquier cosa».

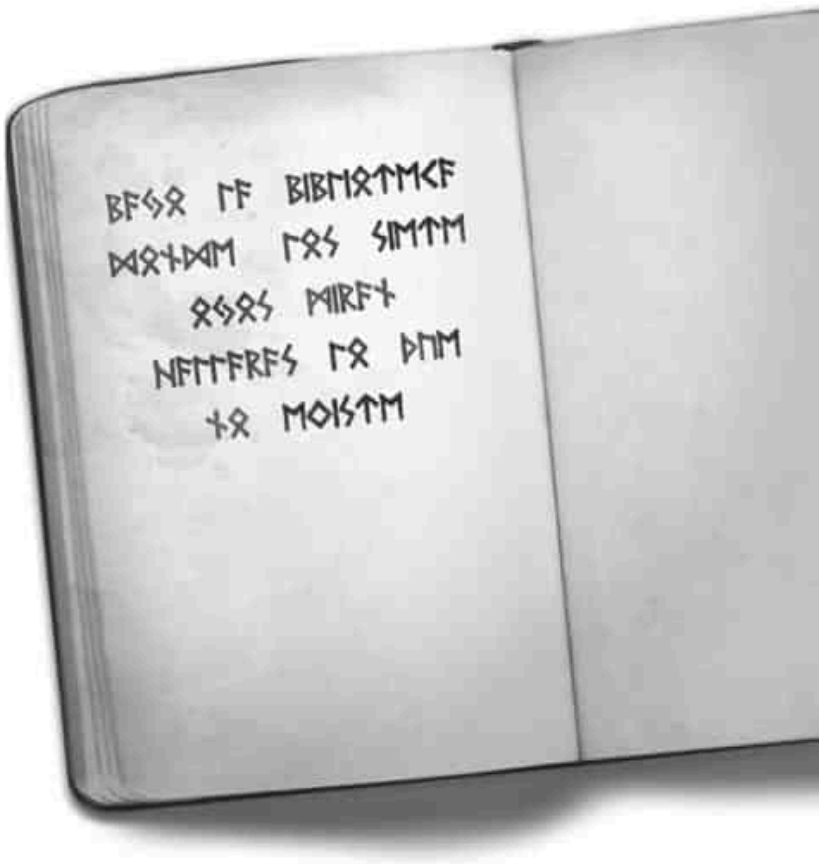
Severin Loïs.

Por fin un nombre.

Un posible sospechoso.

No tenía ni idea de quién era, pero creía saber quién podría ayudarme a averiguarlo: Emilio Blackwood, el propietario, camarero y pastelero del café Tazas y Misterios.

Pasé algunas páginas más, pero no se volvía a mencionar el nombre de Severin; de hecho, el diario terminaba un poco más adelante. La última anotación era un puñado de símbolos sin ningún significado para mí:



Tragué. Cerré el cuaderno un momento, resoplé y volví a abrirlo.

Sabía que eran runas, las había visto en una película de vikingos. Las copié en un cuaderno, arranqué la hoja de un tirón y fui a guardarla en el pantalón. Entonces noté algo en el bolsillo.

Lo saqué.

¡La carta que me había llegado! La que cogí del recibidor. Se me había olvidado por completo.

—¿Qué es eso? —preguntó Cleo.

—Ni idea, me ha dicho mi padre que me ha llegado esta mañana.

Observé el sobre. Era pequeño y habían impreso la dirección con un ordenador, por lo que la letra no me dijo nada.

La abrí.

La leí.

Se la enseñé a Cleo.

«Déjalo estar o te arrepentirás».

No había firma ni nada.

—¿Que dejes estar qué? —quiso saber Cleo.

Me encogí de hombros.

—Supongo que todo esto de la médium. Por lo que parece, alguien no quiere que siga investigando.

—Tal vez deberías hacer caso…

—No. Sigamos —le interrumpí.

Cogí la nota y la metí en uno de los bolsillos de la bandolera.

—¿En serio no vas a hacer nada?

—¿Y qué quieres que haga? No sé quién la ha enviado y, desde luego, una simple nota no me va a detener. Venga, tenemos que descifrar ese mensaje.

—Claudia… —Su voz rezumaba preocupación.

—Cleo… —La mía, sarcasmo—. Mira, alguien teme que nos estemos acercando demasiado y quiere protegerse. Esto lo único que nos confirma es

que no hay nada sobrenatural detrás de este misterio. Ahora, ¿podemos, por favor, intentar dar con la clave?

Suspiró, pero no insistió más.

Volví a mirar el mensaje escrito con runas.

Podría preguntarle a papá; al fin y al cabo, había sido catedrático de literatura, seguro que él sabría decirme algo.

—¿Puedes leerlo? —Cleo estaba casi pegado a mí.

—No —dije—. Pero creo que podremos. Son runas.

De momento, no iba a sacar más información de aquel diario, así que lo dejé sobre la cama y cogí el rollo, desaté el cordón y desenrollé los papeles que escondía. Las hojas crujieron al abrirse, rígidas por los años. Sólo al desplegarlas me di cuenta de qué era lo que tenía delante.

Eran planos.

—Julius, no.

Mi hurón, por supuesto, intentó mordisquearlos y, al no gustarle el sabor, decidió tumbarse sobre ellos. Lo cogí y lo acomodé en mi regazo.

Eran pliegos no muy grandes de un color azul intenso algo desvaído por el paso de los años y los bordes gastados. Líneas blancas se cruzaban formando habitaciones y corredores, y las medidas estaban indicadas en centímetros con decimales; incluso vimos algunas anotaciones en los márgenes, todas hechas con la misma letra inclinada. En la esquina inferior derecha, había una estampación a tinta: el triángulo con el ojo tachado. Un escalofrío me bajó por la espalda. Clavé la vista en aquel sello un segundo de más, como si eso pudiera responder a todas mis preguntas.

—Es la casa —dijo Cleo poniéndole voz a mis pensamientos.

Era el plano de la planta baja de la vivienda vista desde arriba. Reconocí la entrada, el pasillo y la cocina. Pasé a la siguiente lámina. En ella se reproducía el trazado del sótano. En la escalera, justo en el peldaño donde habíamos encontrado el diario, había una pequeña marca.

—Este plano… —comencé.

—… tiene marcado el escondite del escalón —continuó Cleo.

—Y si tiene marcado eso, ¡tendrá marcados todos los secretos de la casa! —exclamé con una sonrisa.

Tal vez gracias a aquellas láminas diésemos con la colección de objetos de la médium. No era mi objetivo principal, pero podría ayudarme a desvelar el misterio de su desaparición.

Miré los otros dos dibujos, pero me di cuenta de que, sin saber la distribución de las plantas superiores, no iba a sacar nada en claro. Tendría que regresar a la casa del bosque, pero antes necesitaba hablar con el señor Blackwood.

—Tendríamos que hacer copias —dijo Cleo—. Si perdemos estos planos, perderemos todo.

El rostro se me iluminó. Acababa de recordar algo.

—No será necesario —sonreí. Me puse en pie, fui hasta el tablón y señalé los planos que había conseguido en la biblioteca—. Ya tenemos una copia. Aun así…, déjame un momento…

Cogí mi cámara y fotografié el juego de planos que había en el suelo. A continuación, con mucho cuidado, volví a enrollarlos, los metí de nuevo en la caja junto con el diario y la cerré. Doblé el paño rojo y escondí todo bajo una tabla suelta que había cerca de mi cama.

—Vale, ¿y ahora? —preguntó Cleo.

—Ahora voy a preguntarle a mi padre.

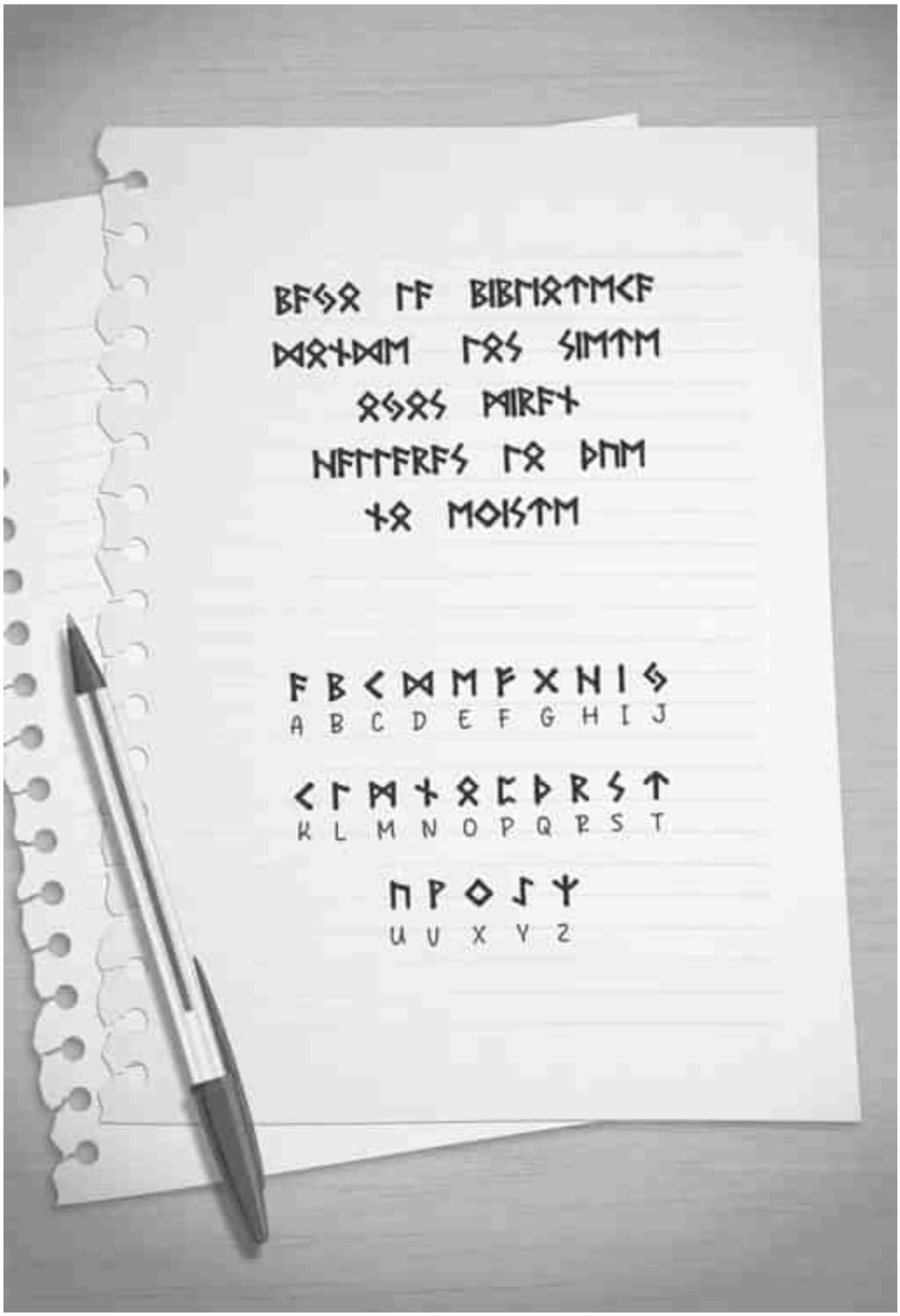
Cogí el móvil, hice una foto al texto en runas y se la envié.

Papá, ¿sabes qué tipo de runas son estas? Estoy haciendo un juego y tengo que traducirlas.

Poco después me llegó su respuesta.

Parece el alfabeto rúnico futhark. Ve a mi despacho y mira los libros de historia nórdica, seguro que lo encuentras en uno de ellos.

Le di las gracias y bajé a la carrera hasta el despacho. En su biblioteca los libros estaban organizados por temas. Me acerqué a la sección que me había dicho y saqué unos cuantos tomos. Comencé a ojearlos a toda prisa. En el cuarto libro que cogí, encontré lo que buscaba: el alfabeto futhark. Lo copié en el mismo papel en el que había apuntado la entrada del diario de la médium y regresé a mi dormitorio.



—¡Ya está! —exclamé agitando el papel en el aire—. Ya podemos traducirlo.

No nos llevó mucho.

La anotación del diario decía:

«Bajo la biblioteca, donde los siete ojos miran, hallarás lo que no existe».

—Tenemos que ir a la casa —dijo Cleo.

—No, tengo que ir antes a otro sitio.

Cogí la bandolera y le hice una seña a Cleo para que me siguiese. Julius —al que iba a tener que cambiar el nombre por el de «pequeño traidor»—, al ver que nos poníamos en marcha, trepó por los pantalones de Cleo y se acomodó en su hombro.

No pude evitar un resoplido de fastidio. Agarré al hurón con pocos miramientos y lo metí en la bandolera. En el lugar al que nos dirigíamos iba a resultar algo raro ver a un animal levitando en el aire.

Bajé las escaleras con Cleo flotando medio peldaño por detrás; seguía a la perfección el ritmo de mis pasos.

—No sé dónde vamos, pero creo que deberíamos ir antes a la casa… —repitió—. Por fin tenemos una pista…

—No. No tenemos, tengo —le interrumpí—. Recuerda que yo ya estaba trabajando en este caso antes de que aparecieses. Nadie te invitó. Prefiero tirar del hilo de ese tal Severin.

—Aun así…

—Me da igual. He dicho que tengo que hablar con alguien —casi ladré —. Soy yo la que decide. Este es mi caso.

—Pero…

No continué escuchándole. Salí por la puerta y caminé con pasos rápidos hasta la valla de madera que daba a la carretera.

Y si a Cleo no le parecía bien, por mí, podía irse por donde había

venido.



CAPÍTULO 12

Empujé la puerta del café y la campanita que anunciaba a los clientes tintineó. Era un sonido suave que invitaba a entrar en aquella penumbra fresca y agradable que agradecí después del calor del exterior. Dentro olía a una mezcla rara pero acogedora: libros viejos, café recién molido y un fondo dulce a tarta de manzana y azúcar que me hizo salivar. Al fondo estaba la barra de madera oscura, con frascos de cristal llenos de galletas alineados y una pizarra donde Emilio apuntaba los batidos, cafés y tés del día con tiza blanca. Las paredes estaban cubiertas de estanterías repletas de libros de todos los tamaños: lomos gastados, tapas brillantes, ensayos junto a novelas policíacas de bolsillo o encuadernadas en cuero…; daba igual siempre que fueran misterios. El local estaba especializado en ese tipo de literatura.

Por supuesto, dado mi amor por las novelas de detectives, nada más poner un pie en Santa Muerta me sentí atraída hacia el Tazas y Misterios como un cachorro por una galleta.

En la parte central del local había mesas bajas rodeadas de butacones mullidos —y desparejados, no había dos iguales en todo el café—, de esos que te abrazan y no te dejan salir. Allí la gente solía merendar sin prisas, con platos de tarta y tazones humeantes, aunque aquella tarde se encontraba

vacío. En plena temporada de verano, y a esas horas, la mayoría prefería la playa.

El local no era muy grande, pero, para mí, era perfecto.

Conocía cada esquina de aquel lugar. Era casi mi segunda casa. A veces me sentaba sola, alargando un libro y un batido de vainilla hasta que sólo quedaba la espuma en el fondo. Otras veces iba con Laura y Glenda después de las clases y acabábamos en guerra de pajitas o riéndonos hasta que Emilio nos lanzaba la mirada de «Ya basta».

Aquel era mi refugio en Santa Muerta.

—Bueno, bueno, bueno, mira a quién tenemos aquí, la mejor detective de la isla —saludó Emilio desde la barra—. ¿Ya estás recuperada?

Levantó la mano con un gesto breve. Llevaba el delantal manchado de harina y mermelada y sus muletas descansaban contra la cafetera como dos centinelas cansados. Me regaló su sonrisa ladeada, mezcla de ironía y confianza.

—¡Hola, Emilio! —saludé también con una sonrisa a la vez que me encaramaba a uno de los taburetes de piel oscura—. Sí, fue sólo un susto. No volverá a pasar.

Él asintió con una mueca que se situaba en una línea entre el alivio y el reproche.

Dejé salir a Julius y lo coloqué en mi hombro. Intentó saltar al de Cleo y lo atrapé al vuelo.

—¿Tomarás lo de siempre?

—Lo de siempre —asentí.

—¿Qué es lo de siempre? —preguntó Cleo a mi lado.

—Un batido de vainilla —susurré aprovechando que Emilio se había dado la vuelta.

—¿Qué? —dijo sin girarse.

—Nada, nada…, que me apetece mucho el batido de vainilla.

Él asintió y siguió preparándolo.

—¿Vainilla? —preguntó Cleo con gesto de asombro—. Sabes que la vainilla es el beis de los sabores, ¿no? Hay todo un mundo delicioso a su alrededor. Ya sabes, salir de tu zona de confort y todo eso… —Leyó la pizarra de la pared—. Mira, hay plátano, pistacho, ¡galleta con caramelo! ¡Hasta batido de tarta de queso con arándanos! Tienes todo un universo de sabores y eliges la nada más absoluta.

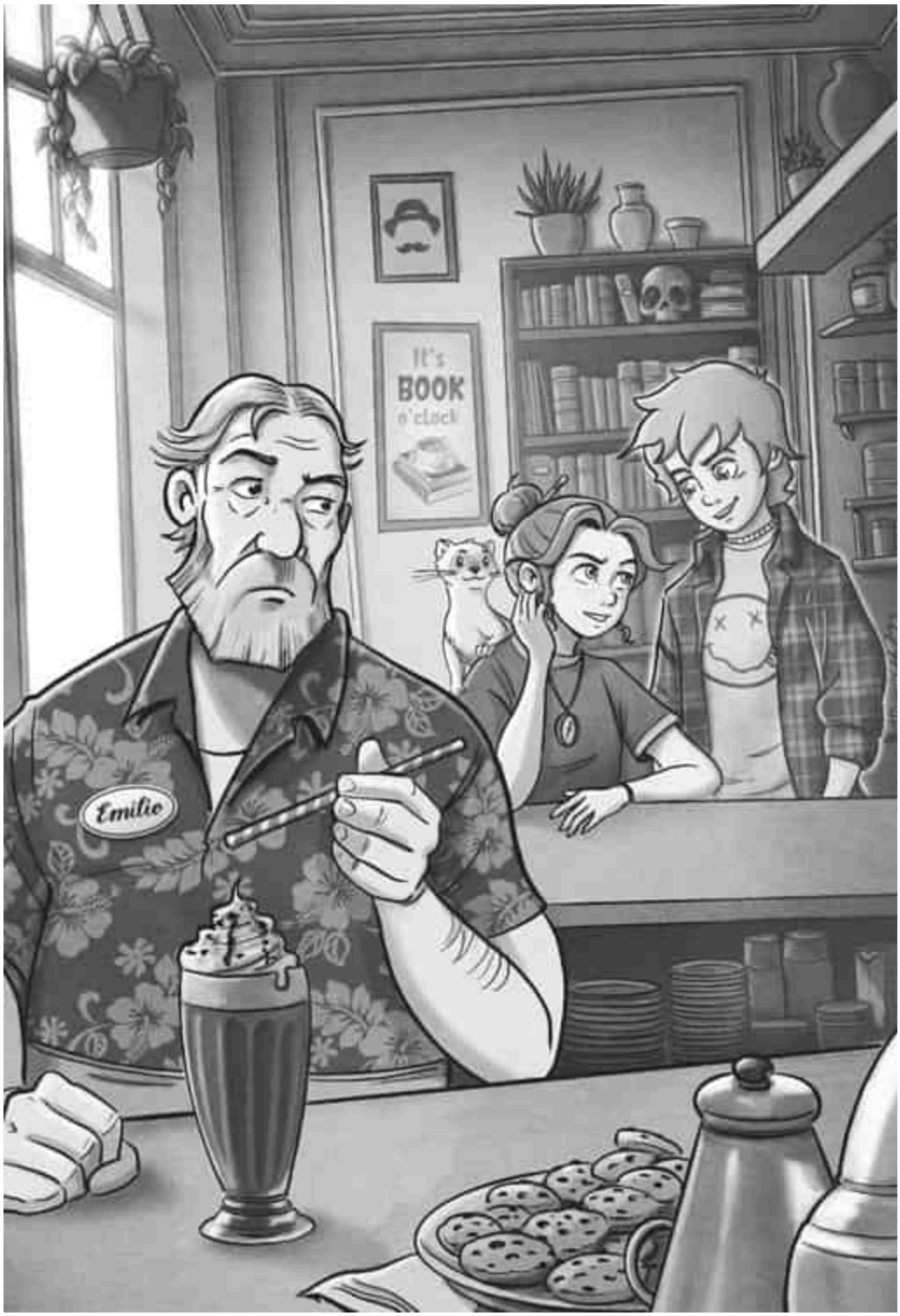
—Me gusta la vainilla —repliqué en un susurro afilado.

—Ya, claro. Si yo pudiera saborear un batido, créeme que no sería de vainilla.

—Sí, pero no puedes —dije con una mueca de burla, atenta a que Emilio no me viese—. Por aquello de estar muerto… Además, la vainilla es un clásico.

—Si te refieres a clásico como sinónimo de aburrido, tienes razón.

—Ya vale —siseé enfadada.


It's
BOOK
o'clock
Emilio

—No, en serio. Mira, si pides uno de kiwi, serás valiente. Si pides de calabaza, serás visionaria. Si pides de menta, serás refrescante. Pero ¿vainilla? Todavía si le añadieses chocolate… ¡O café! Pero, no, tú eliges la mayor de las tristezas: vainilla con vainilla.

Me tapé la cara con las manos para que no me viera sonreír.

Emilio se dio media vuelta ya con mi bebida en la mano, pero antes de dármela me lanzó una mirada suspicaz que decidí ignorar. Frunció el ceño, lo que le dio un aspecto severo y casi preocupado. Se había dado cuenta de que estaba manteniendo una conversación. Y lo peor era que creía que había sido conmigo misma. Tendría que tener cuidado.

—¿Estás bien, Claudia? —quiso saber.

—Sí, sí —respondí moviendo la mano como si espantara una mosca.

Tras unos segundos, sacudió la cabeza y dejó frente a mí un vaso alto coronado con una montaña de nata montada.

Cuando conocí al señor Blackwood, me pareció que había algo más detrás de aquel hombre de aspecto duro, pero tranquilo e inteligente, al que le encantaban la repostería y leer libros de misterio, y por eso decidí investigarle. Sólo necesité una búsqueda en Google para averiguar que había sido uno de los detectives más famosos del país; por lo menos, hasta el accidente. No sé qué sucedió exactamente, pero pasó dos meses en un hospital al borde de la muerte. Cuando salió, lo hizo en silla de ruedas. Poco a poco fue recuperando la movilidad de las piernas, pero le quedó una cojera que le ha acompañado hasta hoy. Abandonó la profesión de detective y se retiró a su lugar de origen: la isla de Santa Muerta, donde abrió Tazas y Misterios. Por supuesto, Emilio no sabía que yo conocía su historia y prefería que continuase siendo así. También prefería que no pensase que yo no estaba del todo bien de la azotea y que hablaba sola o veía cosas que se suponía que no estaban ahí.

Di un sorbo a la bebida y se me olvidó el mundo. Aquel batido tenía ese efecto en mí. Lo adoraba, estaba delicioso.

Emilio me hizo un gesto para que le siguiese a la cocina.

—Ven, pasa, estoy trabajando en una nueva cobertura para el pastel de zanahoria, una de nuez y caramelo, y necesito un conejillo de Indias que la pruebe… Total, no parece que vaya a venir nadie. Las tardes de verano son así, solitarias. —Me puse en pie y le seguí—. Será mejor que guardes a Julius en la bolsa —añadió—. Como me estropee la cobertura, me haré unos guantes con él.

Le obedecí. Conocía a mi hurón y sabía que lo primero que haría sería meter el hocico en cualquier cosa que estuviese cocinando Emilio.

—Es el mejor batido de todo el universo —dije siguiéndole hasta la pequeña estancia donde el repostero hacía su magia.

—Injusticia absoluta. —Cleo acercó la cara al vaso mientras caminábamos, como si pudiera aspirar el sabor—. Aunque he de reconocer que huele muy bien y tiene una pinta increíble —suspiró—. Echo de menos estas cosas. Comer es lo que más echo de menos… Y dormir. Dormir también.

—Cállate —avisé enfadada.

Apreté los labios y me dejé caer en una banqueta.

—¿Te encuentras bien, Claudia? —volvió a preguntar Emilio a la vez que ponía un cazo en el fuego.

—Sí, sí… Es sólo que estoy…, ya sabes…, con un caso —expliqué—. La verdad es que he venido porque quería preguntarte algo.

—¿Un caso…? Espera un segundo. Esto es lo más difícil, casi nunca me sale bien. No puedo permitir que se me queme otra vez el caramelo… Después añadiré mantequilla y, por fin, las nueces. Es un proceso delicado… Está bien, ¿qué decías?

—¿Vas a contarle todo lo que sabemos? —preguntó Cleo a mi lado. Había una nota acusadora en su voz.

Le lancé una mirada rápida, pero, de nuevo, no le dije nada. Si lo hacía, Emilio creería que estaba loca. Incluso podría decidir hablar con mi padre, y

eso sí que no.

—Estoy investigando la desaparición de la médium aquella. Fue hace muchos años. Se llamaba Amelia Thorne.

—Sí, lo recuerdo… En aquella época, sólo venía por aquí de vez en cuando, pero fue muy sonado. ¿Qué es lo que quieres saber? —preguntó sin dejar de vigilar la mezcla en el fogón.

Daba vueltas al contenido con una cuchara de madera, parecía concentrado en la tarea, pero a mí no me engañaba: sabía que estaba pendiente de todas y cada una de mis palabras.

—Durante mi investigación, he encontrado un nombre que se repite en varias ocasiones y no sé quién es. He pensado que, a lo mejor, tú sabrías… Al fin y al cabo, llevas aquí mucho tiempo.

—¿Qué nombre?

En esa ocasión, pude sentir la cautela en cada sílaba. Por lo que veía, no le gustaba nada el cariz que estaba tomando la conversación, aunque intentaba disimularlo.

—Severin Loïs —confesé.

La preocupación asomó a su rostro, como si alguien hubiera apretado un interruptor.

—¿Dónde has oído ese nombre? —preguntó en voz baja.

—Bueno, no lo he oído exactamente, lo he leído en unos papeles —respondí.

Ahora sí, me miró, aunque eso no impidió que continuase removiendo con la cuchara.

—Claudia, ese hombre es peligroso. No creo que debas seguir con este caso. Si has llegado hasta Loïs, esto ya no es un juego de niños. Es algo serio. Deberías ir a la policía y contarles lo que has descubierto.

—No creo que ahora pueda dejarlo. Puedes ayudarme diciéndome lo que sabes o puedo pedir información en otro lugar —afirmé con cierta dosis de obstinación.

Emilio soltó un resoplido de fastidio y pareció meditar durante unos segundos.

—De acuerdo —se rindió—, pero tienes que prometerme que hablarás con la policía y les dirás lo que sea que hayas descubierto… Y les entregarás cualquier prueba que tengas —añadió.

—Eso sí puedo prometértelo, pero sólo si descubro que ese hombre está involucrado. Todavía no lo sé con total seguridad.

Él asintió reticente.

Una de las virtudes de Emilio Blackwood era reconocer cuando a alguien le entraba algo por un oído y le salía por el otro, que era, precisamente, el tipo de relación que acababa de establecer yo con su consejo.

Cleo seguía la conversación en silencio, si bien en un par de ocasiones había tenido que hacerle un gesto discreto para que mantuviese la boca cerrada. No se daba cuenta de que no podía hablar con él como cuando estábamos a solas. Me estaba enfadando bastante su actitud.

—Se supone que Loïs es un marchante de arte, compra obras y antigüedades raras para revenderlas como si fueran cromos caros, pero nada más lejos. Más que marchante, yo le llamaría traficante. Vende piezas únicas a personas que se las pueden permitir.

—Eso no es ilegal, ¿no? —intervino Cleo.

Le lancé una mirada de aviso que no le pasó desapercibida a Emilio Blackwood, pero tenía razón.

—Eso no es ilegal, ¿no? —repetí.

—No, la parte ilegal empieza cuando roba las piezas o extorsiona y amenaza a los propietarios que se niegan a vender… Eso sí es un poquito más ilegal. Además, se ha especializado en objetos con una historia oscura. —Se pasó la mano por la barbilla y bajó aún más la voz—. Por lo que sé, Amelia poseía un libro que había pertenecido a una de las mujeres acusadas de brujería en Salem… Y Severin quería comprarlo. Amelia nunca se lo

vendió. Mucha gente pensó que su desaparición era culpa de Severin, pero nadie pudo probarlo nunca.

—Pero… Pero… —comenzó Cleo.

—Chis —le chisté, ya harta de él.

—¡Tenemos que ir a la casa cuanto antes! ¡Te lo dije! —exclamó el fantasma—. Es importante, tenemos que dar con el escondite de ese libro. Y si no está allí, puede que haya pistas que nos ayuden a pillar a ese tipo…

—¿Sabes cómo era el libro? —pregunté sin hacer caso a Cleo.

—Amelia estaba muy orgullosa de él. Lo cedió durante un mes a una exposición sobre las brujas de Salem y salió en los periódicos. Eso fue antes de que Severin se interesase por él, claro. Creo recordar que estaba encuadernado en piel verde y tenía un símbolo en la portada, un ojo o algo así —dijo Emilio con un encogimiento de hombros.

—El ojo, Claudia —susurró Cleo pegado a mi oreja—. Pregúntale qué sabe de ese ojo, pregúntale qué sabe de los escondites, pregúntale todo. Tu amigo sabe algo.

—Cállate —dije por lo bajo.

Emilio Blackwood alzó las cejas.

—¿Me lo dices a mí?

El calor me trepó por el cuello hasta que me ardieron las mejillas. Las manos me sudaban y tuve que frotármelas en el pantalón un par de veces.

—No, no, no —negué—. Lo siento… Es que no me encuentro muy bien, lo mismo me ha dado mucho el sol o algo.

Me estaba poniendo muy nerviosa y no encontraba una excusa válida. Emilio iba a pensar que estaba mal de la cabeza y eso era lo último que yo quería. Le admiraba demasiado.

—Pregúntale, Claudia —insistió Cleo—. Creo que sabe más de lo que dice…

En su frustración, Cleo cogió una cuchara de madera que había sobre la encimera y la apretujó entre las manos.

Enseguida me di cuenta de lo que eso suponía: si Emilio alzaba la vista, vería la cuchara flotando en el aire sin nada ni nadie que la sostuviese. También confirmaba —de nuevo— que Cleo sí era capaz de mover objetos sin ninguna dificultad, pero no era el momento de decírselo.

Sentí que los ojos casi se me salían de las órbitas. Miré a Emilio, que daba vueltas a la mezcla y parecía no haberse dado cuenta de aquel cubierto volador. Me puse en pie como si la banqueta en la que estaba sentada me hubiese quemado el culo.

—¿Quieres callarte de una vez? —espeté quitándole a Cleo la cuchara de las manos.

Emilio se congeló en el sitio. Era posible que me hubiese visto cogerla, pero no estaba cien por cien segura.

—No iba por ti —balbuceé poniéndome todavía más colorada—. De verdad que no te lo decía a ti…

Me taladró con la mirada.

—Claudia… —comenzó el hombre.

Salí corriendo de la cocina, pero tuve que volver antes de alcanzar la puerta porque me iba sin pagar el batido. Ya sólo me faltaba eso para no poder volver a mirar a la cara al señor Blackwood. También me di cuenta de que todavía sostenía la cuchara de madera. Regresé sobre mis pasos justo cuando él salía renqueante de la cocina. Ni siquiera había cogido sus muletas.

—¡Claudia…! —llamó, pero no le hice caso—. ¡Espera!

Dejé el dinero —y la cuchara— sobre la barra y salí sin mirar atrás. La campanilla sonó otra vez a mi espalda, aguda como una bofetada.

El aire caliente del exterior me golpeó. Crucé la calle a toda velocidad, la vergüenza y las lágrimas se me agolpaban en el rostro. Quería alejarme cuanto antes del café y de los ojos sagaces de su propietario. Hasta sentía miradas clavadas en la espalda, a pesar de que sabía que nadie me observaba.

Cleo flotaba detrás, con los hombros encogidos y las manos en los

bolsillos del vaquero. Todo él supuraba culpabilidad.

—Claudia, espera, por favor —pidió. Intentó detenerme, pero su mano me atravesó como humo—. Sólo quería ayudar.

—¡Pues no lo has hecho!

Caminaba rígida, marcando un punto con cada uno de mis pasos. Estaba furiosa.

El enfado se quedó entre nosotros, denso, gris y pegajoso.

Había llegado el momento de deshacerme de él.



CAPÍTULO 13

Iba casi a la carrera por las calles de Santa Muerta. Cleo flotaba a mi lado en silencio y, por extraño que sonase, eso me enfadó todavía más.

Le lancé una mirada furiosa.

—Claudia… —intentó.

No le hice caso y seguí andando.

La avenida desembocaba en el paseo marítimo. A un lado, la playa; más allá, el océano inmenso y pacífico. La brisa traía olor a sal, algas y crema solar o, lo que es lo mismo, a vacaciones. Al otro lado, una hilera de tiendas con fachadas en tonos pastel ofrecían a los turistas desde libros de segunda mano con portadas descoloridas por el sol hasta teteras antiguas, mapas y brújulas oxidadas. Los letreros, pintados a mano en letras doradas sobre fondos en tonos oscuros, parecían haber viajado intactos desde otro siglo.

El paseo tenía ese aire de postal detenida en el tiempo. Bancos de hierro forjado, farolas inclinadas, macetas rebosantes de flores que se resistían al viento…, todo dispuesto con una precisión tan perfecta que resultaba encantador de una manera sospechosa. Como si fuese un decorado para los turistas. Y, en cierto modo, lo era.

—No quería fastidiarlo —insistió Cleo—. Lo del señor Blackwood,

digo.

—Ni una palabra —le corté.

Doblé por una calle estrecha y dejé atrás los escaparates llenos de trastos disfrazados de antigüedades. De repente, estaba en el territorio de lo esotérico, el verdadero negocio de Santa Muerta. Los carteles de los negocios de la zona no dejaban lugar a dudas: «LECTURA DE TAROT», en brillante neón rosa; «COMUNICACIÓN CON EL MÁS ALLÁ», con letras doradas y aspecto serio; «AURA LIMPIA EN 5 MINUTOS», «CONOCE TU FUTURO» y más tonterías por el estilo. Los escaparates tampoco se quedaban atrás: túnicas con lentejuelas, plumas, amuletos y libros de aspecto místico. En uno de los ventanales, una bola de cristal descansaba sobre un paño lleno de polvo. La habían iluminado desde abajo y parecía una luna con gripe.

Me detuve frente a uno de los locales. Nada especial. Una puerta de madera morada —me apostaba algo a que al otro lado había una campanilla — y un letrero pintado a mano en el que se leía «MADAME SÉLÈNE MÉDIUM». No había escaparate y eso jugaba a su favor. La discreción daba puntos, ya que no me sentía muy cómoda haciendo lo que me proponía hacer.

—¿En serio? —dijo Cleo con una mezcla de humor y alarma—. ¿Ahora?

Mi estómago dio un giro raro; casi sentí náuseas. Durante días me había repetido que no existían los fantasmas. Y, sin embargo, ahí estaba Cleo, con su halo apenas visible, con su forma de mirar como si todo fuera nuevo y antiguo a la vez. Me había salvado la vida. Me acompañaba. Me hacía reír. Y me llenaba la cabeza de preguntas que no podía responder.

—Mira —empecé, y me escuché más adulta de lo que me sentía—, has estado bien. Muy bien. Me has ayudado un montón. Pero no puedo… —busqué las palabras—, no puedo acostumbrarme a que estés siempre conmigo. No puedo con eso.

Cleo no dijo nada. Bajó la vista a sus zapatillas que no dejaban huellas.

El borde de su silueta se volvió un poco más oscuro, pero enseguida volvió a mirarme. En los labios llevaba enganchada una sonrisa resignada.

—No sé si eso de ahí —señaló el letrero con la barbilla— es una solución o un timo. Pero… te acompaño.

—Gracias —dije. Me sorprendió que sonase tan sincero.

La campanilla sonó con un tintín débil —lo sabía, sabía que habría una —. Dentro olía a incienso dulce. Se trataba de un local pequeño, apenas una habitación con unas cortinas de cuentas rojas que daban a la trastienda. Sobre el mostrador de madera repleto de muescas, una calavera de plástico sonreía con dientes perfectos.

—Bienvenida, desconocida —canturreó una voz.

La cortina se abrió y apareció la médium.

Tuve que contener un ataque de risa. Era tal y como me la había imaginado: un cliché andante.

Llevaba un vestido vaporoso de color lila y varios fulares de gasa bajo los cuales se adivinaban bastantes collares con piedras de colores. Tenía el rostro redondo y de gesto afable, pero lo que más llamaba la atención en él eran unas gafas enormes de montura de pasta gruesa y rosa. Muy muy rosa. El pelo, rubio y rizado, flotaba a su alrededor.

Todo en ella me recordaba a un hada.

Una con gafas, si es que eso era posible.

Sonrió con una especie de ternura estudiada, como si llevara años practicando esa sonrisa frente al espejo.

—Qué aura más intensa —dijo—. Puedo verla desde aquí. —Alcé una ceja por toda respuesta—. Y bien, ¿qué te trae hasta mi puerta?

—Vengo a preguntar una cosa —repliqué—. Una muy importante.

Madame Sélène juntó las manos.

—Oh, corazón, todas lo son… Y no hace falta preguntar. Las respuestas vienen solas.

Ya, claro.

Me hizo pasar a la trastienda, en la que había una pequeña mesa redonda y dos sillas, una frente a la otra. Me invitó a sentarme en la más cercana a la puerta y ella ocupó la otra.

La mesa tenía mantel violeta y una bola de cristal encima. Encendió una vela y el humo dibujó espirales ascendentes.

—Toca la bola —pidió la mujer—. Con la punta de los dedos. Sin miedo.

Obedecí. Estaba fría. Ella cerró los ojos y empezó a hablar con voz profunda:

—Hay una presencia… muy cerca de ti… —Vaya, a ver si iba a ser de verdad una médium—. Veo una sombra…, una energía pegada al hombro… Algo maligno.

Miré a Cleo. Se podían decir muchas cosas de él, pero no que fuese maligno. El fantasma me devolvió la mirada con cara de «Sí, claro».

—Veo… veo… —Arrugó el ceño—. Veo inquietud. Veo palabras que no se dicen. Veo una noche. Una luna. Te preocupa alguien a quien quieres, pero he de decirte que no va a pasar nada malo. Puedes estar tranquila.

Vale, lo que yo pensaba. No me había dicho nada más que generalidades. ¿A quién no le preocupa un ser querido? Estaba casi segura de que era una estafadora. Aunque, por otro lado, podría estar hablando de mi padre, claro.

Todavía no estaba segura de su autenticidad.

—Bueno, no he venido por eso —dije.

—Ya, lo sé, lo sé —se apresuró a añadir ella—. Has venido porque… —titubeó y no vi motivo para alargar aquella farsa.

—He venido porque necesito un ritual que permita a alguien deshacerse de un fantasma. Estoy escribiendo un relato para un concurso —mentí.



—Haberlo dicho antes, corazón. —Después pareció dudar—. Aunque, por supuesto, habría podido adivinarlo —aseguró.

—Sí, sí, no lo dudo —aseveré—. Estoy escribiendo una historia sobre una chica que vive aquí, en Santa Muerta… Se dice que es una de las islas más encantadas del país… y es acosada por un fantasma. —Cleo puso los ojos en blanco y resopló—. Y, al final, la protagonista busca ayuda para deshacerse de él. Había pensado en un ritual de… —Fue mi turno de dudar. No tenía ni idea de cómo llamarlo. Y tampoco sabía si la trola había colado.

—De limpieza —completó ella.

Sí, había colado.

—Eso, un ritual de limpieza podría ser útil.

—Lo es, pero sólo en casos sencillos.

—En casos sencillos, desde luego —coincidí.

Estaba deseando que me diese el ritual para poder largarme.

—Te está timando —me dijo Cleo al oído—. Esto no funciona así.

Lo ignoré, aunque presté atención a la mujer por si acaso lo había escuchado, pero ella continuó sin notar su presencia.

—Hay varios tipos de limpieza. Si bien para el propósito de tu historia, hay uno sencillo que suele ser muy efectivo. —Se puso en pie y se acercó a una estantería que había a su espalda. Cogió una carpeta y la abrió—. Debe hacerse por la noche. Si se realiza tal y como te digo, la presencia se irá.

Sacó de la carpeta una hoja y regresó a su silla. Me tendió el papel. Tenía letras grandes y bordes decorados con estrellitas. Lo leí: «Ritual de despido de acompañantes. Instrucciones: hacer un círculo de sal y meterse dentro, situar cuatro velas blancas en los puntos cardinales alrededor del círculo, realizar tres inspiraciones profundas, mirar la luna y recitar "Lo que vino sin ser llamado, se va con la luz. A la noche le hablo: no te quedes, sigue tu curso"».

—¿Y si no hay luna? —pregunté.

—Siempre hay luna —dijo con solemnidad.

—Y si llueve —añadió Cleo—, ¿funciona con lluvia y nubes?

—¿Cuánto es? —pregunté.

—La voluntad —dijo, y me sostuvo la mirada con sus ojos enormes y redondos tras las gafas.

Tras unos instantes, sus ojos viajaron hacia un cartel que había colgado a un lado. En él pude leer el importe de la «voluntad» mínima, que era un billete de diez.

Dejé el dinero sobre la mesa. Metí la hoja en la bandolera con cuidado de no ponerla al alcance de Julius y salí de allí con la sensación de haber comprado humo en papel.

—¿En serio crees que…? —intentó Cleo una vez que estuvimos en la calle.

—No. No lo creo —dije girándome hacia él—. Para ser una médium, no se ha dado cuenta de que estabas allí, pero algo tengo que hacer. No podemos seguir así.

Se metió las manos en los bolsillos y bajó la cabeza.

—¿Quieres que te deje sola? —preguntó.

—No. Vamos a casa, me he dado cuenta de que hay una cosa que no hemos hecho.

—¿El qué? —preguntó.

—No hemos comparado los planos que había en la caja con los que saqué yo del archivo antes del verano. Puede que encontremos algo en ellos.

—Puede ser… ¿Y quieres que te ayude? —preguntó con una chispa de esperanza en la mirada.

—Sí, cuatro ojos ven más que dos… Pero esta misma noche haré el dichoso ritual, ¿vale?

—Vale, aunque no creo que funcione. —Se encogió de hombros.

Yo tampoco lo creía, pero no perdía nada por probar.



CAPÍTULO 14

Cuando llegué a casa, papá estaba ya en el sofá, dormido junto a una botella. La cogí y la vacié en el fregadero con un suspiro triste, como siempre hacía.

En el recibidor me esperaba un sobre con mi nombre y una nota de papá diciéndome que lo había sacado del buzón y que la cena estaba en el horno. Subí a mi dormitorio y abrí el sobre. Se trataba de otra amenaza. Esta vez decía:

«No vayas a la casa del bosque o algo malo sucederá».

Me pareció bastante vaga. No especificaba si no podía ir nunca o sólo a unas horas determinadas; tampoco era muy concreta en cuanto las consecuencias de ir allí, «algo malo» era lo bastante impreciso como para que me diese el miedo justo. Aun así, un escalofrío me recorrió la espalda, aunque intenté convencerme de que sólo necesitaba aumentar la cautela cuando volviese allí, que sería, casi con total seguridad, al día siguiente.

Cleo apareció a mi espalda y se inclinó sobre mi hombro. Noté aire frío en la nuca.

—¿Otra de esas? —preguntó—. Esto puede ser peligroso. Tienes que tener cuidado.

—Tampoco dice nada —repliqué—. No parece que vaya muy muy en serio. Sólo quieren asustarme.

—Claudia, es una amenaza.

Arrugué la hoja y la lancé a la papelera. Entró a la primera.

—Mira, de tres puntos —comenté.

Cleo me lanzó una mirada de advertencia y suspiró, pero no dijo nada más. Parecía que empezaba a conocerme y sabía que no iba a servir de nada.

Saqué a Julius de la bandolera y empezó a corretear por toda la habitación. Ni Cleo ni yo le prestamos atención.

—Mañana iré a la policía, ¿vale? —aseguré—. Les diré lo de las notas de amenaza y lo que hemos descubierto hasta ahora.

—¿Lo prometes? No sé qué me ocurrió a mí, pero no me gustaría que acabases como yo: muerta en el bosque. —Su contorno se oscureció.

Me acerqué a él y estiré una mano para apoyarla en su hombro; sin embargo, detuve el movimiento a medio camino. No tenía sentido. No podía tocarle.

A veces se me olvidaba.

—Te lo prometo —dije en cambio—. A mí tampoco me gustaría acabar como tú. Convertida en fantasma y molestando a alguien durante el resto de su vida.

Él asintió y una sonrisa intentó asomársele al rostro, aunque no le salió del todo bien.

—Ya, muy graciosa.

Di una palmada y cambié de tema para relajar la tensión.

—Operación «Encuentra las Diferencias» —anuncié—. Prepárate, porque esto no va a ser sencillo.

Saqué los planos de la caja que había guardado bajo la tabla suelta y, a continuación, fui hasta el tablero de corcho, quité la chincheta y me hice con la copia que había conseguido en el archivo. Después me senté en el suelo y extendí ambos papeles frente a mí.

—Julius se apunta —dijo Cleo señalando al hurón.

El animal se estaba acomodando sobre los papeles como si aquello fuese su cama.

—Te quiero —le dije—, pero eres un estorbo de leyenda.

Lo cogí por la barriguita y lo puse en la almohada de la cama. Levantó el hocico ofendido pero digno, se hizo una rosquilla minúscula y se puso a roncar.

A la izquierda estaban los planos del archivo. El papel grueso estaba cubierto de líneas finas y rectas, y medidas exactas. A la derecha, los de la caja: azul pálido, manchas de tinta en los bordes y algún extremo doblado por los años.

—A por ello —dije.

—A por ello —repitió Cleo dejándose caer a mi lado.

Ambos echamos el cuerpo hacia adelante y acercamos la nariz a los documentos.



(Ver *Soluciones*)

Puse el dedo índice sobre el plano del sótano del archivo. Sabía dónde mirar, así que me fijé en la escalera de la que habíamos sacado la caja. No había ninguna marca en el escalón donde había aparecido el diario.

—Primera diferencia —canté—. No aparece el escondite del escalón.

Cleo asintió distraído, tenía la atención fija en los trazos de la planta baja.

—Estos son iguales —dijo tras unos instantes—. No he encontrado nada.

—Vale, pues vamos a los de la primera planta.

Puse a un lado los pliegos que ya habíamos revisado y nos centramos en los siguientes.

Deslicé el dedo por el pasillo, conté puertas y ventanas varias veces y

vigilé que coincidiese el número de habitaciones dibujadas en ambos. En los planos de la caja vi un pequeño trazo a lápiz en una de las paredes del pasillo.

—Creo que aquí hay algo —dije—. Parece un hueco. Seguramente un escondite tras un cuadro. Muy clásico. Me gusta.

—Por lo que se ve, Amelia no era muy original —apuntó mi compañero —. ¿Qué será lo próximo? ¿Un candelabro que se gira, una pared que pivota o un órgano que abre un túnel? Se admiten apuestas.

Le saqué la lengua y ambos reímos.

—Espera, creo que he dado con otro. —Cleo estaba tan cerca de la hoja que su nariz casi la rozaba—. Aquí. —Señaló el dormitorio principal. En uno de los muros había una chimenea. Y junto a ella, una marca diminuta.

Lo comparé con los documentos del archivo.

Nada.

Estaban limpios.

—Tercer escondite: hueco junto a la chimenea —anuncié sin poder mantener a raya la sonrisa que me estiraba las mejillas.

Cleo no contestó. Tenía la mirada clavada en otra de las estancias. Las paredes estaban forradas de estanterías. Parecía una biblioteca.

En los planos del archivo aquella habitación no era más que un rectángulo sencillo y tirando a grande. Estantes, una ventana, puerta, chimenea. Fin. En los de la caja, una parte pequeñita del muro de la derecha tenía un grosor mayor y, allí, otra marca. Parecía una habitación oculta, aunque pequeña, eso sí.

—Ahí está —susurró Cleo.

—Sí. Creo que hemos dado con una habitación secreta. Si la colección de Amelia está en algún sitio, entonces… Espera. El ático, veamos si hay algo.

Revisamos a toda prisa los dos planos del ático y no encontramos ninguna diferencia entre ellos.

—El libro tiene que estar ahí dentro —concluyó Cleo.

Ninguno de los dos se movió. Me dieron ganas de reír y llorar a la vez. Todo estaba ahí, tan cerca que daba vértigo. Julius, que olía las emociones como un sabueso, bajó de la almohada y se aposentó sobre los papeles, justo encima de donde se encontraba la habitación secreta. Parecía una estatua.

—Vale, pequeño guardián —dije—. Pero muévete medio centímetro. No quiero una huella de tu culo de hurón en el mapa del tesoro.

Volví a observar los trazos correspondientes a la biblioteca.

—Mañana tengo que ir allí, sí o sí —dije pensativa.

—Tenemos —replicó Cleo—. Pero hay que ir a la policía con lo que has descubierto. Me lo has prometido.

—Que síííí —alargué mucho la i—. Pero lo de «tenemos» es relativo, porque, ahora mismo, lo que voy a hacer es el ritual para deshacerme de ti.

—Como veas. —Se puso en pie, arrugó la nariz y se rascó la cabeza—. Mi sentido espectral me dice que no va a funcionar.

Recogí todo lo que había en el suelo y volví a colocarlo en su sitio.

A continuación, saqué la hoja que me había dado madame Sélène. Las instrucciones estaban claras. Sólo necesitaba seguir los pasos, como si estuviese haciendo un flan, pero sin un resultado tan rico.

Bajé a la cocina a por el paquete de sal y busqué velas en la despensa. Sabía que papá tenía una caja llena por si se iba la luz. Cogí cuatro bastante gruesas para poder apoyarlas en el suelo y regresé al dormitorio con mi botín.

Hice un círculo con la sal frente a la ventana abierta para poder ver la luna, que ya ocupaba su posición en el cielo negro. Julius vino a inspeccionar. Lo aparté con una mano y, con ayuda de mi brújula, coloqué una vela en cada punto cardinal y las encendí con una cerilla. Mi dormitorio se llenó con el olor picante y áspero del fósforo. Cierto era que el ritual no decía nada de encenderlas, pero imaginé que no tenía mucha lógica no hacerlo.

—Si funciona, prometo no enfadarme mucho —dijo Cleo, de pie junto

a la puerta con las manos en los bolsillos del vaquero—. Y, si no funciona, prometo no enfadarme nada.

—Ya, seguro.

Apagué la lámpara. La luz se redujo a las cuatro llamitas de las velas, que danzaban con la brisa.

La luna, casi llena, quedaba bien enmarcada en la ventana.

Me senté dentro el círculo. Julius intentó seguirme; lo saqué con cuidado y le di uno de sus juguetes para que se entretuviera en la alfombra.

Cleo no se movió del umbral.

—¿No vienes? —pregunté.

—No —se encogió de hombros—. Prefiero verte hacer el ridículo desde aquí.

Inspiré. Una vez. Dos. Tres. La madera crujió en algún lugar de la casa. Me temblaron un poco las manos. Miré a la luna.

—«Lo que vino sin ser llamado, se va con la luz. A la noche le hablo: no te quedes, sigue tu curso» —recité.

Me sentí bastante estúpida.

Al terminar, sentí que el cuarto se hacía más pequeño. Las llamas no se movieron y, sin embargo, juraría que el aire sí. Un soplo frío me rozó los hombros.

Miré a Cleo.

No estaba.

—Cleo —llamé.



El nombre me salió a media voz. La puerta en la que había estado apoyado estaba vacía. Lo busqué con los ojos por toda la habitación sin atreverme a moverme del círculo mágico.

Nada.

—Cleo —volví a llamar.

Julius observaba con atención un rincón junto a la cama y yo hice lo mismo.

Sólo había sombras. No sé por qué lo imité, solía quedarse mirando al vacío muy a menudo; aquel hurón era medio tonto.

—No —murmuré para mí—. No, no.

Me agobió mucho pensar que se había ido. Para siempre. Podría decirse que ya no me parecía tan buena idea lo de aquel ritual. Salí del círculo y, al hacerlo, pisé la sal. Encendí la lámpara y abrí la puerta del armario. Saqué camisetas, tiré una sudadera al suelo. Me agaché y miré bajo la cama. Sólo

había polvo y un calcetín huérfano.

—¿Te has ido? —pregunté a la habitación.

El silencio reverberó en mis oídos.

Si el ritual había funcionado, él ya estaría donde debía estar. Sin embargo, la duda me pesó en la conciencia. Sabía que donde debía estar y donde él quería estar no eran el mismo lugar.

Y también lo eché un poquito de menos.

Bueno, un poquito no, le eché bastante de menos.

Sacudí la cabeza para alejar aquellos pensamientos.

No sirvió.

Se me puso un nudo en la garganta y sentí los ojos ardiendo por culpa de las lágrimas.

Por primera vez, pensé que, tal vez, sólo tal vez, no tendría que haber hecho el ritual.



CAPÍTULO 15

—¡Buuu! —escuché a mi espalda.

Me enderecé a la velocidad de un rayo. Sentí un grito empujando por salir y lo frené por los pelos. Cleo estaba detrás de mí con una sonrisa torcida y mirada traviesa. Tenía los brazos cruzados y se apoyaba en el quicio de la puerta. Toda su postura gritaba «¡Picaste!».

—¡No! —solté sin saber si estaba enfadada o feliz—. ¡Eso no se hace!

—Perdón —rio—. Perdón, perdón. No he podido evitarlo, es que me lo has puesto demasiado fácil.

Le lancé un cojín. Atravesó su pecho y golpeó la estantería. Julius salió disparado otra vez hacia él y se subió a su hombro.

—Te odio —dije riendo, pero todavía sentía un puño en la garganta y los ojos húmedos.

—Me lo merezco —admitió, y bajó un poco la cabeza—. A mi favor, diré que te advertí que no iba a servir. Ni un poquito.

—Ha servido para demostrar que eres un payaso.

—Sí, pero uno con talento para el humor —puntualizó.

Apagué las velas. El humo dejó volutas oscuras que ascendieron hasta el techo como gusanos grises. Recogí la sal y la cera como pude y me quedé un

segundo sentada en el suelo, apoyada en la cama, con la espalda rígida por la postura y la cabeza llena.

Cleo se dejó caer junto a mí.

—Claudia —la risa se había borrado de su voz—, si de verdad un día te hartas, sólo… dímelo.

Miré las velas y el papel de madame Sélène, todo en el suelo. Después miré a Julius, todavía sobre el hombro de Cleo.

—No. Puede que todavía no me haya hartado —acepté tras unos instantes—, es sólo que me gustaría saber que puedo deshacerme de ti cuando yo quiera. Eso y que no quiero que me tomen por loca cuando vaya por la calle.

Cleo asintió.

—Prometo dejarte en paz cuando me lo pidas.

—Mañana vamos a la casa —dije cambiando de tema—. A la biblioteca.

—Pero primero a la policía.

—Vale.

Me puse en pie y saqué la nota de la papelera. A continuación, la guardé en la bandolera, no porque quisiera conservarla o porque de verdad hubiese conseguido asustarme, sino porque algo tendría que enseñar a la mañana siguiente en la comisaría.

Apagué la luz y me tumbé en la cama bocarriba. La luna nos dibujó a los tres: yo, un bulto con ojos; Julius, un punto gordo a mis pies; Cleo, una silueta que no proyectaba sombra, de pie junto a la ventana.

—Claudia —llamó.

—¿Qué?

—Gracias por no querer echarme. En realidad, no quiero irme.

—No seas bobo —susurré, y me giré para mirarlo—. Claro que quiero echarte, pero no ha salido bien.

Se rio por lo bajo y el sonido llenó la habitación. Cerré los ojos. A través

del sueño, oí las ramas de los árboles bailando con la brisa y, más lejos, las olas.

Antes de caer dormida, volví a mirar el contorno de Cleo contra la luz de la luna.

Lo único peor que tener un fantasma pegado a todas horas era saber que, juntos, íbamos a abrir una puerta que llevaba un montón de años cerrada.



La comisaría de Santa Muerta se situaba justo al otro extremo de las que aparecían en las series de televisión. Nada de salas de interrogatorios, luces blancas ni agentes que iban y venían con cafés en vasos de cartón. Allí todo era más bien… aburrido y rutinario. Nada de policías saliendo a toda prisa para atrapar a los malos, nada de sirenas ni coches derrapando.

Aquello era tan emocionante como un plato de coles de Bruselas.

Se trataba de un edificio cuadrado de ladrillo grisáceo y anodino, con las persianas torcidas y una bandera de la isla que se agitaba con la brisa, aunque tampoco mucho. Hasta ella parecía aburrida.

Entré con paso firme, mi carpeta con pruebas bajo el brazo y la sensación —muy equivocada, he de admitir— de que me recibirían como a un genio detectivesco. La Sherlock Holmes de Santa Muerta.

Pero antes, guardé a Julius en la bandolera. Abrí la puerta y me dirigí al mostrador de recepción, donde con tono decidido pedí hablar con un detective. En concreto, con el padre de Glenda, que para eso era el jefe de policía. Eso y que me conocía, así que, aunque sólo fuese por su hija, pensé que tendría que escucharme.

Por supuesto, estaba de vacaciones. Como su hija, claro.

En su lugar, apareció un agente con bigote de morsa, barriga redonda y

cara de «Ya me ha caído el marrón de atender a la mocosa», o eso me pareció. Se presentó como el que estaba al cargo durante el verano.

Le conté todo. Absolutamente todo. No me dejé nada. Le enseñé las notas de amenaza, las fotos de los planos, lo que había descubierto sobre la médium Amelia Thorne, hasta mis sospechas sobre Severin Loïs. Puse mi mejor tono de adulta y fui muy clara en mis explicaciones; con eso esperaba que mi despliegue de pruebas le hiciera saltar de la silla.

Cuando terminé de presentar mis descubrimientos, ya casi me veía recibiendo una condecoración por servicios a la comunidad o algo así.

Nada más lejos.

El hombre hojeó mis papeles como si fueran folletos de supermercado. Incluso juraría que en un momento dado bostezó. Luego me miró con una media sonrisa cargada de condescendencia, una de esas que usan los adultos cuando creen que saben más que tú sólo porque llevan más años en el mundo. Una de esas que odio.

—Déjanos la investigación a los policías de verdad, ¿te parece, bonita? —dijo con voz melosa—. Si nosotros no conseguimos resolver lo de la médium en su momento, no creo que seas capaz de hacerlo tú ahora.

Fue como si me hubiera dado una palmadita en la cabeza y me hubiera mandado a jugar a las muñecas. Me tuve que contener para no lanzarle los papeles a la cara como si fuesen estrellas ninja. En su lugar, opté por algo más elegante: recogí mis cosas, las metí en la bandolera y salí de allí sin dignarme a contestar.

Cleo me siguió flotando, cruzado de brazos y una sonrisa torcida en el rostro.

—Qué sorpresa, adultos que no nos escuchan —ironizó cuando nos hubimos alejado unos metros—. Si me hubieran dado una moneda cada vez que me pasó cuando estaba vivo, tendría, por lo menos, diez. Recuerdo que no es que confiase mucho en ellos. Se creen más listos.

—Son memos —me desahogué—. Algunos adultos son memos. Se

piensan que somos tontos. ¡Y no lo somos! ¡Ellos son los tontos!

Saqué a Julius y le dejé caminar a nuestro lado. El muy bribón intentó subirse al hombro de Cleo, pero se lo impedí. No quería que nadie por la calle viese a un hurón blanco volando, como si de un pequeño dragón mágico se tratase. Aquello podría levantar sospechas.

El olor a salitre de la calle se mezclaba con el del pan recién hecho que salía de la panadería de la esquina. El sol comenzaba a calentar a pesar de ser apenas las nueve de la mañana. Caminaba a paso rápido, mascando mi rabia, cuando alguien se cruzó en mi camino y alzó una mano para que me detuviese.

Se trataba de una mujer mayor con el pelo canoso recogido en un moño medio deshecho.

Conjeturé que se trataba de la cartera.

Puede que el uniforme de cartera con el logo del servicio postal en la pechera y la bolsa llena de sobres de todos los tamaños me diese alguna pista, pero tampoco se podía descartar que yo fuese una detective excelente.

—No lo ves, ¿verdad? —preguntó con voz tranquila y algo ronca.

—¿Perdón? —repliqué frenando en seco.

—Al muchacho que camina contigo. —Señaló a mi derecha, donde se encontraba Cleo—. Delgado, rubio, ojos claros y sonrisa de pillo… Aunque necesita un buen corte de pelo.

Se me cortó la respiración y miré a mi compañero. Él abrió mucho los ojos y se señaló a sí mismo.

—Oh, genial —bufó él—. Suena como mi madre.

—Te he oído, jovencito —le recriminó la mujer con calma.

Yo no encontraba palabras.

—¿Quién es usted? —atiné a preguntar.

—Soy la cartera, ¿no es obvio? Llevo toda la vida repartiendo el correo en Santa Muerta y jamás había visto un fantasma aquí. Hasta hoy. —Lo dijo con la normalidad de quien no encuentra nada extraño en ver entes

sobrenaturales—. Pero algo me dice que sí puedes verlo…

—Bueno… Sí, lo veo —confesé aturdida.

—Si a ti no te molesta, no soy yo quién para decirte lo que debes hacer, pero, si quisieras que se marchara, sólo tendrías que hablar con él y pedirle que te dejase. Parece un muchacho bastante razonable.

—Te lo dije —se burló Cleo—. ¿Ves? Sólo tenías que pedirlo.

—¿Nada más? Quiero decir…, ¿no tendría que hacer ningún ritual ni nada de eso?

—Eso son tonterías de médium de medio pelo —refunfuñó—, que, si me permites decirlo, son todos los que hay en esta bendita isla; sólo quieren sacarles el dinero a los turistas. Farsantes, eso es lo que son.

—Ya… Lo sé… Fui a una médium y me dio un ritual. No sirvió de nada.

—Si necesitas ayuda para deshacerte de él, ven a hablar conmigo. —La mujer me guiñó un ojo.

—Pero ¿puede dejar de hablar de mí como si no estuviese delante? —se indignó Cleo.

—Eres un poco descarado para ser tan joven… —le riñó ella—. Aun así, tal vez pueda ayudarte también a ti a descansar, a averiguar qué es lo que te ata a este mundo… Y no os cobraré por ello. Sólo lo hago cuando alguien lo necesita de verdad.

La observé intentando encontrar algún indicio de engaño, de mentira en sus palabras. No encontré ninguno. Sólo una mujer mayor con un uniforme azul y zapatos gastados. Una mujer que, además, parecía saber de lo que hablaba.

Me quedé helada. La única médium de verdad del pueblo… y resultaba ser la cartera.

Cuando quise preguntar más, ya se había dado media vuelta y continuaba su ruta, repartiendo cartas como si no me hubiera soltado la bomba más grande de mi vida.

Cleo se cruzó de brazos.

—¿Y qué vas a hacer? —me dijo en tono teatral—. ¿Vas a pedirme que me largue? ¿Vas a ayudarme a descansar en paz?

Solté una carcajada.

—No, bobo. Al menos no de momento —repliqué todavía riendo.

—¿De momento? —parecía asustado.

—Sí, de momento. Venga, que se nos va a ir toda la mañana.

—No, Claudia, espera. —Me detuve y lo miré a los ojos. Sí, estaba casi casi aterrorizado—. No quiero «descansar en paz» —recalcó mucho las tres palabras a pesar de que la voz le temblaba. Su contorno iba del negro al púrpura. Tal vez tristeza y miedo o angustia. Definitivamente, tenía que empezar a apuntar esos cambios—. Prométeme que antes de hacer algo así me lo dirás. Puedo dejarte en paz, pero no quiero desaparecer. No otra vez. Por favor…

Me dejó muda. Tardé unos instantes en poder responderle.

—No…, no te preocupes. No lo haré —aseguré—. Si es tan importante para ti, no lo haré. Te lo diré cuando me canse y te dejaré elegir. De verdad.

—Llevo demasiado tiempo solo, sin nadie que me vea o me escuche. Eres la única que puede verme…, sin contar a la cartera, pero, sobre todo, eres la única con la que puedo hablar, ¿por qué? Ni idea, pero es así. —Cleo estaba haciendo un gran esfuerzo por no llorar—. Si quieres que me largue, lo haré, pero no me hagas desaparecer… Sería como morir otra vez. Puedo aguantar la soledad, pero no quiero volver a morir. Promételo.

—Lo prometo. No te haré desaparecer.

Me miró con fijeza y cuando vio que no mentía, asintió.

Tomó aire —y eso que no lo necesitaba— y dejó escapar un suspiro casi resignado.

—Vale. Gracias —dijo.

Dejamos atrás la comisaría y la revelación de la cartera y nos encaminamos al bosque.

La casa abandonada nos recibió con sus muebles tapados con sábanas, su oscuridad y sus secretos. El silencio del lugar se pegaba a la piel, denso y húmedo. Casi expectante.

Julius se adelantó y comenzó a corretear por todas partes. Le dejé hacer, ya vendría cuando le diese la gana.

Tras comprobar que no hubiese nadie en la casa, subimos a la primera planta. Al avanzar por el pasillo nos fijamos en que uno de los cuadros estaba tirado en el suelo con el lienzo rasgado. Alguien había encontrado el escondite oculto tras él y lo había vaciado. Revisamos también el otro que habíamos encontrado en el mapa, el del dormitorio de Amelia Thorne. Ambos estaban limpios.

Continuamos hasta la biblioteca.

El aire allí era más pesado, cargado con ese olor inconfundible a papel viejo y a polvo. La luz se colaba en haces finos a través de los tablones que cubrían la ventana e iluminaba motas que flotaban como si tuvieran vida propia. Las estanterías seguían intactas, vigilantes. Quien hubiese desvelado los secretos que ocultaban el cuadro y la chimenea, no había conseguido desvelar este. Normal, ya que no contaba con los planos escondidos.

Los libros eran antiguos, la mayoría estaban encuadernados en cuero y parecían pesados y valiosos.

Aunque había signos de registro y faltaban tomos en algunos estantes, el culpable no había causado daños.

Todo apuntaba a alguien que conocía el valor de aquellos libros.

¿Y quién mejor que un marchante o, mejor dicho, un traficante de arte?

Aun así, yo continuaba sin poder aportar pruebas sobre su culpabilidad. Era bastante frustrante.

Me aproximé al ventanal y tiré de uno de los listones. No necesité hacer mucha fuerza para que se quebrara. Estaba reseco y podrido. Repetí la operación varias veces hasta que arranqué los suficientes para que entrase algo de claridad en la estancia.

—Vale, mejor así —dije dejando la madera en el suelo—. Veamos qué encontramos.

La habitación era amplia, rectangular y con dos de los muros cubiertos de suelo a techo de estanterías: el de la derecha y el del ventanal. En el de la izquierda había una chimenea enorme con una repisa de mármol blanco y en el de la puerta, tan sólo algunos cuadros y un mueble bar también de aspecto antiguo. En el centro de la biblioteca, se alzaba una mesa redonda de madera oscura, tan sólida que parecía anclada al suelo, y cuatro sillas idénticas. Todo sugería que era en esa mesa donde la médium realizaba sus sesiones para contactar con los muertos.

Comenzamos a recorrer la pared de la derecha cada uno hacia un lado buscando algún indicio que nos llevase en la buena dirección. Según los planos, al otro lado de ese muro se encontraba el dormitorio principal, pero Cleo y yo sabíamos que había algo más.

Cleo fue alejándose cada vez más hasta que llego al otro lado de la biblioteca; yo continuaba buscando algún resorte que nos abriese la puerta de la habitación secreta.

—Claudia —llamó—. Ven aquí.

Estaba inclinado frente a la chimenea con la cabeza casi metida en ella. Me acerqué.

—¿Has encontrado algo?

—Aquí, en este lateral hay un símbolo, un ojo. —Pasó un dedo fantasmal sobre el grabado de la piedra—. Es muy pequeño.

Metí la mano en la bandolera y saqué la fotografía que había hecho de la fachada de la casa.

—¿Es como este? —Sacó la cabeza y miró la foto.



Julius aprovecho para trepar por sus piernas hasta su hombro.

—Sí. Es justo como ese. ¿Qué decían las runas aquellas? No sé qué de unos ojos que miran…

—«Bajo la biblioteca, donde los siete ojos miran, hallarás lo que no existe» —recité de memoria.

—Pues este mira hacia allí. —Volvió a ponerse en pie y caminó hacia las estanterías que había a la izquierda de la ventana, muy cerca de donde estábamos. Comenzó a observar los libros que había en ella. De hecho, tuvo que flotar para ver los que se encontraban más altos—. ¡Aquí! Un libro con el ojo en el lomo.

Intentó sacarlo, pero, por aquello de ser un fantasma, no pudo.

Acerqué una escalera corrediza y subí por ella hasta alcanzar el libro. Intenté cogerlo, pero tampoco fui capaz; algo tiró de él para volver a colocarlo en su sitio. No obstante, ambos escuchamos un clic leve que llegó desde la pared donde se suponía que estaba el escondrijo.

—Son los ojos —murmuré—. Los ojos abren la puerta. ¡Busca más libros como este!

—Sí, para ser exactos, seis libros más.

—Espera, puede que sean cinco. —Me acerqué a la chimenea y busqué en su interior.

—¿Qué haces? —quiso saber Cleo.

Cuando di con el símbolo tallado, lo apreté, pero nada sucedió. Aquel sólo era una pista.

—Nada, ver si sonaba algo más al pulsar este ojo.



(Ver *Soluciones*)

Nos lanzamos a la búsqueda. Yo inspeccionaba cada fila con mirada de halcón, Cleo flotaba de estante en estante y Julius…, Julius nos seguía a ambos correteando y saltando por todas partes.

—Nada aquí… Oh, espera, sí, otro ojo —dijo señalando un tomo

marrón gordísimo que parecía pesar más que yo.

Encontramos otro en un diccionario polvoriento y luego otro más en una novela que, por la pinta —casi se caía a pedazos—, había sido leída muchísimas veces. Cada vez que tirábamos de ellos, sonaba un clic débil, como si una maquinaria secreta se estuviera activando.

Encontramos seis libros en total, pero el último se nos resistía. No lo veíamos por ningún sitio. Cleo buscó y rebuscó por todos los estantes a los que yo no llegaba. Iba uno por uno. Y lo mismo hacía yo con los de los niveles inferiores.

No aparecía por ninguna parte.

Julius venía cada pocos minutos, me mordía el bajo del pantalón y tiraba de él con todas sus fuerzas, pero yo me mantuve impasible, necesitábamos encontrar aquel último libro o todo habría sido en vano.

—Julius, ya basta —dije con fastidio—. O paras o te meto otra vez en la bandolera.

Fui a cogerlo y el animal huyó. Me incorporé para perseguirlo, pero Cleo me lo impidió.

—No, déjalo… —pidió—. Creo que intenta decirnos algo. —Flotó hasta el suelo y siguió al hurón, que se había agazapado bajo la mesa redonda del centro. Cleo se puso de rodillas y vio a Julius con las patas delanteras apoyadas en el pie de la mesa—. No me equivocaba, ven a ver esto. —Pude escuchar la sonrisa en su voz.

Me acerqué resoplando con fastidio y me agaché junto a la mesa.

—¡Julius! ¡Eres un genio! —exclamé cuando vi el ojo tallado justo donde mi mascota apoyaba las patitas. Llevaba todo ese tiempo intentando decirme dónde estaba el último ojo.

Cleo me miró expectante.

Estiré el brazo y apreté el centro del grabado.

La estantería entera crujió. Vibró como un gigante desperezándose y se deslizó hacia atrás y hacia un lado con un gemido ronco y rasposo.

Frente a nosotros se abrió un hueco oscuro. El aire que salió de allí era frío y olía a encierro, a cosas que no habían visto la luz en décadas.

Me quedé mirando las escaleras que había en el interior. Eran de metal negro y descendían en espiral hacia una oscuridad tan espesa que parecía sólida. Nadie había pisado ese lugar desde hacía mucho tiempo.

Tragué saliva.

—Pues allá vamos —susurré algo sobrecogida.

Y puse el pie en el primer peldaño.



CAPÍTULO 16

Saqué la linterna de la bandolera para alumbrar las escaleras. No me apetecía matarme ahora que estaba tan cerca de mi objetivo.

El metal negro chirriaba bajo mis pies, como si se quejara de cargar con mi peso después tantos años sin sentir a nadie sobre él. El aire se volvía más frío a cada peldaño, seco y áspero, y olía a óxido y a algo más…, tal vez abandono.

—Si esto no es el escenario perfecto para morir de miedo, no sé qué lo será —murmuré apretando la barandilla helada.

—Yo lo sé —respondió Cleo flotando con gesto serio—. Una película de terror de bajo presupuesto. En VHS.

—¿Qué es VHS? —pregunté contenta por poder centrar la atención en algo que no fuesen las paredes húmedas y la oscuridad a mi alrededor.

—Es… Era… Bueno, ya era viejo en mi época, era como se veían las películas antes del DVD.

—Ya… Entiendo… —dije sin entender en realidad—. ¿Qué es DVD?

Cleo puso los ojos en blanco y se rascó la cabeza.

—Nada, déjalo —suspiró por fin.

Agradecí el intento. Lo malo era que la broma no quitaba que la

oscuridad me fuese tragando.

Llegamos al final tras un descenso que me pareció eterno. Frente a nosotros, una puerta de madera reforzada con hierro esperaba paciente. Tenía clavos oxidados y bisagras enormes, como si protegiese un tesoro o, más probablemente, una colección de objetos esotéricos muy valiosa. Al menos eso esperaba yo.

Empujé y el crujido que soltó fue tan largo que pareció recorrer toda la casa.

La sala era más pequeña de lo que esperaba. Los muros eran de piedra desnuda y el aire, sofocante, estaba tan quieto que parecía solidificado.

Y allí estaba: la colección perdida de Amelia Thorne.

Palpé la pared a un lado. No encontré lo que buscaba.

Palpé al otro.

Lo encontré: el interruptor. Por supuesto, lo pulse y, aunque no lo esperaba, la luz se encendió. Y, en esta ocasión, la bombilla no explotó.

La lámpara que pendía del techo, cubierta de polvo y telarañas, apenas iluminaba y las sombras se enroscaban alrededor de las piezas como si esperaran el momento exacto para cerrarse sobre nosotros.

El lugar estaba abarrotado de objetos, apilados o arrinconados como si alguien hubiese querido esconderlos de la vista del mundo: cofres de madera oscura con herrajes oxidados; vitrinas de cristal que guardaban frascos turbios; muebles tapados con paños amarillentos; cuadros apoyados contra la pared cuyas figuras de ojos apagados parecían seguirnos; y, lo peor de todo, una muñeca de porcelana con el vestido apolillado que sonreía desde una silla con una mueca congelada. Era un poquito —vale, bastante— inquietante.

—Da todo muy mal rollo —dijo Cleo.

—Y esa muñeca lo que más —añadí señalándola.

Pero en el centro de la estancia había dos objetos que captaban toda la atención.

Un atril de bronce, con patas que terminaban en garras, sostenía un libro enorme. Era casi un bloque. Las cubiertas de cuero oscuro y verde estaban cuarteadas por el tiempo y el lomo mostraba las cicatrices de haber sido abierto y cerrado incontables veces.

A su lado, guardián inseparable, se alzaba un candelabro del mismo metal, antiguo y alto, con restos de cera endurecida, lágrimas petrificadas que nunca terminarían de caer. Era tan pesado y robusto que daba la impresión de haber echado raíces.

Al acercarme, vi que las páginas del libro, amarillentas y manchadas, no estaban impresas, sino manuscritas con una caligrafía antigua, pasada de moda hacía siglos. Había trazos en tintas de distintos colores: unos desvaídos, casi borrados por los años, y otros tan intensos que parecían todavía frescos. En los márgenes se amontonaban símbolos geométricos, círculos incompletos y anotaciones apretadas. Cada hoja era un caos, como si manos de distintas épocas hubiesen querido dejar su huella, una tras otra, durante generaciones.

—Vale… Este debe de ser el famoso libro que buscaba Severin Loïs —dije en un intento por romper el silencio espeso que nos rodeaba.

—Mis sentidos espectrales me dicen que no te equivocas —replicó Cleo.

Saqué el móvil del bolsillo del pantalón para llamar a la policía. Había descubierto la colección perdida de la médium. No les quedaba más remedio que hacerme caso.

Sin cobertura. Ni una triste rayita. Aun así, lo intenté.

La pantalla me devolvió un mensaje de «Sin servicio» en letras brillantes y alegres, demasiado para mi gusto.

Maldito trasto inútil.

—Nos largamos de aquí. —Me di media vuelta para ir hacia la puerta —. Tenemos que avisar a la policía.

—No puedo estar más de acuerdo contigo.

En ese momento, un ruido metálico retumbó desde la escalera. El sonido de unos zapatos que descendían despacio, seguros.

Tenía pinta de que iba a descubrir quién había estado enviándome notas amenazantes de la peor manera posible: haciendo justo lo que me había dicho que no debía hacer.

Un hombre apareció en el umbral de la puerta. Llevaba una pistola en la mano.

—Te lo advertí. —Su voz sonaba suave, educada; sin embargo, en su tono había un fondo peligroso que no se me escapó—. Desde que supe que habías sacado los planos del archivo, comprendí que ibas a darme problemas.

—Imagino que usted es Severin Loïs.

Cleo estaba a mi lado sin saber muy bien qué hacer.

—No te equivocas. Y tú, querida, eres Claudia —pronuncio el «querida» con una meticulosidad envenenada.

—¿Sabe cómo me llamo?

—Sé muchas cosas sobre ti. Sería de mala educación no conocer el nombre de quien intenta desafiarme. Lo sé desde que desapareció mi libreta de la cocina. No necesité hacer apenas nada para averiguar quién la había cogido. —Se le escapó una risa suave, agradable y casi contagiosa—. Todo el mundo hablaba de la niña que había estado a punto de morir en la casa del bosque.

Severin debía de rondar los sesenta y tantos, aunque se movía con la firmeza de alguien mucho más joven. Era elegante hasta en el gesto más mínimo: el traje oscuro a medida, la camisa perfectamente planchada, el reloj clásico que brillaba bajo la luz mortecina de la bombilla… Podría haber pasado por un experto en arte —que lo era— dispuesto a dar una conferencia en un museo, alguien culto y sofisticado, con gusto por lo exclusivo. Pero bastaba mirar sus ojos grises —helados y calculadores— para comprender que su refinamiento no excluía la crueldad. Cada palabra que pronunciaba sonaba medida, cada movimiento estaba cargado de esa

seguridad de quien cree tener el control absoluto. En él convivían el coleccionista que acaricia una reliquia con devoción y el hombre que no dudaría en destruir a cualquiera que se interpusiera en su camino.

—Usted me envió las notas —acusé, más que nada por ganar algo de tiempo mientras decidía qué hacer.

Él sonrió, y en esa sonrisa no había humanidad.

—Sí, pero eso ya lo sabías. Sólo intentas retrasar lo irremediable. —Me había pillado—. No, no, no. —Negó despacio con la cabeza para acentuar las palabras—. Ahora es tarde, tendrías que haberme escuchado antes. Igual que Amelia. Qué tozuda era… Me caía bien, pero tampoco me hizo caso, y mira cómo acabó.

—¿Cómo?

—Creo que ya lo sabes, pero si lo que quieres es escucharlo de mis labios…, muerta. Acabó muerta. Sólo tenía que venderme ese libro. —Señaló con el cañón del arma hacia el atril—. Pero…

—Pero usted no lo consiguió. Ni con ella muerta pudo hacerse con él. —A lo mejor me salió un poco desafiante, pero, si me iba a disparar, tampoco tenía ya mucho que perder.

—Hasta ahora, Claudia. Hasta ahora. Soy un hombre paciente. —Me apuntó con la pistola—. Sin embargo, creo que ya he tenido suficiente paciencia.

El primer disparo explotó en la sala. El ruido rebotó en las paredes de piedra como un trueno atrapado. Me lancé al suelo y un estante a mi lado desprendió astillas y polvo.

Me pitaban los oídos.

—¡Claudia, muévete! —gritó Cleo, aunque apenas le oía.

Me arrastré tras una mesa baja. Otra bala silbó por encima y generó un chorro de esquirlas de cristal al impactar no sé muy bien dónde. La sala no era grande; cada disparo reducía mi mundo a un rincón más pequeño. No había salida, no había escapatoria.

Me moví hasta el atril. Otra bala dio en el hierro, que vibró con un chillido metálico. Alcé la vista y vi a Julius dando un brinco desde el brazo de Severin.

Le había mordido. Buen chico.

—No tienes dónde ir —canturreó Loïs.

Su voz me llegó amortiguada, como si alguien hubiese metido el mundo bajo el agua. El zumbido en mis oídos devoraba todo.

El hombre avanzaba, paso a paso, lento, seguro de que yo no tenía escapatoria.

Cleo se lanzó hacia el candelabro. Lo agarró con las dos manos… y sus dedos lo atravesaron como si fueran humo.

—¡Vamos, vamos! —gritaba desesperado. Volvió a intentarlo una y otra vez sin conseguir nada. Las manos traspasaban el metal. Miró alrededor impotente—. Claudia, no puedo. No soy capaz. No puedo detenerlo. —Vi lágrimas resbalarle por las mejillas. Su silueta se había ennegrecido y la sombra trepaba por su cuerpo, dispuesta a engullirlo.

Yo me arrastré hasta una estantería de hierro junto a la pared y me encogí tras ella. Una bala reventó contra el metal a centímetros de mi cara. El sonido me hizo chillar.

El miedo me paralizó. Y lo peor fue la certeza: no había forma de huir. Lo único que quedaba era que mi padre me llorara. O peor: que desapareciera como Amelia, sin dejar rastro, y él nunca sintiera al menos la paz de saber qué había sido de mí.

Las balas continuaban silbando a mi alrededor, ya había perdido la cuenta.

Mi hurón intentó morderle la pierna al hombre, pero se deshizo de él con una patada.

—¡Julius! —grité—. ¡No le hagas nada!

—Eres lista, Claudia —susurró Severin, ya tan cerca que podía oler su perfume—. Pero no lo suficiente.

Mi respiración se convirtió en un jadeo. El corazón me golpeaba tan fuerte que pensé que me iba a dar un infarto antes de que el hombre pudiese matarme.

Cleo forcejeaba con el candelabro, una y otra vez. Lo atravesaba, se desesperaba, golpeaba el aire vacío. Las manos le temblaban y yo lo veía desde mi escondite: la frustración le quemaba por dentro.

—¡No puedo! —gritó con voz quebrada—. ¡No sirvo para nada!

—¡Claro que puedes! —le animé desesperada—. Sé que puedes.

—¿Con quién hablas, niña? No hay nadie aquí que te pueda ayudar. —Severin levantó el arma y me apuntó a la cabeza.

Cerré los ojos.

Volví a abrirlos.

Estaba convencida de que era el final y pensaba enfrentarme a él con valor.

—¡NO! —rugió Cleo.

Saltó hacia el candelabro una vez más, lo sujetó con firmeza y tiró de él. El metal chirrió. Le temblaban los brazos y tenía el rostro desencajado por el esfuerzo. Dio un grito que retumbó por la sala, un alarido tan humano que incluso Severin giró la cabeza, desconcertado. Contra toda lógica, Cleo levantó el candelabro: el bronce brillaba bajo la luz tenue, pesado como una montaña de piedras.

Todo sucedió en pocos segundos.

Severin llevó el dedo al gatillo.

Cleo floto a una velocidad imposible con el candelabro entre las manos hasta situarse detrás del hombre.

Me tiré a un lado en el último instante y me encogí esperando la muerte, pero no hubo estallido. Cleo descargó antes el candelabro contra la cabeza de Severin con fuerza. El hombre se desplomó de rodillas, luego cayó de bruces contra el suelo de piedra.

El silencio posterior fue insoportable.

Cleo estaba de pie, jadeaba, aunque no necesitaba respirar, con los ojos abiertos como platos. Aflojó el agarre y el candelabro cayó con un estrépito metálico.



—Lo… lo he hecho —susurró, incrédulo. Luego sonrió, agotado y orgulloso—. ¡Claudia, lo he hecho!

Yo seguía pegada al suelo, temblaba y era incapaz de apartar la vista de Severin, que yacía desmadejado junto a mí, la sangre resbalándole por la sien.

—¿Es… está mu… muerto? —pregunté entre balbuceos.

—No, qué va, para nada. No te preocupes. —Cleo me tendió una mano para ayudarme a ponerme en pie—. Le habría visto marcharse.

Miré la mano un instante y, a continuación, la acepté sabiendo que no iba a poder sujetarla.

Sus dedos se cerraron en torno a mi muñeca y tiraron de mí hasta que conseguí levantarme.

—¡Cleo! —exclamé entre lágrimas—. ¡Has podido ayudarme!

—Sí, pero no perdamos de vista lo importante, también te he salvado la vida, por si no te habías dado cuenta.

—Ya… Ya, pero ahora me has dado la mano… Antes no habrías podido… —Yo no podía dejar de llorar. Estaba en shock.

—Bueno, creo que ya le he pillado el truco a lo de coger objetos. —Se encogió de hombros y me guiñó el ojo.

Me acompañó hasta la silla, quitó la muñeca y me obligó a sentarme en ella.

—Estás llena de cortes… Tenemos que llamar a una ambulancia… Y a la policía, ya que nos ponemos. Y tenemos que atar a ese hombre…

—No me duele nada… Esperemos un poco, por favor —le interrumpí —. Me zumban demasiado los oídos.

—¡Claudia! ¿Estás ahí? ¡Claudia! —Una voz nos llegó desde la biblioteca y escuchamos el trotar de pasos por la escalera.

Unos segundos después, los haces de las linternas iluminaron la sala.

Varios policías entraron y se acercaron a mí. Yo apenas les podía oír. Algunos rodearon a Severin, que todavía estaba inconsciente. Uno le dio una

patada al arma para apartarla mientras otro le tomaba el pulso.

—Que bajen los de la ambulancia —pidió.

Emilio se abrió paso cojeando entre los agentes, el delantal aún manchado de harina. Se acercó a mí y me dio un abrazo rápido. Se separó y me lanzó una mirada que era una mezcla de alivio y enfado.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? —me regañó—. Podías haber muerto aquí abajo.

—Ya, pero… no he muerto. —Las palabras me salían entrecortadas. Intenté sonreír, aunque aún me temblaban las piernas y sollozaba—. Y… en mi defensa… di…ré que fui a la policía… esta mañana, pero no… me hicieron ni caso.

—Me dijeron que habías ido y los obligué a venir. —Sacudió la cabeza suspirando—. De verdad, niña, qué susto me has dado. Que sea la última vez.

—No. Eso no va a pasar. Te gustan los líos y creo que esta ha sido sólo la primera de muchas veces —dijo Cleo a mi lado. Una sonrisa le atravesaba la cara.

No respondí a ninguno de los dos. Mis ojos estaban fijos en el libro del atril.

Aquel libro se había cobrado una vida y a punto había estado de cobrarse otra: la mía.



CAPÍTULO 17

La policía se llevó a Severin esposado aquella misma noche tras ser atendido por los sanitarios. No opuso resistencia: caminaba erguido, con la misma elegancia de siempre, como si lo estuvieran escoltando a la inauguración de una exposición en lugar de a una celda, si bien la primera parada fue en el hospital. No pude explicar cómo había llegado el candelabro hasta donde lo encontraron, estaba claro que yo no podía haberlo levantado, pero sólo necesité decir que no lo sabía, que estaba demasiado ocupada mirando el cañón del arma que me apuntaba a la cabeza.

En los días siguientes le conté a la policía todas mis averiguaciones y les proporcioné todas las pistas que había conseguido reunir. Esta vez me escucharon. Incluso les hablé de las desapariciones que mencionaba la médium en su diario.

Al final, la policía consiguió que Severin confesase el asesinato de Amelia Thorne. También dijo dónde la había enterrado. Eso fue más que suficiente para darle un billete sólo de ida a la cárcel.

Pero, cuando los agentes le preguntaron por las desapariciones…, lo negó todo. «Ni idea», aseguró. Ni la profesora que se mencionaba en el diario de la médium, ni los muchachos, ni nadie. Según él, no tenía nada que

ver con eso y no pensaba permitir que le culpasen de ello.

Me enteré de esto por Emilio Blackwood, cómo no. Me contó que fue cuestión de llenarles las tazas de café un poco más a los agentes y escuchar. Al parecer, cuando no están ignorando a adolescentes con pruebas, los policías de Santa Muerta sueltan información como loros.

Y yo me lo creí. No porque confiara mucho en los polis —eso estaba ya claro—, sino porque Severin me parecía demasiado arrogante para hacerse el inocente si no lo era. Era culpable, sí, pero no de todo.



Volví al diario de Amelia. Bueno, mejor dicho, a las fotografías, ya que el diario había tenido que entregárselo a los investigadores del caso, pero no antes de fotografiarlo enterito. Llegué de nuevo a la entrada aquella del 18 de junio en la que se mencionaban las desapariciones. Me temblaron las manos al cotejar los datos en la biblioteca municipal y confirmarlo: varias desapariciones nunca resueltas. Nadie había vuelto a verlos. Ningún cuerpo apareció jamás.

El nombre de uno de los chicos era el de Cleo.

La muerte de Cleo no había sido un accidente. Alguien lo había asesinado y había ocultado su cuerpo.

Me quedé un rato mirando las letras, intentando procesar lo obvio: que aquel fantasma que flotaba a mi lado alguna vez había sido un muchacho de carne y hueso, y que su rastro en los archivos se había cortado de golpe, como una frase a medio escribir.

—Lo que pasó pasó —dijo Cleo cuando le conté lo que había descubierto. Se cruzó de brazos, como si así pudiera dar por zanjado el tema —. No puedo cambiarlo.

Sonaba convincente, pero yo ya lo conocía lo bastante como para saber

que en su voz había un pliegue de duda.

—¿De verdad no quieres averiguar quién te mató?

Suspiró.

—Por supuesto que me encantaría saberlo, pero ya te he dicho que no recuerdo mucho de mi vida anterior. Puede que esa sea una de las consecuencias de la muerte: poco a poco, te vas olvidando. O a lo mejor es que las cosas dejan de ser tan importantes. —Se encogió de hombros—. No lo sé. El caso es que ya no le doy muchas vueltas a mi muerte. —Su contorno se ensombreció. Julius saltó desde su lugar en la cama y se le subió al regazo—. Lo único que me pregunto es si todavía habrá alguien buscándome. Si alguien me echa de menos, si mi madre o mi padre aún me lloran… Ni siquiera recuerdo si tenía hermanos. —Me miró y una sonrisa triste se le dibujó en el rostro—. Pero estoy bien. Y, además, gracias a ti, hemos cerrado este caso. Has estado increíble.

Me dio una palmada fantasmal en la espalda. No sentí nada, salvo que intentaba que yo no viera lo que escondía bajo su fachada.

—Teniendo en cuenta cuándo desapareciste —probé suerte—, creo que tu familia aún debe de estar viva. Podemos buscarlos…

—Ya veremos. —La posibilidad flotó entre ambos durante unos instantes, pero me di cuenta de que no quería continuar hablando de ello—. Deberíamos abrir nuestra propia agencia de detectives —soltó de pronto con un brillo travieso en los ojos—. ¿Sabías que yo empecé con el papeleo en el archivo?

—¿En serio? —Arqueé una ceja.

Preferí aceptar ese cambio de tema a insistir en lo de su familia. Cuando estuviese preparado, lo hablaríamos.

—Claro, antes de… Bueno, ya sabes. Te dije que yo también era detective.

—Pues creo que has tenido una idea genial.

—Eres consciente de que he dicho «deberíamos», ¿no? —preguntó con

cautela.

—Sí —repliqué—. Y estoy de acuerdo.

—¿Ya no quieres que me marche? Pensaba irme y dejarte en paz si me lo pedías.

Lo medité unos instantes.

—Mmm… No. Creo que no quiero que te vayas. Bueno, no. —Un gesto asustado se asomó a su rostro—. No lo creo —continué—, estoy completamente segura de que no quiero que te vayas. Quiero que te quedes conmigo. Quiero que abramos esa agencia de detectives juntos. No se me ocurre mejor socio que tú.

—Casi me engañas —dijo aliviado—. Pensaba que al final sí ibas a decirme que me pirara.

—¿Pirara?

—Que me largase —explicó.

—Vas a tener que hacerme un diccionario con las expresiones de tu época, porque algunas se me escapan.



El archivo municipal estaba tan polvoriento como siempre: pasillos interminables, estanterías que crujían y ese olor a papel rancio que casi se te pegaba a la ropa. La archivera nos —me— indicó dónde podría encontrar el registro, pero dudaba de que fuese a continuar allí. Con toda probabilidad alguien se habría deshecho de aquella solicitud de apertura. Aun así, lo intenté —intentamos—. Una vez a solas, buscamos entre carpetas apiladas y cajones desordenados hasta que Cleo, que flotaba a medio metro del suelo, dio con un archivador olvidado. Sus papeles aún estaban allí. Nadie los había tocado en años.

Nos apoyamos en una mesa coja y empezamos a rellenar los formularios

con mi bolígrafo.



—¿Cómo piensas firmar tú? —pregunté divertida.

—Muy fácil —respondió—. Ahora puedo coger cosas. —Se concentró y cogió el boli. Se agitó un poco en el aire y tembló, pero consiguió hacer una firma más o menos legible—. Ajá, ha quedado genial. Mi primera firma fantasma: Chispas. —Me miró y yo le devolví una mirada con la ceja en forma de signo de interrogación—. Ya… No lo has pillado… Culpa mía. Es una referencia a una colonia de mi época.

—Lo dicho, voy a necesitar lecciones sobre los noventa.

Cuando llegamos al apartado «Nombre de la agencia», surgió el dilema.

—¿Qué tal… «Claudia & Cleo. Detectives»? —propuso él.

—Parece el título de una serie cutre de la tele.

—Vale, pues… «Investigaciones Supernaturales S. L.».

—Demasiado largo. Además, suena como todos los negocios de esta isla: a estafa.

Nos miramos pensativos. Tras un par de minutos sin decir nada más, lo supe.

—Misterio S. A. —dije en voz baja.

A Cleo se le iluminó la cara.

—Es perfecto. Corto, enigmático y con clase.

Lo escribí en mayúsculas. Y así quedó:

MISTERIO S. A.



Esa noche, mientras volvía a casa con Julius dormido en la bandolera y Cleo flotando a mi lado, pensé en todo lo ocurrido. Amelia descansaba por fin. Severin estaba entre rejas. Pero Santa Muerta seguía siendo Santa Muerta: una isla repleta de secretos, sombras y puertas cerradas.

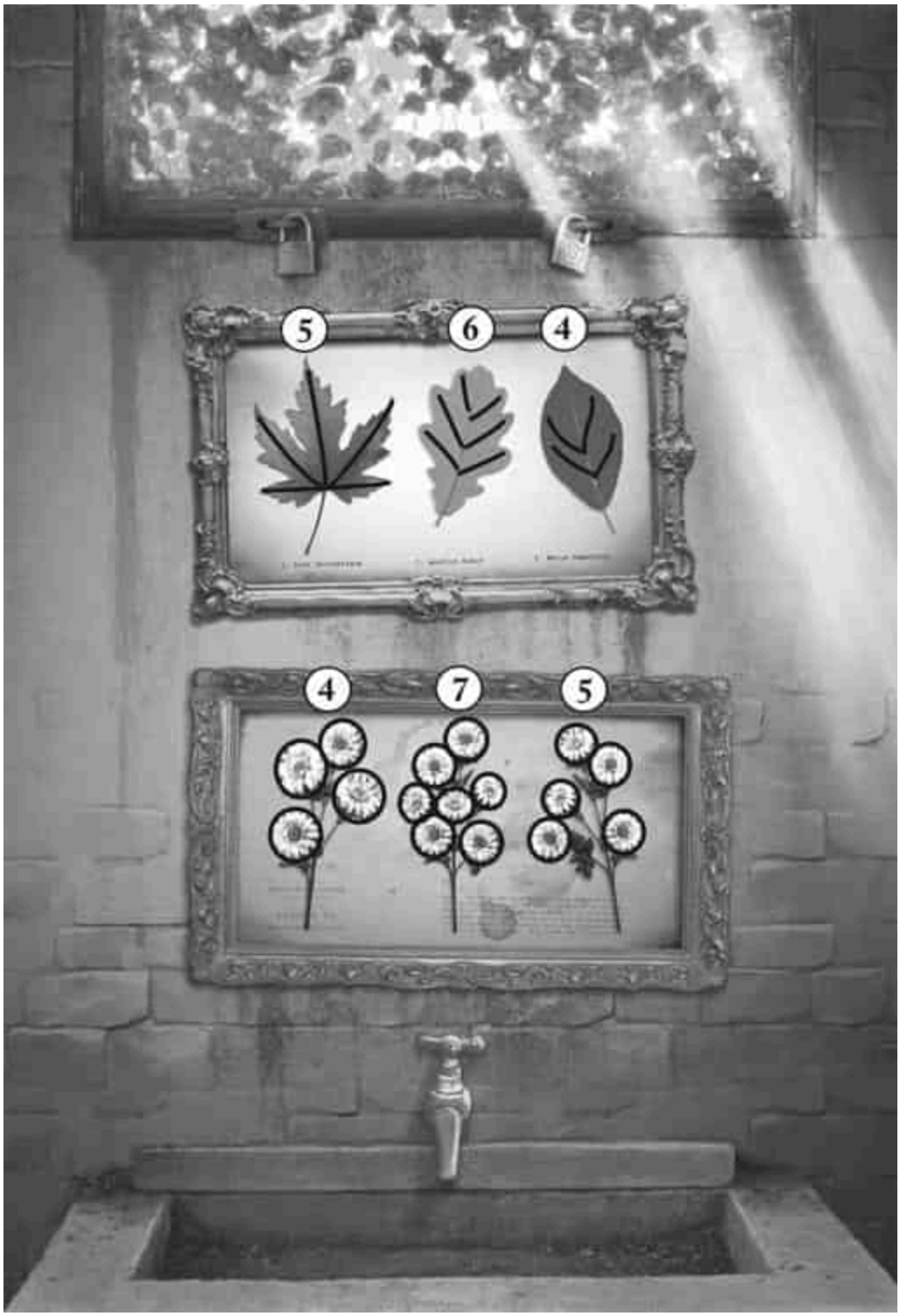
Y si algo había aprendido, era que esas puertas nunca se quedaban cerradas para siempre.

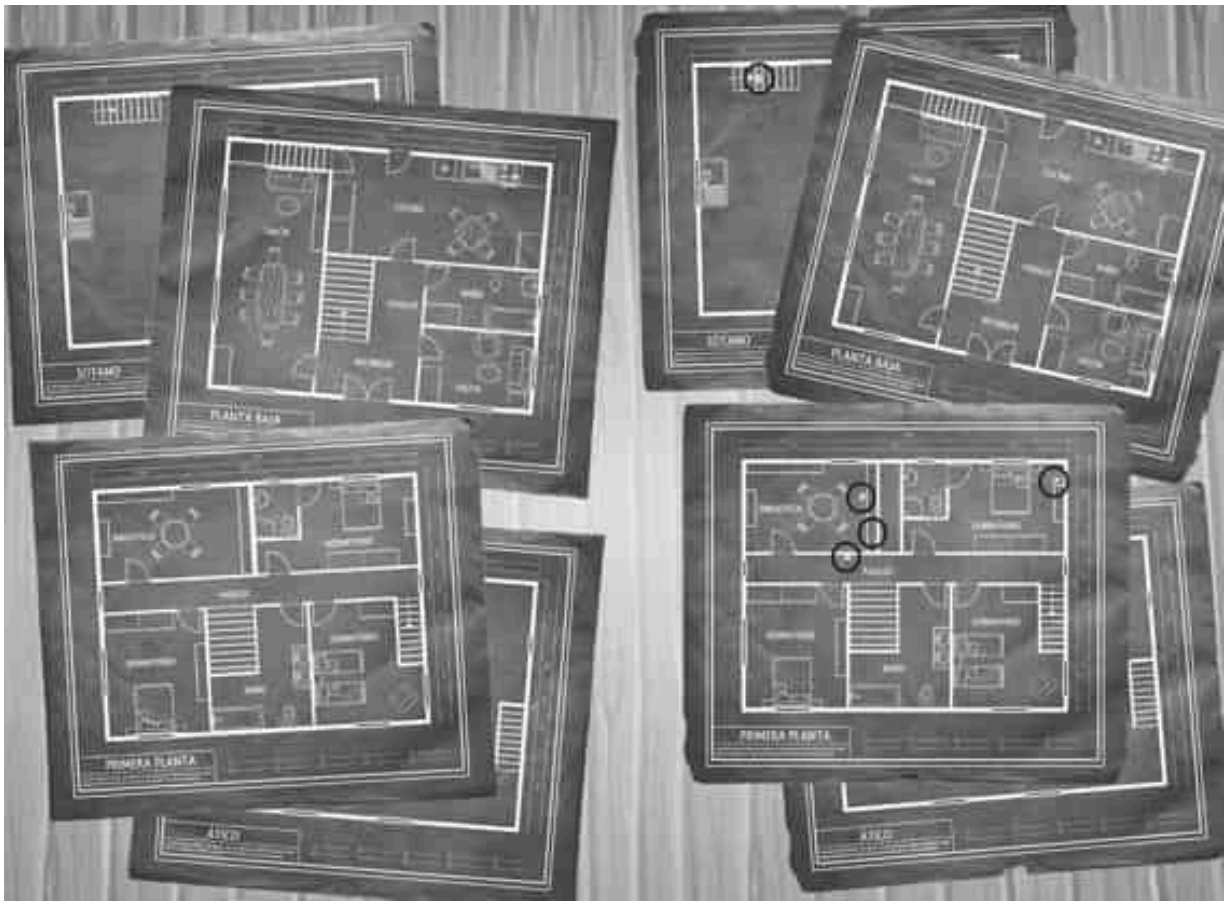
El misterio no había hecho más que empezar.

Soluciones



BAJO la lluvia callaban los muros.
~~La noche escondía secretos oscuros.~~
Nadie LA vio cruzar el umbral
~~ni oyó el crujido que dejó al pasar.~~
En la ESCALERA dormía el polvo.
~~Y en el exterior el viento silbaba sordo.~~
La penumbra surgía DEL silencio denso.
~~El entorno temblaba, frío y tenso.~~
Evocando recuerdos de un SÓTANO inmenso.


5
6
4
4
7
5


PLANTA BAJA
PRIMERA PLANTA
PLANTA BAJA
PRIMERA PLANTA



Ya está aquí la nueva serie llena de misterio, aventura y FANTASMAS. ¡De los autores de la serie *Amanda Black*!



En el misterioso pueblo de Santa Muerta los eventos sobrenaturales parecen florecer. Todo el mundo lo acepta, excepto **Claudia, una joven brillante y pragmática que sueña con ser detective**. Esas cosas sobrenaturales no existen… excepto, claro, por **Cleo, el fantasma adolescente que acaba de conocer** y que está decidido a ayudarla a resolver sus casos.

Con la ayuda de su inesperado compañero de aventura, Claudia deberá **resolver pistas cada vez más complicadas** para descubrir qué ha sucedido en realidad y, de paso, intentar deshacerse del fantasma que no la deja en paz.

Con puzles, enigmas y elementos interactivos, iúnete a

Misterio S.A. y ayuda a Claudia y a Cleo a resolver el caso!

¿Qué encontrarás en este libro?

* Una **nueva serie** de los creadores de Amanda Black, ideal tanto para sus fieles lectores como para aquellos que buscan **engancharse a la lectura**.

* Una historia llena de emoción, misterio y aventura, acompañada por **increíbles ilustraciones interiores.**

* **Libro interactivo**: incluye **códigos y puzles** para que los lectores ayuden a resolver cada caso a su ritmo

Juan Gómez-Jurado (Madrid, 1977) es periodista y autor de varias novelas de gran éxito, traducidas a cuarenta lenguas. Las obras sobre el Universo Reina Roja (*El paciente, Cicatriz, Reina Roja, Loba Negra, Rey Blanco, Todo arde, Todo vuelve* y *Todo muere*, todas ellas publicadas en Ediciones B) se han convertido en el mayor fenómeno de ventas del thriller español de los últimos años y han consagrado a su autor como uno de los máximos exponentes del género en todo el mundo. La adaptación audiovisual de *Reina Roja* (Prime) fue la serie española más vista de la historia a nivel internacional en la semana de su estreno.

Actualmente colabora con varios medios y es cocreador de los podcast *Todopoderosos* y *Aquí hay dragones*.

Bárbara Montes es licenciada en Psicología y diplomada en Turismo. Trabajó como responsable de marketing y comunicación hasta que decidió dar el salto a la psicología, especializándose en niños y adolescentes. Ha publicado cuatro novelas infantiles (serie Rexcatadores, B de Block) y *Julia está bien* es su primera novela dirigida a un público adulto. En la actualidad vive en Madrid.



Primera edición: marzo de 2026

© 2026, Bárbara Montes y Juan Gómez-Jurado
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, David G. Forés, por las ilustraciones

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Cloe Porqueres
Imágenes de portada: © David G. Forés

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87695-91-0

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Misterio S.A. Los fantasmas no existen

Personajes

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Soluciones

Sobre este libro

Sobre Juan Gómez-Jurado y Bárbara Montes

Créditos